

OSAMU DAZAI



EL OCASO

se

Un mundo cerrado, en ruinas, sin salida ni amanecer a la vista es lo que se retrata en *El ocaso*, caída del sol y de sueños de grandeza en el otrora Imperio del sol naciente.

Tras la II Guerra mundial la inestabilidad y la angustia se apoderan de las nuevas generaciones japonesas. Un universo de tradiciones y castas militares se desmorona. Esta novela narra la historia de una desconcertada familia aristocrática al tiempo que cada página va explorando una región de la moderna conciencia nipona.

Una madre prisionera del pasado, un recién llegado del frente adicto a la droga y a los tugurios húmedos, y una joven en busca de amor, de explicaciones y de nuevos caminos son los protagonistas abatidos y aislados que se tocan casi tangencialmente.

Refugios individuales y mucha incomunicación son las claves que nos acercan al paraíso perdido, un lugar donde el sol poniente asedia y agota personajes y circunstancias hasta acabar, tras la publicación de este libro, con la propia vida de su autor.



Osamu Dazai

El ocaso

ePub r1.1

Titivillus 26.07.18

Título original: (*Shayō*)
Osamu Dazai, 1947
Traducción: Montse Watkins

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



5



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA




epublibre

El ocaso



Introducción

Osamu Dazai es uno de los escritores modernos más apreciados en Japón. Tras cumplirse el cincuentenario de su muerte, sus obras —de marcadas características autobiográficas y con una rebeldía chocante en una sociedad de rígido conformismo—, cuentan con más seguidores que nunca, tanto en Japón como en otros países.

Dazai, cuyo verdadero nombre fue Shuji Tsushima, nació en 1909 en Kanagi, una pequeña ciudad en la península de Tsugaru, en la norteña región de Aomori. Al ser el décimo entre once hermanos de una familia de terratenientes acomodados, careció de las atenciones de sus padres y creció al cuidado de una tía y los sirvientes. Desde pequeño, mostró un particular interés por la literatura, que utilizó como medio de expresión de su desarraigo familiar y sus conflictos internos.

A los veintiún años, en 1930, ingresó en el departamento de Literatura francesa de la Universidad de Tokio, aunque dejó los estudios cinco años más tarde sin graduarse. Durante este periodo, militó en el incipiente movimiento marxista nipón, experiencia que influyó en su visión de la sociedad y su producción literaria.

Tres años después, comenzó a publicar colecciones de relatos. En 1935 y 1936 fue candidato al Premio Akutagawa, el más prestigioso en Japón para escritores de ficción. Pese a que en ambas ocasiones otro autor recibió el galardón, ya se había asegurado un lugar destacado entre los jóvenes escritores de la época.

El éxito de las obras de Dazai corrió paralelo a una vida privada tumultuosa en extremo. Después de ser desheredado por su familia a causa de la relación con una *geisha* de bajo rango, tuvo cuatro intentos de suicidio —dos antes de cumplir los veinte—, sufrió de adicción a la morfina y al alcohol, y estuvo internado para tratamiento psiquiátrico y aquejado de tuberculosis crónica.

Su boda a los treinta años, en 1939, con Michiko Ishihara, una maestra de escuela secundaria que le presentó el escritor Masuji Ibuse, cambió su existencia y dotó de mayor claridad y equilibrio a su trabajo.

Este periodo de tranquilidad duró hasta el final de la Segunda Guerra mundial, en 1945. En los siguientes tres años, Dazai escribió dos novelas consideradas sus obras maestras: *El ocaso (Shayo)*, en 1947, e *Indigno de ser humano (Ningen shikkaku)*, en 1948.

En estas dos novelas, el autor se muestra mucho más cercano a Dostoyevski que a sus contemporáneos nipones. Las historias, en las que se aprecia con claridad la influencia de la literatura europea, muestran el interés por la cultura occidental entre las clases más educadas. Sin embargo, los protagonistas de estas obras, caracterizadas

por una honradez sin adornos al mostrar la decadencia del ser humano, no escapan a la falta de comunicación personal habitual en la sociedad japonesa, y Dazai recurre a retrospectivas o a la descripción minuciosa de pequeños acontecimientos para mostrar con mayor profundidad a los personajes.

En 1948, cuando se encontraba en la cumbre de su carrera, se suicidó con su amante —una joven viuda de guerra—, dejando atrás a su esposa y tres hijos en precaria situación económica. Para terminar con su vida, eligió un canal del río Tama, en el suburbio tokiota de Mitaka, cuyas aguas se encontraban muy altas y turbulentas por las habituales lluvias de junio, época de los monzones en Japón. Los cuerpos de ambos, atados el uno al otro con una cuerda roja, fueron encontrados seis días después en un recodo del canal, justo cuando Dazai hubiera cumplido treinta y nueve años.

El diecinueve de junio, fecha de su aniversario, su tumba en el templo de Zenrinji, en Mitaka, recibe un gran número de visitantes, que le ofrecen flores, incienso, así como cigarrillos, sake o cerezas —que le gustaban a Dazai en vida—, junto a fervorosas plegarias por el descanso del espíritu del polémico escritor, que todavía ejerce una enorme fascinación sobre los lectores japoneses, en particular las jóvenes generaciones.

*Montse Watkins
Kamakura, diciembre 1998*

I

La culebra



Por la mañana, cuando mamá estaba tomando sopa en el comedor, emitió un pequeño grito.

—¿Un cabello? —pregunté, pensando que quizás había encontrado algo desagradable en la sopa.

—No, no —dijo, tomó otra cucharada como si nada hubiera acontecido, volvió el rostro a un lado, contempló los cerezos silvestres en plena floración por la ventana de la cocina, y, con la cabeza todavía vuelta, hizo revolotear una cucharada más entre sus labios levemente abiertos. En el caso de mamá, decir «revolotear» no era una exageración. Su forma de comer era muy distinta de la que aparecía en las revistas femeninas. Así me dijo en cierta ocasión mi hermano menor Naoji, mientras tomaba sake^[1].

—No se es aristócrata por tener un título nobiliario. Algunas personas no los poseen, pero sus dones naturales les convierten en espléndidos aristócratas, mientras que nosotros somos plebeyos pese a nuestro linaje. Por ejemplo, Iwashima —explicó, refiriéndose a un compañero de clase que era conde—, ¿no te parece más vulgar que cualquiera de esos rufianes de los barrios de placer? Hace poco se presentó a la boda de su primo Yanagii en *smoking*. Pase que llegara con esta indumentaria si le parecía necesario, pero escuchar el discurso del banquete del tipo, repleto de expresiones rimbombantes, daban ganas de vomitar. El darse aires de este modo no tiene nada que ver con la distinción y es una fanfarronada deplorable. Al igual que por los alrededores de Hongo^[2] se ven letreros que ponen «Alojamientos de alta categoría», de la mayoría de los aristócratas se podría decir que son «mendigos de alta categoría». Un verdadero aristócrata nunca se daría unos aires tan estúpidos como Iwashima. De nuestra familia, la única persona que se podría considerar una verdadera aristócrata es mamá, supongo. Ella es genuina y no la podemos igualar.

En el caso de la sopa, por ejemplo, nosotros nos inclinaríamos un poco sobre el plato, la tomaríamos con la cuchara de lado y nos la llevaríamos a la boca en esta misma posición; pero mamá, apoya ligeramente los dedos de la mano izquierda en el borde de la mesa y, con la parte superior del cuerpo bien recta, el rostro levantado y sin una mirada al plato, introduce ligera la cuchara en la sopa, la levanta hacia su

boca y, como si fuera una golondrina —se puede usar esta descripción por el movimiento ligero y grácil—, se la lleva a la boca en ángulo recto, dejando deslizar por la punta el contenido entre los labios. Y así, echando ojeadas inocentes a su alrededor, baja la cuchara en una moción idéntica a la de unas alas diminutas, sin derramar una gota ni hacer el menor ruido de sorber o contra el plato.

Es posible que esta no sea la manera que más se ciña a las buenas formas, pero a mí me produce una impresión graciosa y auténtica. De hecho, me parece curioso que la sopa se sienta mucho más sabrosa tomándola con la espalda bien recta y deslizándola a la boca por la punta de la cuchara, que inclinándose sobre el plato y sorbiendo la cuchara de lado. Sin embargo, como dice Naoji, una mendiga de clase alta como yo, no es capaz de hacerlo con la facilidad y candidez de mamá, y, ¡qué le vamos a hacer!, me inclino sobre el plato y la tomo del modo sombrío que prescribe la etiqueta.

Y no se trata solo de la sopa. La forma de comer de mamá se suele apartar un poco de la habitual en la mesa. Si sirven carne, la corta toda en pedacitos con el tenedor y el cuchillo; entonces deja el cuchillo, se cambia el tenedor a la mano derecha y, pinchándolos de uno en uno, se los come despacio y a gusto. En el caso de alimentos con hueso como el pollo, mientras que nosotros nos esforzamos por separar la carne sin hacer ruido con el cubierto en el plato, ella levanta con naturalidad el hueso con la punta de los dedos y mordisquea la carne. Incluso una forma tan poco civilizada de comer parece encantadora en mamá, y aún un poco erótica, por lo que puede decirse que las personas genuinas son distintas. Además del pollo con huesos, incluso come del mismo modo las verduras, el jamón y las salchichas.

—¿Sabes porqué son tan sabrosos los *omusubi*^[3]? Pues porque los hacen las personas, dándoles forma con los dedos —comentó en cierta ocasión.

Yo también pienso que puede ser más sabroso comer con las manos; pero, siendo una mendiga de clase alta, si la imito sin gracia, tengo miedo de parecer una mendiga de verdad.

Mi hermano Naoji dice que no podemos rivalizar con mamá, y yo misma he desesperado ya de conseguirlo. Una noche, la primera de otoño con buen tiempo, mamá y yo nos encontrábamos en el jardín trasero de nuestra casa del barrio de Nishikata. Estábamos admirando la luna en el pabellón de verano junto al estanque, comentando entre risas que parecía una noche en que pudieran acontecer cosas mágicas, cuando mamá se levantó de repente, se adentró en unos arbustos de asiento de pastor cercanos y, asomando entre las flores blancas un rostro más claro todavía, sonrió.

—Kazuko, ¿a que no adivinas qué está haciendo mamá? —dijo.

—Cogiendo flores.

Cuando dije esto se rio un poco.

—No, estoy haciendo pis.

Me sorprendió porque no estaba en cucillas, pero sentí en ella una gracia, que yo

no podría ser capaz de imitar.

Desviándome bastante de la sopa de esta mañana, hace poco leí en un libro que en tiempos del rey Luis de Francia, las damas de la corte no tenían ningún reparo en orinar en el jardín de palacio. Entonces pensé que mamá sería, sin duda, la última de estas aristócratas que se comportaban con tanta inocencia y encanto.

Esta mañana, cuando su exclamación me hizo preguntar si se trataba de un cabello, dijo que no.

—Entonces, ¿está salada?

La sopa era a base de guisantes de lata importados de América, con los que yo había preparado una especie de potaje, pasándolos por el pasapurés. No tengo mucha confianza en mi habilidad para cocinar de modo que se lo pregunté con inquietud, aunque ella me aseguró que no tenía ningún problema.

—Estaba muy buena —dijo con seriedad. Cuando terminó la sopa comió algunos *omusubi* con los dedos.

Desde pequeña, no me apetece desayunar y no tengo apetito hasta cerca de las diez; por eso, en esa ocasión me pude terminar la sopa de alguna manera, pero coloqué en mi plato un *omusubi*, más difícil de comer, y me dediqué a desmenuzarlo con los palillos para después llevarme algunos pedacitos a la boca, sujetándolos del mismo modo que mamá la cuchara e introduciéndolos en mi boca en ángulo recto, empujando la comida igual que si estuviera alimentando a un pajarillo. Mientras comía con tal lentitud, mamá ya había terminado el desayuno, se había levantado en silencio y quedado apoyada en una pared iluminada por el sol, mirándome mientras comía.

—Kazuko, no debes comer así. El desayuno debe ser la comida que más disfrutes —dijo.

—Y tú, mamá, ¿lo disfrutas?

—Eso no importa, ya no estoy enferma.

—Pero yo tampoco.

—Tanto da, tanto da —añadió con una sonrisa triste, inclinando levemente el cuello.

Cincos años atrás tuve una cierta dolencia en los pulmones y tuve que guardar cama, pese a que tenía bien claro que todo era producto de mi propio capricho. Sin embargo, la reciente enfermedad de mamá había sido preocupante y triste. Aun así, ella se preocupaba tan solo por mí.

—Ah... —dije.

—¿Qué? —preguntó esta vez mamá.

Nos miramos y sentimos que nos habíamos entendido a la perfección; cuando me reí un poco, ella esbozó una amplia sonrisa.

No sé por qué será, pero cada vez que me invade algún pensamiento bochornoso, se me escapa uno de esos extraños «ah». En esa ocasión, me vino a la memoria de repente y de una forma vivida el recuerdo de mi divorcio, seis años atrás. No me pude

contener y, sin darme cuenta, me salió un «ah». Pero ¿a qué se debería el de mamá? Por supuesto, ella no tiene nada en su pasado de qué avergonzarse; pero seguro que por algo era.

—Mamá, ¿verdad que hace un momento recordaste alguna cosa? ¿Qué era?

—Lo he olvidado.

—¿Algo sobre mí?

—No.

—¿Sobre Naoji?

—Sí... —comenzó a decir, pero dobló el cuello y añadió—: quizás.

Mi hermano Naoji fue llamado a filas mientras estudiaba en la Universidad y lo habían enviado a alguna isla del sur del Pacífico; pero nunca más supimos de él y, aunque la guerra terminó, todavía desconocemos su paradero. Mamá ya se ha resignado a la posibilidad de no verle nunca más, pero yo no lo he pensado ni una sola vez; estoy convencida de que nos encontraremos de nuevo.

—Creía haber perdido toda esperanza, pero tomando esa sopa tan buena, no pude evitar recordarle. Ojalá me hubiera portado mejor con él.

Desde que Naoji entró en la escuela secundaria, se volvió loco por la literatura y comenzó a llevar una vida desordenada; no puedo ni imaginar la cantidad de disgustos que dio a mamá. Y a pesar de esto se acordó de él cuando tomaba la sopa y le salió ese «ah». Empujando el arroz boca adentro, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No te preocupes, Naoji está bien. Un sinvergüenza como él no muere. Lo hacen las personas dóciles y hermosas. Naoji no: mala hierba nunca muere.

—Entonces tú vas a morir joven, ¿no crees? —dijo con una sonrisa, burlándose de mí.

—¿Qué dices? Como soy mala y fea llegaré a los ochenta, por lo menos.

—¿Ah sí? Entonces yo a los noventa.

—Sí... —repuse, un poco preocupada. La gente malvada tiene una vida larga y la hermosa muere pronto. Mamá es hermosa, pero quiero que viva muchos años.

—¡No seas mala contigo! —exclamé un poco desconcertada; pero el labio inferior me había comenzado a temblar y no pude contener las lágrimas.

No sé si debería contar lo acontecido con la serpiente. Una tarde, cuatro o cinco días atrás, los niños del vecindario descubrieron unos diez huevos de serpiente entre el bambú de la verja del jardín.

—Son huevos de víbora —insistieron.

Pensé que si naciera esa cantidad de víboras entre las matas de bambú, ya no sería posible salir tranquilamente al jardín.

—Vamos a quemarlos —dije. Los niños me siguieron, bailando de alegría.

Junto a las matas de bambú amontoné hojas caídas y pasto, les prendí fuego y fui echando los huevos, uno a uno. Pero no había forma de que ardieran. Los niños añadieron más hojas y ramitas sobre las llamas para avivar el fuego, aunque no

parecía posible quemarlos.

Entonces, la muchacha de la casa de campesinos que está más abajo, se acercó a la verja.

—¿Qué están haciendo? —preguntó sonriendo.

—Quemando estos huevos de víbora. Tengo miedo solo de pensar que puedan nacer estas serpientes.

—¿De qué tamaño son los huevos?

—Igual que los de codorniz, y son blancos.

—Entonces son de una serpiente normal, no de víbora. Además, es muy difícil quemar unos huevos crudos.

La muchacha se marchó riéndose.

Como intentamos quemarlos durante más de media hora, sin resultado, los niños enterraron los huevos al pie del ciruelo. Yo recogí unas piedrecillas para hacer una tumba.

—Bueno, ahora todos a rezar.

Me agaché y junté las manos; los niños hicieron lo mismo detrás de mí. Cuando se marcharon, subí con calma los escalones de piedra; mamá estaba de pie bajo el emparrado de glicino.

—¿Cómo pudiste hacer una cosa tan cruel? —me reprochó.

—Pensaba que era una víbora, pero resultó ser una serpiente inofensiva. Sin embargo, los hemos enterrado como es debido, de modo que no hay de qué preocuparse.

Mamá no era supersticiosa en absoluto; pero, diez años atrás, cuando papá murió en nuestra casa de Nishikata, tenía mucho miedo a las serpientes. Poco antes de su fallecimiento, mamá encontró algo parecido a un cordón negro junto a su cabecera y, sin darle importancia, lo fue a recoger; entonces se dio cuenta de que se trataba de una serpiente, que salió reptando hacia el pasillo y desapareció. Mamá y el tío Wada, los únicos que la vieron, se limitaron a mirarse sin decir nada, por temor a turbar la quietud en la habitación del moribundo. Por eso, ni yo ni mi hermano Naoji, que les acompañábamos, nos dimos cuenta de la presencia del animal.

Pero la noche en que murió papá, recuerdo haber visto serpientes subiendo por los árboles junto al estanque. Como ahora tengo veintinueve años, entonces tenía diecinueve. Ya no era una niña. A pesar de los diez años transcurridos, todavía puedo recordar lo acontecido a la perfección, sin lugar a equivocaciones. Había salido a cortar unas flores para el difunto y me dirigí hacia el estanque, me detuve junto a unas azaleas en la orilla, y, al mirar el arbusto, noté que en el extremo de una rama había una pequeña serpiente enroscada. Me asusté un poco, y cuando iba a cortar una rosa amarilla, también observé que tenía otra serpiente. En el olivo fragante, en el joven arce, en la retama, en el glicino, en el cerezo; en cualquier árbol o arbusto del jardín que mirase había una serpiente enroscada. No sentí miedo en particular. Pensé que, al igual que yo, las serpientes estaban tristes por la muerte de mi padre y habían

salido de sus agujeros para rezar por su espíritu.

Cuando le conté lo sucedido a mamá, se lo tomó con calma y pareció pensar algo con el cuello doblado sin decir nada. A causa de estos dos acontecimientos, a partir de aquel día mamá sintió un profundo desagrado por las serpientes. Más que desagrado fue aprensión y miedo, un extraño temor.

Al saber que había quemado los huevos, sin duda lo tomó como un acto de pésimo agüero, e incluso yo pensé que había hecho algo terrible y no me pude quitar de la cabeza la preocupación de haber atraído una maldición sobre mamá ni ese día, ni al siguiente, ni al otro. Y a causa de esto, por la mañana, cuando hice el comentario fuera de lugar de que la gente hermosa moría joven, después no supe cómo salir del paso y no pude contener las lágrimas. Más tarde, cuando lavaba los platos del desayuno, tuve la desagradable impresión de que en el fondo de mi corazón había entrado una pequeña serpiente que acortaría la vida de mamá. El pensamiento se me hizo insoportable.

Ese mismo día vi a la serpiente en el jardín. Era una mañana clara. Cuando terminé el trabajo en la cocina, pensé en llevar una silla de mimbre a la hierba y sentarme a hacer punto. Al bajar al jardín con la silla, la serpiente estaba entre las matas de bambú enano, junto a una roca. Solo sentí un cierto desagrado, aunque volví sobre mis pasos y llevé de nuevo la silla a la galería, me senté allí y me puse a tejer. Por la tarde, iba al pabellón del fondo del jardín, donde guardamos los libros, para buscar un volumen con las pinturas de Laurencin, cuando vi a una serpiente que reptaba muy despacio por el pasto. Era la misma de la mañana, de forma delicada y elegante. Pensé que era hembra. Cruzaba el jardín con calma, mirando a su alrededor, y al llegar al rosal silvestre, se detuvo, levantó la cabeza, y sacó la lengua, temblorosa como una llama. Después de echar una ojeada a su alrededor como si buscara algo dejó caer la cabeza, desanimada. Entonces solo pensé que era una serpiente bonita. Por fin, fui al pabellón, salí con el libro de pintura, y de regreso, al mirar al lugar donde había estado, la serpiente había desaparecido. Hacia el atardecer estaba tomando el té con mamá en la habitación de estilo chino, cuando dirigí la vista al jardín; la serpiente se dejó ver, avanzando despacio por el tercer escalón de la escalera de piedra.

—¿Esa serpiente...? —preguntó mamá al verla. Se acercó a mí, me tomó de la mano y se quedó de pie sin soltármela, inmóvil como una estatua. Entonces caí en la cuenta.

—¿Es la madre de los huevos? —dije sin pensar.

—Así es —repuso con voz ronca.

Nos quedamos observándola en silencio, con las manos unidas. El animal, que se había enroscado sobre la piedra con aspecto decaído, comenzó a moverse con gesto vacilante, bajó las escaleras en diagonal débilmente y reptó hacia un macizo de lirios.

—Desde la mañana anda de un lado para otro del jardín —susurré, y mamá se dejó caer en la silla con un suspiro.

—Estará buscando los huevos. Pobrecilla... —dijo con voz abatida. Me reí nerviosamente, sin saber qué hacer.

El sol poniente iluminaba el rostro de mamá, haciendo resplandecer sus ojos con un brillo casi azul. Con un leve rastro de ira, estaba tan hermosa que sentí deseos de echarme en sus brazos. Pensé que en algo se parecía a esa pobre serpiente y que el horrible ofidio que vivía en mi corazón algún día podría devorar a la preciosa e infortunada madre serpiente. No sé por qué se me ocurrió una cosa así. Coloqué una mano en el dulce y delicado hombro de mamá y sentí una agitación inexplicable.

A principios de diciembre del año en que Japón se rindió incondicionalmente, dejamos nuestra casa en el barrio de Nishikata, en Tokio, para trasladarnos a una villa de estilo chino en Izu. Desde que falleció papá, el tío Wada, hermano menor de mamá y su único pariente carnal, se había encargado de los asuntos relativos a nuestras finanzas; pero, con el fin de la guerra, todo había cambiado mucho y nos dijo que no había más remedio que vender la casa, despedir a los sirvientes y marcharnos, madre e hija, a una linda casita donde pudieramos vivir tranquilas. Mamá, que entendía menos de dinero que una niña, al escuchar lo que decía su hermano, decidió dejar el asunto en sus manos.

A finales de noviembre, llegó una carta urgente del tío informando de que en algún lugar de la línea Numa, de los ferrocarriles de Sunzu, el vizconde Kawata vendía su villa; estaba construida sobre una loma, con una vista excelente, y tenía más de trescientos metros cuadrados de tierra cultivable. La zona era famosa por la belleza de sus ciruelos, templada en invierno y fresca en verano; seguro que nos encantaría vivir allá. Como era necesario reunirse con la otra parte para conversar sobre este asunto, le pedía que al día siguiente se pasase por su oficina en Ginza.

—¿Vas a ir, mamá? —pregunté.

—Debo hacerlo. Como lo había dejado en sus manos... —repuso, sonriendo con una tristeza que me partía el alma.

Al día siguiente, mamá salió poco después de mediodía y regresó pasadas las ocho. La acompañó el señor Matsuyama, nuestro antiguo chófer, a quien le había encargado que la llevara; tras dejarla en casa, se marchó.

—Ya está decidido —dijo, después de entraren mi habitación y sentarse sin levantar las manos del borde de la mesa, como si temiera caerse.

—¿Qué está decidido?

—Todo.

—Vaya... —me sorprendí—. Pero si ni siquiera hemos visto la casa.

Mamá apoyó un codo en la mesa, y llevándose una mano a la frente levemente, emitió un pequeño suspiro.

—El tío Wada dijo que era un buen lugar; por eso, creo que puedo trasladarme allí incluso con los ojos cerrados —dijo, levantando el rostro con una sonrisa. Este rostro, un poco demacrado, era hermoso.

—Por supuesto —asentí, vencida por la pureza de la confianza de mamá en el tío

Wada.

—Entonces, tú también cerrarás los ojos, ¿verdad Kazuko?

Las dos nos reímos, pero después nos quedamos un poco tristes.

A partir de entonces, durante varios días vinieron los peones a embalar nuestras pertenencias para el traslado. También se acercó el tío Wada e hizo los preparativos para vender lo que no necesitábamos. Yo estuve ocupada ordenando la ropa y quemando los trastos viejos en el jardín con ayuda de la sirvienta O-kimi; pero mamá no ayudó en absoluto ni dio instrucción alguna, sino que pasó todos los días en su habitación sin hacer nada en particular.

—¿Qué te sucede? ¿Es que no quieres ir a Izu? —me decidí por fin a preguntar en un tono un poco impaciente.

—No es eso —repuso, con la expresión abstraída.

Al décimo día ya estaba todo preparado. Al atardecer, me encontraba quemando papeles y paja en el jardín con O-kimi; mamá había salido de su habitación y contemplaba la hoguera de pie en la galería. Soplaba un viento del oeste, ceniciente y frío, y el humo de la hoguera no lograba alzarse del suelo. De repente, al levantar la vista hacia mamá, me di cuenta de que estaba tan pálida como no la había visto nunca.

—¡Mamá! Tienes mal color —exclamé, pero ella se limitó a decir que no era nada y regresó en silencio a su habitación.

Aquella noche, como ya habíamos enviado nuestros colchones, O-kimi durmió en un sofá del primer piso, mientras que mamá y yo lo hicimos juntas en la habitación de ella, en un colchón que nos prestaron los vecinos.

—Solo voy a Izu porque estás tú, porque vendrás conmigo. Es la única razón... —dijo con una voz que sonaba débil y vieja.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Y si yo no estuviera? —se me escapó preguntar.

Mamá se puso a llorar inesperadamente.

—Preferiría morir. Hubiera querido morir en la misma casa que falleció tu padre —dijo con voz entrecortada, llorando cada vez con más amargura.

Hasta ese día, mamá no me había hablado con una voz tan débil, ni tampoco la había visto llorando con esa desesperación; nunca se había mostrado tan alicaída ni cuando murió papá, ni cuando me casé, ni cuando después volví a casa embarazada y perdí el bebé en el hospital, ni tampoco cuando caí enferma o Naoji hizo alguna de sus barbaridades. A los diez días de la muerte de papá, parecía la misma madre despreocupada y afectuosa de los tiempos en que él vivía; y así nosotros pudimos crecer sin preocupaciones. Pero ahora se le había terminado el dinero. Lo había gastado todo en Naoji y en mí, sin escatimar un céntimo. Y no tenía más remedio que dejar la casa donde había vivido tantos años y marcharse conmigo a la pequeña villa de Izu para comenzar una existencia solitaria y triste. Si hubiera sido malvada y tacaña, nos hubiera regañado con frecuencia o si buscase aumentar su fortuna

pensando solo en ella, por más cambios que se produjeran en el mundo, supongo que no hubiera deseado morir. Ah, qué espantoso y miserable es quedarse sin dinero, qué infierno sin salvación; estaba embargada de emoción, quería llorar amargamente pero no podía. Entonces me di cuenta de que estaba sintiendo la solemnidad de la vida humana y, sin poder moverme, me quedé acostada boca arriba, tal como estaba, inmóvil como una piedra.

Al día siguiente, como era de esperar, mamá se levantó con mal aspecto y se entretuvo todo lo posible, de modo que pudiera prolongar al máximo su estancia en la casa; pero entonces apareció el tío Wada y dijo que, como prácticamente todo el equipaje ya estaba enviado, debíamos partir ese día a Izu. Mamá se puso el abrigo con evidente desgana, se despidió con una reverencia silenciosa de O-kimi y otras personas que habían venido a saludarla y, junto con el tío y yo, salió de la casa de Nishikata.

El tren no estaba lleno, de modo que los tres pudimos sentarnos. El tío estaba de un humor excelente e incluso silbaba alguna canción; pero mamá, muy pálida y con la cabeza gacha, parecía tener mucho frío. En Mishima hicimos trasbordo a los ferrocarriles de Sunzu y nos bajamos en Izu-Nagaoka, donde tomamos un autobús. Después de un cuarto de hora nos apeamos, subimos por una cuesta suave y llegamos a una aldea. En las afueras estaba la villa, de estilo chino un poco recargado.

—Mamá, ¿no te parece mejor de lo que esperábamos? —dijo con el aliento entrecortado por la subida.

—Sí, claro —respondió, de pie ante la entrada. Por un instante le brillaron los ojos de alegría.

—Lo principal es el aire puro. ¡Da gusto lo fresco que es! —dijo el tío, satisfecho por el hallazgo de la casa.

—Es verdad —reconoció mamá con una sonrisa—. ¡Qué limpio! ¡Qué aire más limpio!

Los tres nos reímos juntos.

Al cruzar el umbral, vimos que el equipaje ya había llegado de Tokio; tanto la entrada como la habitación contigua estaban llenas de baúles.

—Además, desde el salón la vista es preciosa —continuó el tío entusiasmado, arrastrándonos hasta allá y haciéndonos sentar.

Eran cerca de las tres de la tarde y el sol invernal iluminaba suavemente el pasto del jardín. Bajando por unas escaleras de piedra, al final de la pradera, se encontraba un pequeño estanque rodeado de muchos ciruelos, más allá un campo de mandarinos, el camino al pueblo, unos campos de arroz, y después de un extenso bosque de pinos, el mar. Tal como estaba sentada, la línea del horizonte coincidía con mi pecho.

—¡Qué vista más agradable! —comentó mamá sin mucho ánimo.

—Será por el aire. La luz del sol es completamente diferente que en Tokio. Es como si los rayos pasaran a través de la seda... —intervine con forzado alborozo.

En la planta baja había una habitación de diez tatami^[4] y otra de seis, más una

sala de visitas de estilo chino, un recibidor de tres tatami, un cuarto de baño de las mismas dimensiones, comedor y cocina; y en la segunda, un gran dormitorio con cama occidental para invitados. Con estas habitaciones, la casa no sería demasiado estrecha para las dos; ni tampoco para tres personas, si volviera Naoji.

El tío fue a la única posada del pueblo para encargar comida; pronto volvió con las cajas llenas de viandas que abrimos en el salón, y él regó su cena con whisky que había traído de Tokio. Entonces, con un humor de lo más animado, nos comenzó a contar las peripecias del anterior dueño de la villa, el vizconde Kawata, cuando estaba de viaje por China. Mamá apenas había tocado la comida.

—Si no os importa, me acostaré un rato aquí mismo —dijo con un hilo de voz cuando comenzó a oscurecer.

Desempaqueté el colchón y le preparé la cama. Pero estaba muy preocupada por ella y enseguida busqué el termómetro entre el equipaje. Se lo puse; la temperatura era de treinta y nueve grados. El tío se asustó y salió a toda prisa para buscar al médico del pueblo.

Por más que la llamara «¡Mamá!», ella no salía de su sopor. Entonces, tomando su pequeña mano entre las mías, me puse a sollozar. «¡Pobrecilla, pobrecilla!», pensaba; pero no, las dos lo éramos por igual, y no podía parar de llorar. Mientras tanto, solo deseaba morirme con ella. Ya no necesitaba nada más, pensé que nuestra vida terminó cuando dejamos la casa de Nishikata.

Al cabo de dos horas, el tío volvió con el médico del pueblo, que era ya muy entrado en años; iba vestido con un *hakama*^[5] de seda de Sendai y *tabi*^[6] blancos.

—Existe la posibilidad de que se convierta en una pulmonía —dijo después de examinarla—. Pero, aunque así ocurra, no hay motivo de preocupación.

Después de un diagnóstico tan vago, le puso una inyección y se marchó.

Al día siguiente, la fiebre de mamá todavía no había bajado. El tío Wada me entregó dos mil yenes por si acaso debía hospitalizarla, dio instrucciones de que si ocurría algo le enviara un telegrama y regresó a Tokio.

Saqué los útiles de cocina más imprescindibles del equipaje, preparé una sopa de arroz y se la ofrecí a mamá. Sin levantarse, tomó tres cucharadas y sacudió la cabeza.

Poco antes de mediodía, apareció de nuevo el médico del pueblo. Esta vez llevaba una indumentaria menos formal, pero todavía calzaba *tabi* blancos.

—No sería mejor que la ingresáramos en el hospital —aventuré a decir.

—No, no es necesario. Hoy le voy a poner una inyección más fuerte, y seguro que bajará la fiebre.

Con esta respuesta, de nuevo ambigua, le puso esa «inyección fuerte» y se marchó.

Quizá la inyección surtió efecto ya que, después del almuerzo, el rostro de mamá enrojeció mucho, transpiró en abundancia y, cuando le estaba cambiando el camisón, por fin sonrió.

—Quizá, en realidad, sea un médico muy bueno —dijo.

La fiebre había bajado hasta los treinta y siete. Me puse tan contenta que fui corriendo hacia la única posada del pueblo y le compré diez huevos a la patrona. Me apresuré a hacer algunos pasados por agua y se los llevé a mamá; se comió tres, más la mitad de un cuenco de sopa de arroz.

Al día siguiente, volvió a aparecer el médico con sus *tabi* blancos. Cuando le di las gracias por el efecto de la «inyección fuerte» del día anterior, asintió inclinando mucho la cabeza con la expresión de que lo acontecido era de lo más normal, examinó a mamá con esmero y se volvió hacia mí.

—Su señora madre ya no está enferma. Por lo cual puede comer o hacer lo que más le plazca.

Su forma de hablar me pareció tan divertida que debí hacer un gran esfuerzo para que no se me escapara la risa. Acompañé al médico hasta la puerta y regresé a la habitación de mamá, que se había sentado en la cama.

—De veras que es un buen médico... ¡Ya no estoy enferma! —dijo, muy alegre, como hablando consigo misma.

—Mamá, ¿quieres que abra las puertas corredizas^[7]? ¡Está nevando!

Los copos, como grandes pétalos de flores, habían comenzado a caer con suavidad. Después de abrir, me senté junto a mamá, y nos quedamos contemplando la nieve de Izu a través de los cristales.

—Ya no estoy enferma —repitió para sí misma—. Ahí sentada, me ha dado la impresión de que todo lo sucedido hasta ahora ha sido un sueño. Cuando estábamos a punto de mudarnos, se me hacía insopportable venir a Izu. Quería estar en nuestra casa de Nishikata, aunque fuera solo un día o medio más. Mientras subíamos al tren, me sentía morir y cuando llegamos aquí, excepto los primeros momentos alegres, cuando comenzó a oscurecer echaba terriblemente de menos Tokio. Después me sentí desvanecer, como si mi pecho abrasara. No ha sido una enfermedad común. Es como si Dios me hubiera matado y me devolviese la vida como alguien distinto de quien era ayer.

Desde ese día hasta ahora, nuestra vida en esta villa de montaña ha continuado sin contratiempos. La gente del pueblo es amable con nosotras. Nos instalamos aquí en diciembre del año pasado; ha pasado enero, febrero, marzo y hasta ahora, que es abril, además de preparar nuestras comidas, hacemos punto en la galería, leemos libros en la sala de estilo chino, tomamos té... Una vida realmente alejada del mundo.

En febrero florecieron los ciruelos y todo el pueblo quedó cubierto de flores, y como el tiempo era cálido y no había viento, hasta finales de marzo se mantuvieron en todo su esplendor. Tanto al amanecer como al mediodía, al crepúsculo o por la noche, la belleza de las flores hacía suspirar. Al abrir las puertas de cristal de la galena, el aroma de los ciruelos penetraba en las habitaciones. Hacia finales de marzo, al anochecer, se levantaba el viento, y sus pétalos entraban por la ventana abierta del comedor, iluminado solo por la última luz del día, cayendo en nuestras tazas de té.

Al comenzar abril, mamá y yo, sentadas en la galería haciendo punto, estábamos naciendo planes para cultivar la tierra. Ella decía que quería ayudar. Escribiendo esto, siento que mamá tenía razón cuando dijo que habíamos muerto para renacer como otras personas; pero creo que, al fin y al cabo, los seres humanos no podemos resucitar como Jesucristo. Hablábamos como si el pasado ya no existiera; pero esa mañana, al tomar una cucharada de sopa, se acordó de Naoji y lanzó una exclamación. Por mi parte, las heridas del pasado no se habían curado en absoluto.

Ah, quiero escribir todo con claridad, sin ocultar nada. A veces, pienso en secreto que la paz en esta villa de montaña no es nada más que un engaño y una simulación. Incluso si pensamos que esto ha sido un breve respiro que la providencia nos ha dado a mamá y a mí, no puedo evitar la sensación de que sobre esta tranquilidad se cierne una sombra oscura de mal agüero. Ella hace gala de estar contenta, pero se debilita a ojos vistos, y la víbora que se aloja en mi pecho engorda a costa de ella, a pesar de que yo haga lo posible por evitarlo. Ojalá solo se trate de una sugerión causada por la época del año; pero, últimamente, esta vida se me está haciendo insopportable. No hay duda de que el haber hecho algo indebido, como quemar los huevos de la serpiente, ha causado mi irascible estado de ánimo. Y lo único que logro es aumentar la pena de mamá y debilitarla más y más.

En cuanto al amor... Solo al escribir esta palabra ya no pude continuar.

II

El fuego



En los diez días que siguieron a la quema de los huevos de serpiente, sucedió una desgracia tras otra que aumentaron la tristeza de mamá y acortaron su vida.

Yo fui la responsable de una de ellas.

Causé un incendio. Un incendio... Nunca llegué a imaginarme ni en sueños que en mi vida me ocurriría algo tan espantoso. ¿Seré yo una de esas «señoritas» que ni siquiera reparan en un vulgar refrán que aconseja cuidar el fuego para evitar incendios? Una noche me levanté para ir al lavabo cuando, al pasar ante el biombo de la entrada, vi una luz que llegaba del cuarto de baño. Eché una mirada distraída y vi que la puerta de vidrio del cuarto brillaba de un rojo intenso y se oía sonido de crepitación. Me apresuré hacia la puerta lateral y corrí hacia fuera descalza. La leña amontonada junto al fogón de calentar el baño estaba ardiendo furiosamente.

Salí disparada hacia la vivienda de los campesinos, más abajo de nuestro jardín, y golpeé la puerta con todas mis fuerzas.

—¡Señor Nakai, levántese por favor! ¡Un incendio! —grité.

—¡Voy enseguida! —respondió, pese a que parecía que ya se había acostado.

Mientras le pedía que, por favor, viniera lo antes posible, el señor Nakai salió a toda prisa, ataviado todavía con un kimono de dormir.

Salimos los dos corriendo hacia el fuego y, cuando llenábamos los cubos en el estanque, oí a mamá gritando en su habitación. Tiré el cubo y subí corriendo a su encuentro.

—¡No te preocupes, mamá! ¡No pasa nada! ¡Vete a descansar! —dije, tomándola en mis brazos porque parecía a punto de caerse. La acompañé a su cama, la acosté y salí volando hacia el fuego. Me puse a sacar cubos de agua de la bañera y pasárselos al señor Nakai, que los echaba sobre el montón de leña en llamas; pero el fuego era tan intenso que no podía apagarse de este modo.

—¡Fuego, fuego! ¡Hay un incendio en la villa! —se oyeron gritos allá abajo.

Enseguida, cuatro o cinco hombres del pueblo llegaron a todo correr, rompiendo la cerca. Acarreando agua de la alberca, un poco más abajo, y pasándose los cubos en cadena, no tardaron más que dos o tres minutos en apagar el fuego. Las llamas ya

estaban a punto de prender en el techo del cuarto de baño y lo hubieran hecho si se hubiesen demorado un poco más.

Un instante después de que respirara aliviada, me di cuenta de que la culpa del incendio era mía. Entonces me di cuenta que todo aquel alboroto se había organizado porque al atardecer había dejado las brasas restantes del fogón, creyendo que estarían apagadas, junto al montón de leña. Al pensar esto, sentí deseos de llorar y, mientras estaba allí, de pie, inmóvil, oí la voz de la muchacha de los Nishiyama, la casa de enfrente.

—¡Seguro que esto ha sido por tener poco cuidado con el fogón de calentar el baño! —dijo a grito pelado, desde el otro lado de la cerca.

Llegaron el alcalde, señor Fujita, el agente de policía, señor Ninomiya, y el jefe del cuartel de bomberos, señor Ouchi.

—Vaya susto, ¿eh? —dijo el señor Fujita, con su habitual sonrisa amable, y preguntó—: ¿Qué aconteció?

—Fue culpa mía. Pensé que había apagado las brasas... —comencé a explicar, pero no pude contener las lágrimas y me quedé con la cabeza gacha, sin poder decir nada más.

En ese momento pensé que el policía me llevaría detenida como a un delincuente. De pronto, me avergoncé de mi aspecto desaliñado, descalza y en camisón, y me sentí terriblemente miserable.

—Entiendo. ¿Y su madre? —dijo el señor Fujita, en un tono considerado y tranquilo.

—Está descansando en su habitación. Ha tenido un sobresalto terrible...

—En fin... Suerte que no se quemó la casa —intervino el joven policía, como si me quisiera consolar.

Entonces volvió el señor Nakai, que se había cambiado de ropa.

—¡Bah! Solo un poco de madera quemada. ¡No hay que exagerar! —dijo jadeante, intentando restar importancia a mi falta.

—Por supuesto —dijo el señor Fujita, asintiendo dos o tres veces, y añadió, tras susurrar algo al policía—. Bueno, me voy a marchar. Muchos saludos a su madre.

Se fue acompañado del jefe del cuartel de bomberos, y con ellos se marchó el resto de la gente. Pero el policía Ninomiya, se acercó un momento hasta donde yo estaba.

—No vamos a pasar informe de lo ocurrido esta noche —me dijo en voz tan queda que apenas podía distinguirme del sonido de la respiración.

Cuando se marchó el policía, el señor Nakai se acercó a preguntarme qué me había dicho con voz preocupada.

—Me ha dicho que no va a dar parte —repuse. Al parecer los vecinos que estaban al otro lado de la verja me oyeron y tras algunos «¿Ah, sí?» y «¡Qué suerte!», se marcharon. El señor Nakai me dio las buenas noches y se marchó, y yo me quedé sola y anonadada junto al montón de madera quemada. Levanté la vista al cielo con

los ojos llenos de lágrimas; ya se veían las primeras luces del amanecer.

Me lavé las manos, los pies y el rostro en el cuarto de baño. De alguna manera, temía presentarme ante mamá, de modo que me quedé arreglándome el cabello y remoloneando en la pequeña habitación de tres tatami. Después, fui a la cocina y, sin ninguna necesidad, me dediqué a ordenar los enseres hasta que se hizo de día.

Cuando ya había amanecido, me dirigí de puntillas al salón y me encontré con que mamá ya estaba debidamente arreglada, sentada en un sillón de la habitación china, con aspecto de estar muy cansada. Al verme sonrió, pero estaba terriblemente pálida.

Sin sonreír, me quedé de pie detrás del sillón donde estaba sentada.

—No fue nada serio, ¿verdad? —dijo tras unos momentos—. Solo era leña que se tenía que quemar de todos modos.

De repente, me puse contenta y hasta me reí un poco. Me vino a la cabeza el aforismo de la Biblia: «Una palabra oportuna es como unas manzanas de oro sobre un repujado de plata» y di las gracias a Dios con todo mi corazón por la bendición de tener una madre tan bondadosa. Lo hecho, hecho estaba. Decidí dejar de recriminarme por lo acontecido y me quedé contemplando a través del ventanal el mar junto a las costas de Izu sin moverme de detrás del sillón. La respiración tranquila de mi madre y la mía se habían sincronizado a la perfección.

Después de tomar un ligero desayuno, estaba ordenando el montón de leña cuando llegó la señora Osaki, dueña de la única pensión del pueblo.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Me acabo de enterar ahora, ¿qué sucedió la noche pasada?

Diciendo esto, entró a pasitos apresurados por la puerta de la verja. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—Lo siento mucho —susurré.

—No tiene que disculparse. Pero ¿y la Policía?

—Ya está arreglado.

—¡Qué bien! —dijo con sincera alegría.

Le pregunté a la mujer cómo podría hacer para presentar mis disculpas a la gente del pueblo. Ella me indicó que lo mejor sería algo de dinero, que podría entregar en cada casa al pedir perdón por lo ocurrido.

—Si le da reparo ir sola, puedo acompañarla.

—Pero será mejor que vaya sola, ¿no?

—¿Puede ir? En este caso, será mejor.

—Así lo haré.

Después, la señora Osaki ayudó un poco a limpiar los restos del fuego. Cuando terminé esta tarea, pedí dinero a mamá. Envolví cada billete de cien yenes en una hoja de grueso papel de Mino y en el anverso escribí: «Con mis disculpas».

Primero de todo fui al ayuntamiento. El alcalde, el señor Fujita, había salido pero le entregué el sobre a una recepcionista. «Le ruego que le transmita este mensaje al

señor alcalde: anoche cometí un terrible error, por lo que pido disculpas y prometo que no volverá a ocurrir», me excusé.

Después me acerqué a casa del señor Ouchi, jefe del cuerpo de bomberos. Salió al recibidor y me miró sonriendo tristemente, pero no dijo nada. Me entraron unas ganas terribles de llorar. «Siento mucho lo de anoche», dije, esforzándome por contener las lágrimas sin lograrlo.

Tuve que regresar a casa para lavarme la cara y arreglarme el maquillaje. Me estaba poniendo los zapatos para salir de nuevo cuando apareció mamá.

—¿No habías terminado ya? ¿A dónde vas? —preguntó.

—No, todavía me falta mucho —repuse sin levantar el rostro.

—Imagino cómo te sentirás —añadió conmovida.

Fortalecida por el cariño de mamá, pude hacer todo el recorrido sin llorar ni una vez. Al llamar en casa del alcalde del barrio, él estaba ausente. Salió a recibirmé su nuera, pero esta vez fue ella quien no pudo reprimir las lágrimas. En casa del policía, el señor Ninomiya expresó su alivio de que no hubiera acontecido nada peor. Todos fueron amables conmigo, incluidos los vecinos, que se mostraron comprensivos y me consolaron. La única persona que me recriminó fue la señora Nishiyama, que tendría unos cuarenta años y vivía justo enfrente nuestro.

—A partir de ahora, haga el favor de tener más cuidado. Si son ustedes aristócratas no es asunto mío, pero desde que llegaron las he estado viendo jugar a casa de muñecas. Como viven igual que dos niñas, me extraña que no hayan causado antes un incendio. O sea que les ruego más cuidado de ahora en adelante. Si anoche hubiera soplando viento fuerte, se hubiera quemado todo el pueblo.

Fue ella la que anoche había gritado desde el otro lado de la cerca, delante de todos, incluido el señor Nakai, el alcalde y el policía, que se había quemado todo el cuarto de baño por negligencia en el manejo del fogón. Pero lo cierto es que tenía toda la razón. Por eso, no le guardaba ningún rencor. Para consolarme, mamá había bromeado con lo de que al fin y al cabo era madera para quemar; sin embargo, si hubiera soplando viento fuerte quizás se hubiera quemado todo el pueblo, tal como dijo la señora Nishiyama.

En ese caso, no hubiera sido suficiente ni que me quitara la vida para pedir perdón. Y si yo muriera, supongo que mamá no podría seguir viviendo; para colmo, hubiera manchado para siempre el nombre de mi fallecido padre. Ya sé que ahora la aristocracia no es como antes; pero, si tuviera que perecer, me gustaría hacerlo de la forma más elegante posible. No podría descansaren paz si tuviese que morir para disculparme por un incendio. De todas formas, tendría que ser más cuidadosa.

A la mañana siguiente, comencé a trabajar la tierra. La hija del señor Nakai a veces me echaba una mano. Desde que causé el desafortunado incidente del incendio, siento que mi sangre se ha oscurecido. Desde hace tiempo, en mi pecho mora la víbora maligna, y esto se ha completado con el cambio del color de mi sangre; de modo que cada vez me encuentro más como una campesina inculta. Cuando me

siento en la galería con mamá para hacer punto, me embarga una extraña opresión en el pecho; por eso me hallo más a gusto cavando los campos.

Será la actividad física. No es la primera vez que hago un trabajo así. Durante la guerra me movilizaron para trabajar, e incluso tuve que cargar fardos. El ejército me dio las zapatillas de lona que uso en los campos. Era la primera vez que calzaba algo así y me sorprendió mucho lo confortables que eran; cuando caminaba con ellas puestas por el jardín me pareció comprender el paso ligero de los pájaros y otros animales que pisan el suelo descalzos. Estaba tan contenta que sentía un dolor sordo en el pecho. Este es el único buen recuerdo que tengo de la guerra, un periodo que fue tedioso.

*El año pasado no ocurrió nada,
este año tampoco.
Ni dos años atrás.*

Este divertido poema apareció en un periódico justo al final de la guerra. Al pensarlo ahora, me da la impresión de que se produjeron diversos acontecimientos, pero, al mismo tiempo, no pasó nada. No me gusta ni hablar de mis recuerdos de la guerra ni escuchar los ajenos. Murieron muchas personas, pero aun así me parece un asunto desfasado y un aburrimiento. Sin embargo, es solo porque lo veo desde mi punto de vista. Cuando me movilizaron y obligaron a cargar fardos, fue la única vez que tuve una perspectiva distinta. Por supuesto, mis recuerdos del trabajo son malos, pero debo reconocer que, gracias a él, mi cuerpo se fortaleció e incluso ahora, si fuera preciso, podría ganarme la vida cargando fardos.

Cierto día, cuando la guerra había alcanzado un momento desesperado para Japón, llegó a nuestra casa de Nishikata un hombre con uniforme militar y me entregó una orden de reclutamiento, en la que estaban anotados los días que me tocaba trabajar. Después de consultar los turnos y ver que a partir del día siguiente tenía que ir un día sí y otro no a las montañas de Tachikawa, no pude contener el llanto.

—¿No podría enviar a alguien en mi lugar? —sollocé hecha un mar de lágrimas.

—El ejército le ha enviado una orden de movilización, o sea que debe ir usted misma sin falta —dijo con firmeza.

Entonces tomé la decisión de ir. A la mañana siguiente llovía. Mientras hacíamos fila al pie de la montaña de Tachikawa, un oficial nos echó un sermón. «Ganaremos la guerra», comenzó, y añadió: «Ganaremos la guerra, pero todos tienen que trabajar según las órdenes del ejército, si no, la estrategia resultará perjudicada y tendremos otra Okinawa^[8]. Por esto, quiero que hagan el trabajo que se les asigne. Además, en esta montaña puede haber espías, de manera que fíjense los unos en los otros. A partir de ahora, van a trabajar como si fueran soldados, y deben poner particular atención en no comentar lo que vean en su lugar asignado».

La lluvia envolvía la montaña, y allí estábamos, unos quinientos hombres y mujeres, mojáandonos bajo el aguacero mientras escuchábamos. Entre los movilizados había alumnos, niños y niñas, de la escuela primaria, con caras de frío y de estar a punto de echarse a llorar. La lluvia se coló por las aberturas de mi impermeable, me mojó la chaqueta y, al final, hasta la ropa interior.

Ese día lo pasé cargando canastos de tierra, y en el tren de vuelta no paraban de caérseme las lágrimas. Pero, al segundo día, me tocó tirar en equipo de las cuerdas para arrastrar carga. Este trabajo fue el que me acabó gustando más. La segunda o tercera vez que fui a la montaña, noté que los alumnos de primaria me miraban de forma desagradable.

—¿Esta no será una espía? —comentaron dos o tres en voz baja, al pasar junto a mí. Me quedé asombrada.

—¿Por qué decís eso? —pregunté a una niña que cargaba un canasto de tierra.

—Tienes cara de extranjera —repuso muy seria.

—¿Tú también crees que soy una espía?

—No —contestó, riéndose un poco.

—Yo soy japonesa —dije, pero enseguida me pareció una tontería y me reí de mis propias palabras.

Una mañana despejada, estaba transportando troncos con un grupo de hombres cuando un joven oficial de vigilancia se dirigió a mí.

—¡Oye, tú! Ven conmigo —me ordenó y se puso a caminar hacia un bosque de pinos. Yo tenía el pecho aprisionado por la incertidumbre y el miedo. Al llegar junto a un lugar donde se amontonaban las tablas de madera, recién llegadas del interior del bosque, el soldado, que andaba delante de mí, se detuvo y se volvió.

—Debe ser muy duro trabajar de este modo. Hoy quédate a vigilar estas maderas —me dijo, mostrando sus dientes blancos al sonreír.

—¿Debo quedarme aquí, de pie?

—Aquí se está fresco y tranquilo, de modo que, siquieres, puedes echar una siesta sobre las tablas. Si te aburres, puedes leer esto —dijo, sacando del bolsillo de su chaqueta un pequeño volumen y lo dejó sobre las tablas un poco avergonzado—. Quizá no es gran cosa, pero échale una mirada.

El título del libro era *Troika*. Lo tomé y dije:

—Muchas gracias. En casa también hay alguien a quien le gustan mucho los libros, pero ahora está en el sur del Pacífico.

—Ya veo, tu esposo... —dijo, interpretando erróneamente mi comentario, y sacudió la cabeza conmovido—. En el sur del Pacífico... ¡Caramba!

—Bueno, hoy debes pasar el día vigilando las maderas. Después ya te traeré yo mismo la fiambra del almuerzo —añadió. De repente, dio media vuelta y se marchó.

Me senté sobre la madera y me puse a leer el libro. Cuando ya había llegado más o menos a la mitad, oí el sonido fuerte de unos pasos.

—Te he traído el almuerzo. Te estarás aburriendo sola, ¿no? —dijo, y dejando la fiambra sobre la hierba se marchó a toda prisa.

Después de comer, me tendí sobre las planchas a continuar el libro y cuando terminé tomé una siesta. Me desperté pasadas las tres. De súbito, me vino a la cabeza que había visto al joven oficial en alguna parte. Intenté hacer memoria pero no logré recordar dónde. Me levanté y, mientras me estaba arreglando el pelo, escuché de nuevo el sonido de pasos.

—Muchas gracias por tu trabajo de hoy. Ya puedes marcharte.

Me acerqué al oficial y le devolví el libro. Quise darle las gracias, pero no me salieron las palabras. Levanté la vista hacia su rostro y, cuando se encontraron nuestras miradas, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Los ojos del oficial también se llenaron de lágrimas.

Nos sepáramos en silencio y nunca más volví a verlo en el lugar de trabajo. Ese fue el único día tranquilo. A partir de entonces, continué con la dura labor que tenía asignada un día sí y otro no. Pese a que mamá se preocupaba mucho por mi salud, lo cierto es que me había fortalecido. Me convertí en una mujer que incluso ahora podría hacer ese trabajo de nuevo y a la que no se le hace dura la faena del campo.

Dije que me desagradaba hablar y escuchar sobre la guerra, mas he terminado por contar mi «valiosa experiencia». Sin embargo, en todos mis recuerdos de esos tiempos, esto es lo único que me siento inclinada a relatar. Respecto al resto, no tengo más que repetir el poema antes mencionado:

*El año pasado no aconteció nada,
este año tampoco.
Ni dos años atrás.*

Parece una tontería, pero lo único que me ha quedado ha sido un par de zapatillas de lona. Al mencionarlas, ya me he desviado con divagaciones inútiles; pero, calzada con este recuerdo de guerra, salgo cada día a los campos, lo que me ayuda a aliviar la oculta ansiedad e impaciencia que bullen en mi pecho; por el contrario, mamá se va debilitando día a día.

Los huevos de la serpiente. El incendio. Desde entonces, la salud de mamá se ha deteriorado visiblemente. Mientras que yo tengo la impresión de haberme convertido poco a poco en una común muchacha de campo. No puedo sacarme de la cabeza la idea de que estoy engordando a costa de la vitalidad de mamá.

Aparte de la broma de que era madera para quemar, mamá no ha dicho ni una palabra respecto al incendio, más bien me ha tratado con mucho miramiento; pero estoy segura de que el susto que recibió fue diez veces más grande que el mío. Desde el incendio, a veces gime entre sueños y, en las noches de viento fuerte, simulando ir al lavabo, se levanta varias veces en plena oscuridad e inspecciona toda la casa para asegurarse de que todo está bien. Ha perdido el color y parece que hasta le cuesta

caminar. Le había dicho desde el principio que no me ayudara con el trabajo del campo, pero se empeñó en sacar agua del pozo y cargar hasta cinco o seis grandes baldes de madera llenos. A la mañana siguiente, le dolía tanto la espalda que hasta le costaba respirar y se pasó el día acostada. Desde entonces desistió de estas labores, aunque, a veces, viene a verme y se queda quieta observando cómo trabajo.

—Dicen que las personas a quienes les gustan las flores de verano mueren en esta estación. ¿Será cierto? —dijo, de repente, mientras me veía trabajar.

Yo estaba regando las berenjenas en silencio. Ahora que recuerdo, estábamos a principios de verano.

—Me gustan los hibiscos, y no tenemos ni una sola planta de esas en el jardín —añadió con voz calmada.

—Pero tenemos muchas adelfas, ¿no? —le dije en un tono intencionadamente seco.

—No me gustan. Casi todas las flores de verano me gustan, excepto estas. Son demasiado vistosas.

—Yo prefiero las rosas. Pero, como florecen en todas las estaciones, a quienes nos gustan las rosas nos corresponde morir en primavera, en verano, en otoño y en invierno. O sea, morir cuatro veces.

Las dos nos reímos.

—¿Por qué no descansas un poco? —dijo mamá, todavía sonriendo—. Hoy tengo que conversar contigo, Kazuko.

—¿De qué? Si es sobre morirse, ni hablar.

Caminé detrás de mamá hasta llegar al emparrado de glicinos, bajo el que nos sentamos en un banco, lado a lado. La floración había terminado, y entre las ramas penetraba el suave sol de la tarde que iluminaba nuestros regazos con una luz teñida de verde.

—Hace unos días que quería comentarte algo, pero hasta hoy he estado esperando el momento en que ambas estuviéramos de buen humor. Lo cierto es que no es un asunto fácil. Pero me da la impresión de que hoy puedo hablarte sin dificultad. Ten paciencia y escúchame hasta el final. ¿Sabes? Naoji está vivo.

Me puse rígida.

—Hace cinco o seis días recibí una carta del tío Wada. Acontece que un antiguo empleado suyo regresó recientemente del sur del Pacífico y le visitó para saludarle. Después de conversar sobre una cosa y otra, por casualidad comentó que había servido en el mismo regimiento que Naoji, quien estaba sano y salvo, y regresaría a Japón dentro de poco. Mas resulta que hay un problema. Según esta persona, Naoji sufre de grave adicción al opio y...

—¡Otra vez!

Hice una mueca, como si hubiera comido algo amargo. Cuando Naoji estudiaba en la escuela secundaria le dio por imitar a cierto escritor y se hizo drogadicto. Se endeudó terriblemente con la farmacia, y a mamá le costó dos años el saldar toda la

deuda.

—Eso es. Parece que empezó de nuevo. Pero, según lo que le contó esa persona, no le van a dejar volver hasta que se cure, de modo que cuando llegue ya se habrá recuperado. En la carta, el tío dice que no será bueno poner a trabajar enseguida a una persona que llegue en estas circunstancias. El trabajar en Tokio, con lo caótica que está la situación, que desequilibra incluso a una persona normal, puede causar una recaída en alguien todavía convaleciente. Puede hacer cualquier barbaridad. Por eso, cuando regrese es mejor que lo recibamos en la villa de Izu, no lo dejemos ir a ninguna parte y lo hagamos descansar durante un tiempo. Este es uno de los asuntos que te quería comentar. Además, el tío decía otra cosa en la carta, Kazuko: se nos ha terminado todo el dinero. Y con el bloqueo de las cuentas de ahorros y los impuestos sobre la propiedad privada, sería una carga difícil el enviarnos más dinero, en particular cuando Naoji regrese y seamos tres para mantener. Opina que no debemos perder tiempo en buscarte un esposo o un empleo en la casa de algún funcionario. Según él, hay que elegir una de estas dos posibilidades.

—¿De sirvienta en la casa de un funcionario?

—No, con una familia de aristócratas de Komaba —y mamá mencionó su nombre—. Como tenemos relación de parentesco, podrías ser tutora de sus hijos. O quizás de los de una familia de funcionarios, de modo que el trabajo no fuera para ti penoso o aburrido. Eso dijo.

—¿No me podría conseguir otro tipo de trabajo?

—Dijo que sería difícil encontrarlo para ti, Kazuko.

—¿Difícil? ¿Por qué difícil?

Mamá sonrió tristemente, pero no respondió.

—No quiero saber nada de esto. ¿Me oyes?

Sabía que estaba diciendo algo indebido, pero no podía detenerme.

—Mírame, con estas zapatillas de lona. ¡Mírame! —dije, rompiendo a llorar. Levanté el rostro, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y miré a mamá. Pensando «No debo, no debo», las palabras salieron sin parar de mi subconsciente, como si no tuvieran relación conmigo.

—¿No me lo dijiste? ¿No me dijiste que porque estaba yo, porque iría contigo, ibas a vivir a Izu? ¿No me lo dijiste? ¿No me dijiste que si no estuviera contigo morirías? Por eso no fui a ninguna parte y me quedé a tu lado, y, calzada con estas zapatillas de lona, cultivé la tierra para que tuvieras verduras sabrosas. Mientras que yo solo pensaba en esto, resulta que ahora, sabiendo que regresará Naoji, me he convertido en un estorbo y me quieres enviar de sirvienta a casa de unos aristócratas. ¡Es el colmo, el colmo!

Me daba cuenta de que decía cosas horribles, pero era como si otro ser pronunciara las palabras, y yo no pudiese hacer nada para silenciarlas.

—Si nos hemos convertido en pobres, si se ha terminado el dinero, ¿no podemos vender nuestros kimonos? Y si es necesario esta casa. Yo puedo trabajar en cualquier

cosa, en la oficina del Ayuntamiento o lo que sea. Y si en el Ayuntamiento no me dan trabajo, puedo ganarme la vida cargando y descargando. No me asusta la pobreza. Pese a que no me apartaría jamás de tu lado si solo tuviera tu cariño, tú prefieres a Naoji. ¡Pues me marcho! De todas formas, Naoji y yo nunca nos hemos llevado bien; si viviésemos los tres juntos todos seríamos infelices. Como he podido vivir tanto tiempo contigo, ya me doy por satisfecha. A partir de ahora podrás vivir con Naoji y si él se portara como un buen hijo, mejor. Ya estoy harta. Me marcho. Me marcho ahora mismo. No creas que no tengo a dónde ir —dije, y me levanté.

—¡Kazuko! —dijo mamá en tono muy severo y una expresión de dignidad en el rostro que nunca le había visto. Se levantó y se plantó enfrente de mí. Casi parecía más alta que yo.

Quería disculparme enseguida, pero no me salían las palabras. Al contrario, dije otras muy distintas.

—¡Me has engañado! Me has engañado, mamá. Me has utilizado esperando a que regresara Naoji. He sido tu sirvienta. Y cuando ya no me necesitas me echas de tu noble casa.

Tal como estaba, de pie, rompí a llorar a voces.

—Qué tonta eres —dijo mamá en voz baja que temblaba de indignación.

—¿Tonta? Tienes toda la razón —repliqué, levantando el rostro—. Me has engañado porque soy tonta. Y quieres que me vaya porque soy tonta. Mejor que no esté, ¿verdad? ¿Qué importa la pobreza? ¿Qué es el dinero? No lo sé. Hasta ahora viví solo confiando en el afecto de mi madre.

Así seguí diciendo estupideces. Mamá volvió el rostro de repente. Estaba llorando. Quería pedirle perdón y abrazarla, pero como tenía las manos sucias por el trabajo del campo, se me inhibió el destello de espontaneidad.

—Mejor que yo no esté, ¿verdad? Por eso me marcho. Tengo a donde ir —solté, y salí corriendo hacia el cuarto de baño, entre sollozos, para lavarme la cara y las manos. Después fui a mi habitación y mientras me cambiaba de ropa volví a llorar a voces, y subí a la habitación occidental de arriba, dispuesta a agotar todas mis lágrimas. Me tiré en la cama, me tapé hasta la cabeza con una manta y me dejé caer en el llanto más desesperado. Al cabo de un rato, estaba como anonadada, y poco a poco me vino a la mente el rostro querido de cierta persona, y el deseo irresistible de escuchar su voz. Era como si me aplicaran un tratamiento de moxibustión en las plantas de ambos pies, y me quedara inmóvil pese al inminente dolor. Al anochecer, mamá entró sin hacer ruido en la habitación, encendió la luz y se acercó a la cama.

—Kazuko —me llamó con enorme dulzura.

—Dime.

Me levanté, me senté en la cama y me arreglé el cabello con ambas manos. Miré a mamá y le sonréí. Ella me correspondió con una tenue sonrisa y se sentó en el mullido sofá bajo la ventana.

—Por primera vez en la vida he desobedecido al tío Wada. Acabo de escribir la

respuesta a su carta. Le he puesto que deje en mis manos los asuntos de mis hijos. Vamos a vender los kimonos, Kazuko. Vendamos los de ambas y vivamos sin mezquindad, con el lujo que nos apetezca. No quiero que trabajes más en el campo. Aunque las verduras sean caras, las vamos a comprar. No es bueno para ti trabajar la tierra día tras día.

La verdad es que ese trabajo me resultaba penoso. El llanto enloquecido de antes se debía en parte a una mezcla de agotamiento y tristeza. Todo se me había hecho odioso a más no poder.

Me quedé tendida boca abajo en la cama, en silencio.

—Kazuko.

—Dime.

—Cuando dijiste que tenías a donde ir, ¿a qué lugar te referías?

Me di cuenta de que me había ruborizado hasta el cuello.

—¿Era con el señor Hosoda?

Me quedé callada. Mamá emitió un profundo suspiro.

—¿Te importa que toque un asunto del pasado?

—Por favor... —repuse en voz muy queda.

—Cuando te marchaste de casa del señor Yamaki y regresaste a la nuestra de Nishikata, no quería reprocharte nada. Pero, por algún motivo, te dije que me habías traicionado. ¿Te acuerdas? Y tú te pusiste a llorar... Después pensé que no debería haber utilizado una palabra tan dura. Pero si te dije esto no fue porque hubieras abandonado a tu esposo. Lo hice cuando el señor Yamaki me dijo que tú y el señor Hosoda erais amantes. Cuando me enteré se me fue el color. Pero si el señor Hosoda hacía mucho tiempo que estaba casado y hasta tenía hijos. Por mucho que lo amaras, no había nada que hacer...

—¿Cómo que éramos amantes? Todo eso eran suposiciones tuyas.

—¿Ah, sí? De todos modos, ¿no estarás pensando de nuevo en el señor Hosoda? ¿A dónde pensabas ir?

—No era con él.

—¿Ah, no? Entonces, ¿dónde?

—Mamá, recientemente he estado reflexionando sobre qué diferencia a los hombres de otros animales. Está la palabra, el conocimiento, la facultad de raciocinio y la estructura social, pero esto solo es cuestión de grado, ya que otros animales también tienen estas facultades, ¿no crees? Quizá también tengan fe. El ser humano se vanagloria de ser el dueño del mundo, pero ¿dónde está la diferencia esencial con otros animales? Solo se me ha ocurrido una, mamá. ¿A que no sabes de qué se trata? Una facultad que tan solo el ser humano posee. Es la de tener secretos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Mamá se ruborizó un poco y sonrió de una forma encantadora.

—Bueno, espero que tu secreto dé un buen fruto. Cada mañana me encomiendo a tu padre por tu felicidad.

De repente, me acordé de cuando viajé con papá a Nasuno. En el camino nos detuvimos a ver los campos otoñales del paisaje. Florecían los crisantemos, las clavelinas, las gencianas y las valerianas. Las uvas silvestres todavía estaban verdes.

Entonces subimos a una lancha motora, en el lago Biwa. Me eché al agua y los pececillos que vivían entre las algas nadaban entre mis piernas, y en el fondo del lago se recortaba a la perfección mi sombra moviéndose. Todo esto, que no tenía nada que ver con lo que hablábamos, me vino a la mente y se desvaneció de súbito. Bajé de la cama y me abracé a las rodillas de mamá.

—Mamá, perdona por todo lo de antes —logré decir por fin.

Recordándolo, por aquellos días brillaron las últimas chispas de felicidad para nosotras. Después llegó Naoji del sur del Pacífico y empezó nuestro infierno.

III

Las flores de la luna



Es una sensación de desamparo tal que parece imposible continuar viviendo. Esta inquietud me golpea dolorosamente el pecho y, como las nubes blancas que avanzan con rapidez en el cielo después de un aguacero, me aprieta con fuerza el corazón, para liberarlo después, lo que me detiene el pulso, me enrarece la respiración, me oscurece y enturbia la vista; me da la impresión de que toda la fuerza del cuerpo se me escapa por la punta de los dedos y no puedo continuar haciendo punto.

Últimamente no para de caer una lluvia sombría; todo me deprime. Hoy he sacado el sillón de mimbre a la galería, para continuar un jersey que esta primavera dejé sin terminar. Es una lana de un rosa vivo que parece algo desteñido, y pensaba combinarla con un color cobalto. La lana rosácea procede de una bufanda que me tejió mamá cuando estaba en la escuela primaria. Esa bufanda estaba cosida en forma de capucha, de modo que cuando me miraba al espejo con ella puesta me parecía que me observaba un duendecillo. El color era muy distinto al de las bufandas de mis compañeras, por lo que yo la odiaba. Cuando una amiga de familia rica de Kansai me dijo: «¡Qué bufanda tan bonita!», elogiándola en tono de persona adulta, todavía me dio más vergüenza y desde ese día no me la puse nunca más, quedando escondida para siempre en un cajón.

Esta primavera apareció en el trastero, la deshice y decidí tejerme un jersey a fin de darle una nueva vida. Sin embargo, el color no me gustaba y la dejé de lado hasta hoy que, como no tenía nada que hacer, la saqué de nuevo y me puse a tejer despacio. Pero, mientras tejía, me di cuenta de que el rosa vivo de la lana se mezclaba con el gris del cielo produciendo un efecto de increíble suavidad. Nunca se me había ocurrido pensar que era importante considerar la armonía del color de una vestimenta con el cielo. Me quedé con la mirada perdida, un poco sorprendida de lo preciosa que era la combinación. Qué curioso que la lana rosa vivo y el gris del cielo se complementaran animándose mutuamente. De repente, la lana que tenía en las manos me pareció muy cálida y el cielo lluvioso como del terciopelo más suave. Me recordó la pintura de Monet de una catedral en la niebla. Me dio la impresión de que, gracias a esta lana, había entendido por primera vez lo que era el buen gusto. Y mamá había

elegido, precisamente, este color porque sabía lo armonioso que resultaría con el cielo invernal cargado de nieve; fui tonta al detestarla.

Mamá no obligó a una niña como yo a hacer algo que no quisiera. Siempre me dejaba hacer mi voluntad. Había tardado veinte años en comprender esta belleza, pero mamá, sin darme explicación ninguna sobre los colores, había esperado con paciencia. Mientras pensaba emocionada en la buena madre que tenía, me cruzó el pecho una nube de miedo y preocupación al pensar que moriría debilitada por los disgustos que le habíamos dado Naoji y yo. Me invadieron siniestras premoniciones y una inquietud insopportable ante el futuro. Perdí la fuerza de los dedos y se me cayeron las agujas en el regazo. Con un profundo suspiro, dejé caer la cabeza y cerré los ojos.

—Mamá... —dije sin darme cuenta.

—Dime —respondió extrañada. Estaba inclinada sobre la mesa del salón, leyendo un libro.

—¡Por fin, floreció el rosal! —exclamé confundida, en voz más alta de lo normal —. ¿Lo sabías, mamá? Yo me acabo de dar cuenta ahora mismo. ¡Por fin, ha florecido!

El rosal crecía justo frente a la galería del salón. El tío Wada lo había traído mucho tiempo atrás de Francia o Inglaterra, ahora no recuerdo de dónde; en fin, de algún país lejano. Y dos o tres meses atrás lo trasplantó a este jardín. Por la mañana, ya había visto que se había abierto una rosa, pero para ocultar el bochorno había expresado un regocijo exagerado al simular el descubrimiento. La rosa, de un color púrpura oscuro, mostraba orgullo y fuerza.

—Ya lo sabía —repuso con calma—. Parece que es tan importante para ti...

—Puede ser. ¿Te doy lástima por esto?

—No. Solo quise decir que es muy propio de ti. A mí me gusta pegar imágenes de cuadros de pintores como Renoir en la caja de cerillas de la cocina o hacer pañuelos para muñecas. En tu caso, al hablar de las flores del jardín parece que te refieras a personas vivas.

—Porque no tengo hijos.

Me salió esto sin pensar. Sorprendida por mis palabras, me quedé con la cabeza gacha y las mejillas encendidas de bochorno. Me pareció oír con claridad la voz áspera y grave de un hombre al teléfono, diciendo: «¡Pero si ya tiene veintinueve años!».

Mamá se puso a leer de nuevo sin añadir palabra. Desde hace unos días utiliza una mascarilla de gasa, quizás sea por esto que se ha vuelto tan callada. Comenzó a ponérsela después de que así se lo aconsejara Naoji.

Hace unos diez días, Naoji regresó del sur del Pacífico con un rostro exangüe y oscuro. Cierta atardecer de verano, entró al jardín por la puerta trasera sin habernos avisado de su llegada.

—¡Uf, qué horror! ¡Vaya casa de mal gusto! Mejor que peguéis en la pared un

letrero de restaurante chino barato anunciando *shumai*^[9] —saludó al vernos.

Hacía o tres días que mamá había comenzado a sentir un dolor en la lengua. Pese a que, a primera vista, la punta de la lengua no mostraba ningún problema, le dolía al moverla y no podía comer más que una sopa clara de arroz. Cuando le sugerí que la viera un médico, sacudió la cabeza para decir que no.

—Se va a reír de mí —dijo con una sonrisa triste.

Le apliqué cierto medicamento llamado Lugol, pero no le hizo ningún efecto. La situación comenzó a alterarme los nervios. Fue entonces cuando Naoji regresó de aquel lugar lejano. Se acercó a la cabecera de mamá, hizo una reverencia pero se levantó enseguida y se puso a inspeccionar nuestra pequeña casa. Yo le seguí.

—¿Cómo encuentras a mamá? ¿Te parece que ha cambiado? —pregunté.

—Ha cambiado, ha cambiado. Está más delgada. Mejor que muera pronto. Las personas como mamá no están hechas para vivir en este mundo. Da hasta pena verla.

—¿Y yo?

—Te has vuelto vulgar. Tienes cara de tener dos o tres amantes. ¿Hay sake? Esta noche tengo ganas de beber.

Fui a la única posada del pueblo y le pedí a la dueña, la señora Osaki, que me vendiera un poco de sake, que había regresado mi hermano menor; pero ella me dijo que, desafortunadamente, se le había terminado. Volví a casa y así se lo dije a Naoji, quien reaccionó con una expresión que le dio el aspecto de un extraño y me acusó de no saber ocuparme de estos asuntos. Me preguntó dónde estaba la posada, se puso las sandalias de madera y salió disparado. Le esperamos mucho rato pero no volvía. Yo había preparado las manzanas asadas que le gustaban y también cocinado unos huevos. Incluso había cambiado las bombillas del comedor para que estuviese más claro. Ya habíamos esperado mucho tiempo cuando la señora Osaki asomó por la puerta de servicio.

—Con permiso. Está bebiendo *shotchu*^[10] —dijo en voz baja, y sus ojos tan redondos como los de una carpa parecieron todavía más grandes que de costumbre—. ¿No le pasará nada?

—¿*Shotchu*? ¿Quiere decir alcohol metílico?

—No es alcohol metílico, pero...

—¿Se va a poner enfermo si lo toma?

—No, pero...

—Entonces, déjale que beba.

La señora Osaki asintió, tragando saliva, y se marchó. Yo fui a contarle lo que ocurría a mamá.

—Está bebiendo en la posada de la señora Osaki —dije, y mamá torció un poco la boca en una sonrisa.

—¿Habrá dejado el opio? Mejor que comas. Esta noche vamos a dormir los tres juntos en esta habitación. Coloca el colchón de Naoji en el medio.

Al oírla me entraron deseos de llorar.

Ya bien entrada la noche regresó Naoji. Sus pasos sonaban con fuerza. Los tres nos acostamos en el salón, bajo el mosquitero.

—¿Por qué no le cuentas algo a mamá sobre el sur del Pacífico? —le propuse.

—No hay nada que contar. Nada. Lo olvidé todo. Cuando llegué a Japón y tomé el tren, por la ventana se veían los campos de arroz. Estaban preciosos. Solo eso. Y ahora apaga la lámpara, que no me deja dormir.

La apagué, y la luz de la luna inundó el interior del mosquitero.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Naoji estaba acostado boca abajo fumando y mirando el mar.

—¿Te duele la lengua? —dijo como si se acabara de dar cuenta de que mamá no se encontraba bien.

Mamá se limitó a sonreír débilmente.

—Seguro que es psicológico. Será porque duermes con la boca abierta. Es falta de cuidado. Usa una mascarilla. Sería bueno que impregnaras una gasa en Ribanol y la colocaras dentro de ella.

Al escuchar esto, se me acabó la paciencia.

—¿Qué clase de tratamiento es ese?

—El tratamiento estético.

Mamá detestaba ponerse cualquier cosa en el rostro. No solo una mascarilla de gasa sino también compresas para desinflamar los ojos y gafas. Sin duda, le molestaría mucho ponérsela.

—Mamá, ¿no te vas a poner una máscara, verdad? —pregunté.

—Me la pondré —repuso en voz baja y con la mayor seriedad. Me dejó sorprendida. Mamá parecía dispuesta a obedecer cualquier cosa que le dijera Naoji.

Después de desayunar, tal como había aconsejado Naoji, empapé una gasa en Ribanol y se la llevé a mamá, que la recibió en silencio. Sin levantarse, se pasó los cordones de la mascarilla por detrás de las orejas. Me dio pena verla así, como una niña pequeña.

Tras el almuerzo, Naoji dijo que iba a Tokio para encontrarse con sus amigos, entre ellos cierto maestro de literatura. Se puso un traje y se marchó con dos mil yenes que le dio mamá.

Pasaron diez días y no regresó. Mamá se ponía cada día la mascarilla, esperando que volviese Naoji. «Ribanol es una medicina excelente. Desde que la uso ya no me duele la lengua», dijo con una sonrisa, pero yo no podía evitar sospechar que estaba mintiendo. Diciendo que ya se sentía bien, comenzó a levantarse; sin embargo, no tenía apetito y apenas hablaba.

Estaba preocupada por ella y me preguntaba qué haría Naoji en Tokio. Sin duda, estaba sumergido en el torbellino de la capital, divirtiéndose con un novelista llamado Uehara. Cuanto más lo pensaba más angustiada me sentía y hacía cosas como el anuncio exagerado a mamá de que había florecido una rosa y justificarlo con no haber tenido hijos.

Me levanté con una exclamación involuntaria y, sin saber qué hacer, me dirigí con paso inseguro a la habitación de estilo occidental, en la primera planta, que sería el dormitorio de Naoji. Hace cuatro o cinco días pedimos ayuda al señor Nakai, el campesino de abajo, para subirá esta habitación los baúles, el escritorio y las estanterías de Naoji, así como unas cinco o seis cajas de libros y papeles. En suma, todo lo que había en su habitación de Nishikata.

Decidimos esperar a que volviera de Tokio para colocar cada objeto en el lugar que deseara. En ese desorden, apenas se podía caminar. Sin una intención particular, tomé un cuaderno de notas de Naoji de una de las cajas y comencé a leerlo. En la portada estaba escrito «Diario de un dondiego de noche». Las páginas estaban llenas de escritura desordenada; al parecer, Naoji había escrito ese diario cuando sufría adicción al opio:

Es como morir quemado. Pero, por más doloroso que sea, no puedo quejarme. No se puede engañar a este infierno sin fondo, sin precedentes desde que el hombre existe en el mundo.

¿Las ideas? Una mentira. ¿Los principios? Otra mentira. ¿Los ideales? Mentiras. ¿El orden? Una mentira. ¿La sinceridad, la verdad, la pureza? Todo mentiras. Dicen que los glicinos de Chijima tienen mil años y los de Kumano varios siglos. También que los racimos de los primeros alcanzan una longitud de nueve shaku^[11], mientras que los de los segundos superan los cinco. Mi corazón solo conoce la alegría entre esos racimos en flor. También son hijos del hombre. Están vivos.

Al fin y al cabo, la lógica es solo el amor por la lógica. No es un amor entre seres humanos vivos. El dinero y las mujeres. La lógica, intimidada, huye deprisa.

La historia, la filosofía, la educación, la religión, la ley, la política, la economía, la sociología y otras ramas del saber, valen menos que la tenue sonrisa de una doncella, según el valiente testimonio del doctor Fausto. El saber es el otro nombre de la vanidad. Es el esfuerzo de los seres humanos para dejar de ser humanos.

Puedo jurar ante Goethe que escribo con gran talento. Una construcción impecable, un toque de humor apropiado, una tristeza capaz de llenar de lágrimas los ojos del lector... o quizá una novela perfecta, que podría leer en voz alta dándole la debida importancia. O tal vez un guión de cine, que publicaría sin avergonzarme en lo más mínimo. ¿Qué tal una cosa así?

Pero lo cierto es que hay algo de mezquino en el conocimiento del propio genio. Solo un loco leería una novela dándole esa debida importancia. En este caso, debería hacerlo en indumentaria formal, es decir, en haori^[12] y hakama. Cuanto mayores la calidad de una obra, menos se precisa adoptar ese aire afectado. Por mi parte, solo deseo ver en el rostro de mi amigo una sonrisa sincera, de modo que escribiré torpemente a propósito. Y me dejaré caer sentado rascándose la cabeza. ¡Me regocijo solo con pensar en su expresión de felicidad!

Sin tener en cuenta la literatura ni el gusto de la gente, qué debe ser sentir tanto afecto por alguien como para ser capaz de tocar una trompeta de juguete, diciendo: «Mira, aquí está el tipo más estúpido de todo Japón. Tú estás por encima de mí. ¡A tu salud!».

Amigo, pones cara de entendido y comentas que, vaya lástima, decir cosas como esta es una de mis malas costumbres; pero no es necesario que lo hagas, porque eres bueno. ¿Existirá algún ser humano que no sea depravado?

Qué pensamiento tan fastidioso.

Deseo dinero

y si no lo consigo...

¡Muerte natural durante el sueño!

Debo casi mil yenes a la farmacia. Hoy, sin que nadie me viera, he traído a casa a un empleado de una tienda de empeños. Le hice pasar a mi habitación y le dije que si veía algo que le pareciera de suficiente valor se lo llevara, que necesitaba dinero con urgencia. Pero él, sin tomarse la molestia de mirar, me dijo que lo dejara estar, que los muebles no me pertenecían. Entonces le dije con vigor que muy bien, que se llevara lo que había comprado con mi propio dinero; pero, después de amontonar todas aquellas bagatelas, no había nada que tuviera valor como para empeñarlo.

Para empezar, una mano de yeso. Era la mano derecha de Venus. Una mano que se parecía a una dalia, perfectamente blanca, apoyada en un soporte. Pero, mirándola mejor, parecía que esta mano, sin dibujo en la palma ni los dedos, revelaba cómo la Venus desnuda, asustada ante la vista de todos los dioses masculinos, apartaba el cuerpo con la respiración cortada por la vergüenza y el miedo de su desnudez. Y esta mano, sin un vello que entorpeciera su inocente blancura, tenía una expresión tan penosa que rompía el alma de quien la observara. El empleado de la tienda de empeños me dijo que me daba cincuenta sen^[13] por ella.

También había un enorme mapa de París y sus suburbios, un trompo de celuloide de casi un shaku de diámetro, una plumilla especial para escribir trazos más finos que un hilo, y otras cosas que yo mismo había comprado con la impresión de que eran buenas adquisiciones. El hombre se rio y dijo que se marchaba. Le detuve y, después de cargarle con un tremendo montón de libros, logré que me diera cinco yenes. Casi todo lo que había en mi librería eran volúmenes de encuadernación barata que había adquirido de segunda mano; no era de extrañar que me diera tan poco por ellos. Cinco yenes para saldar una deuda de mil. Esto evidenciaba mi posición en este mundo. No era cosa de risa.

«¿Ser decadente? Es la única forma de sobrevivir», dicen algunos, pese a que me culpan; pero yo preferiría que me dijeran: «¡Muérete!». Por lo menos, es más sincero. Aunque es muy raro que alguien te diga algo así. Vaya pandilla de hipócritas tan mezquinos y taimados.

¿Justicia? No se encontrará allí la verdadera lucha de clases. ¿Humanidad? Vaya tontería. Me consta. Hunden a los otros para conseguir la felicidad propia. Es un asesinato. ¿Cómo puede evidenciarse sino con la sentencia clara de «¡Muérete!»? No sirve de nada hacer trampas.

En nuestra clase social tampoco existen personas que valgan la pena. Idiotas, espectros, usureros, perros locos, fanfarrones, palabrerío fino, orina que cae desde más arriba de las nubes. Hasta les parece que ese «muérete» sería dar demasiado.

La guerra. La guerra de Japón es un acto desesperado. Y que a uno lo comprometan en esta desesperación para morir... ¡Ni hablar! Para eso me mato yo mismo. Cuando las personas mienten, siempre lo hacen con la expresión seria. De ahí viene la reciente seriedad de nuestros dirigentes... ¡Puaj!

Me gustaría estar con gente que no exija ser respetada. Pero esa buena gente no quiere relacionarse con alguien como yo.

Cuando simulé ser un niño precoz, la gente comenzó a chismorrear que era un niño precoz. Cuando aparenté ser perezoso, la gente se dedicó a comentar que era un perezoso. Cuando fingí que no podía escribir una novela, la gente dijo que no servía para escribir. Cuando me hice el mentiroso, la gente me tachó de mentiroso. Cuando me comporté como un rico, anduvieron diciendo que era rico. Cuando mostré indiferencia, comentaron que vaya tipo tan indiferente. Cuando se me escapó un gemido de dolor auténtico, la gente dijo que estaba simulando. Parece que hay un malentendido.

En fin, ¿será que no me queda otra salida que el suicidio? Pese a todo este sufrimiento, con solo pensar que terminaría matándome no pude evitar echarme a llorar a gritos.

Cuenta la historia que cierta mañana de primavera, el sol iluminaba tres capullos de ciruelo que acababan de abrirse. En esa misma rama colgaba el cuerpo de un joven estudiante de Heidelberg que se había ahorcado.

—¡Mamá! Regáñame, por favor.

—¿Cómo?

—Di que soy un cobarde.

—¿Ah, sí? Un cobarde... ¿Por qué no lo dejas estar?

Mamá tiene una bondad infinita. Cuando pienso en ella, me dan ganas de llorar. Debo morir para pedirle perdón. Perdóname, por favor. Solo por esta vez, perdóname.

¡Cómo pasan los años!

Todavía no ven,

los polluelos de grulla.

Pero van creciendo,

¡si han engordado!

(Poema de Año Nuevo)

Morfina, Atromol, Narcopon, Filipon, Panlopon, Parabinal, Panopin, Atropin...

¿Qué es la autoestima? ¿Qué es? Las personas —mejor dicho, los hombres— no pueden vivir si no piensan «tengo talento» o «tengo tales cualidades». No me gusta la gente ni a la gente le gusto yo. Es una rivalidad intelectual.

La solemnidad es igual a sentirse un idiota. De todas formas, para seguir viviendo hay que engañar.

Una carta pidiendo un préstamo. «Quedo a la espera de su respuesta», o sea, que seas tan amable de responder. Y, por supuesto, con buenas noticias. No puedo contener los gemidos, al pensar en las humillaciones que me esperan. Y no estoy haciendo comedia. En absoluto.

Por favor... Me siento morir de vergüenza. No exagero. Día tras día aguardo la respuesta, paso temblando día y noche. No me obligues a comer arena. Oigo risas ahogadas de las paredes. En plena noche me doy vueltas y más vueltas en la cama. No me humilles. ¡Hermana!

Después de leer hasta aquí, cerré el «Diario de un dondiego de noche», lo guardé de nuevo en la caja de libros y me dirigí a la ventana. La abrí de par en par y miré hacia el jardín, que estaba envuelto en una lluvia blanquecina como si de niebla se tratara, y, me puse a pensar en lo ocurrido aquellos días.

Ya habían transcurrido seis años. La adicción a las drogas de Naoji fue la causa de mi divorcio. No, no puedo decir esto. Aunque Naoji no hubiera sido adicto, hubiese ocurrido lo mismo por cualquier otra razón; así lo había decidido el destino desde que nací.

Naoji tenía problemas para pagar a la farmacia y me pedía dinero con frecuencia. Yo acababa de casarme con Yamaki y no podía disponer de tanto dinero; además, me parecía muy poco apropiado el usar el dinero de la casa para entregárselo a mi hermano. De modo que consulté con O-seki, la vieja sirvienta que me había acompañado a mi nuevo hogar, y al final decidí vender mis pulseras, collares y los mejores vestidos.

En la carta que me mandó para pedir dinero, mi hermano decía que el sufrimiento y la vergüenza no le permitían mirarme a la cara ni siquiera llamarle por teléfono, por lo que pedía que se lo llevara O-seki a una dirección del barrio de Kyobashi, en unos apartamentos llamados Rayano, donde vivía un novelista llamado Jiro Uehara, que, sin duda, yo había oído nombrar. Agregó que Uehara era un hombre de injustificada mala reputación, de manera que le podía enviar tranquila el dinero a través de él, ya que inmediatamente le avisaría por teléfono. Me rogaba que así lo hiciera y decía que esta vez no quería que mamá supiera que había recaído en su adicción. «Antes de que se entere, haré lo posible por curarme. Si me envías el dinero, pagaré la deuda de la farmacia. Después iré a nuestra casa de campo en Shiohara y volveré cuando haya recuperado la salud. Te lo aseguro, así que logre pagar todo lo que debo, voy a dejar la droga, lo juro por Dios. Créeme, por favor. No

le digas nada a mamá y envía el dinero a casa de Uehara a través de O-seki».

Hice tal como me pedía en la carta. En secreto, envié a O-seki al apartamento del señor Uehara con el dinero. Sin embargo, no solo no cumplió lo jurado ni fue a la casa de Shiohara sino que su adicción empeoró y sus cartas adoptaron un tono patético que sonaba como un grito desgarrador. Cada vez que juraba de nuevo que dejaría la droga me daban ganas de apartar el rostro, dudando de que fuera verdad. Sin embargo, pedía a O-seki que vendiera un broche o alguna otra joya y llevara el dinero al apartamento del señor Uehara.

—¿Qué clase de persona es el señor Uehara? —pregunté cierta vez.

—Es bajo, de rostro oscuro; un hombre desagradable —repuso O-seki, y añadió — pero casi nunca lo encuentro en el apartamento. Suelen estar solo su esposa y una niña de seis o siete años. La señora no es hermosa, pero parece amable y bien educada. No debe preocuparse por entregarle a ella el dinero.

Si comparase cómo era antes a cómo soy ahora... No, no es posible hacer una comparación. Parezco una persona distinta. Tenía la cabeza llena de sueños y era optimista. Incluso así, las crecientes sumas de dinero que me pedía mi hermano se convirtieron en una preocupación insoportable. Certo día, al regresar del teatro, dije al chófer que me dejara en Ginza y fui caminando sola hasta los apartamentos Kayano, en Kyobashi.

El señor Uehara estaba solo en casa, leyendo el periódico. Vestía un kimono forrado de rayas y un *haori* de fondo azul marino chispeado en blanco, que le hacía parecer viejo y joven a la vez. La primera impresión que me produjo fue como la de un animal extraño y desconocido.

—Mi mujer ha salido con la niña a recibir las raciones de alimento —dijo con voz nasal y entrecortada. Al parecer me había confundido con una amiga de su esposa. Cuando le dije que era la hermana mayor de Naoji, se rio. No sé por qué sentí un escalofrío.

—¿Vamos a dar una vuelta?

Diciendo esto, se puso un sobretodo y sacó de la estantería de calzado un par de sandalias de madera nuevas. Con ellas puestas salió antes que yo caminando por el pasillo de los apartamentos.

Era un atardecer de principios de invierno. Soplaba un viento frío, como si subiera del río Sumida. El señor Uehara caminaba en silencio, con el hombro derecho un poco levantado, como para protegerse de ese viento. Yo le seguía con pasos apresurados.

Entramos en el sótano de un edificio detrás del Teatro de Tokio. Había unos cuatro o cinco grupos de clientes tomando sake tranquilamente en mesas de una habitación alargada de unos veinte tatami.

El señor Uehara tomaba su sake en un vaso, en lugar de las habituales copitas. Pidió otro vaso para mí y me sirvió sake también. Tomé dos vasos pero no me hicieron efecto alguno.

El señor Uehara bebía y fumaba pero todavía no había dicho ni una palabra. Por mi parte, era la primera vez que pisaba un local así, pero me sentía muy a gusto.

—Mejor sería el sake...

—¿Eh?

—Me refiero a su hermano. Mejor sería que cambiara al alcohol. Cierta vez, yo también fui adicto a las drogas y me consta la mala imagen que causan. El alcohol es lo mismo, pero la gente tiene una actitud más tolerante. Mejor que acostumbre a su hermano a beber, ¿qué le parece?

—Una vez vi a alguien borracho. Estaba a punto de salir para hacer las visitas de Año Nuevo cuando vi a un conocido de nuestro chófer en el asiento trasero. Tenía el rostro tan colorado como un demonio y roncaba estrepitosamente. Me di un susto tan grande que grité, pero el chófer dijo que no había nada que hacer con él porque le gustaba la bebida. El chófer se lo llevó arrastrándolo por los hombros. Estaba tan extenuado que parecía no tener huesos y andaba murmurando algo. Fue la primera vez que vi un alcohólico. Fue muy interesante.

—Yo también soy un bebedor.

—¡Anda! Pero es muy diferente.

—Y usted también es una bebedora.

—No es cierto. Yo he visto cómo es un borracho de verdad. Es completamente distinto.

Por primera vez, el señor Uehara se rio contento.

—Quizá su hermano no se pueda convertir en un alcohólico, de todos modos mejor que se pase al sake. Bueno, salgamos. No se le puede hacer tarde, ¿verdad?

—No tengo prisa.

—Vámonos de todos modos. Esto es un aburrimiento. ¡Señorita, la cuenta!

—Será bastante caro, ¿no? No es mucho lo que llevo, pero...

—Bien, entonces le dejo la cuenta a usted.

—Quizá no sea suficiente.

Miré en el bolso y le dije al señor Uehara cuánto llevaba.

—Con esta cantidad se puede beber en dos o tres locales más. ¿Me estaba tomado el pelo, eh? —dijo, frunciendo el ceño, pero enseguida sonrió.

—¿Quiere que vayamos a otro lugar? —pregunté.

—No, ya hemos tomado bastante —dijo, sacudiendo la cabeza—. Voy a buscarle un taxi para que la lleve a casa.

Subimos las escaleras oscuras del sótano a la calle. El señor Uehara iba un paso delante. A la mitad del camino, se volvió hacia mí y me dio un rápido beso, que recibí con los labios firmemente cerrados.

No sentía ninguna atracción por él pero, a partir de aquel momento, compartimos un «secreto». El señor Uehara continuó subiendo la escalera con fuerte sonido de pasos y yo le seguí despacio con una sensación de extraña transparencia. Cuando salimos a la calle, sentí con placer en las mejillas el viento que subía del río. Llamó

un taxi para mí y nos despedimos sin una palabra. Mecida por el movimiento del auto, de repente sentí que el mundo se había abierto ante mí tan amplio como el mar.

—Tengo un amante —le dije un día a mi esposo, cuando me sentía deprimida tras una discusión con él.

—Ya lo sé. Es Hosoda, ¿no? ¿No crees que sería mejor olvidarte de él?

No dije nada. A partir de ese día, cada vez que había algún roce entre ambos salía este tema. «Esto no puede continuar», me decía. Era como si hubiera comprado el tejido equivocado y lo hubiera cortado para un vestido, por lo que ya no podía devolverlo a la forma original; lo mejor sería tirarlo y empezar de nuevo con el tejido adecuado.

—Oye, ¿este niño es de Hosoda? —preguntó mi esposo cierta noche.

Me pareció tan horrible que me quedé temblando entera de la impresión. Pensándolo ahora, tanto mi esposo como yo éramos muy jóvenes. Yo no sabía nada del amor. No sabía lo que era. Me fascinaban tanto las pinturas del señor Hosoda que se me ocurrió decir a diestro y siniestro que la mujer que conviviera con él sería afortunada y que, de no casarse con una persona de tan buen gusto, el matrimonio no tendría sentido. Todos pensaron lo peor y, sin saber lo que era el amor, decía en público que estaba enamorada del señor Hosoda. Había hecho algo irreparable, hasta el punto de que el bebé que crecía en mi vientre fue objeto de las sospechas de mi marido. Nadie habló de divorcio, pero el ambiente en casa se deterioró hasta tal punto que regresé a mi hogar materno acompañada de O-seki. El bebé nació muerto y yo pasé un tiempo enferma en cama. La relación con Yamaki se había terminado.

Naoji sintió una enorme responsabilidad cuando se enteró de mi divorcio y, diciendo que debía morir, no paraba de llorar hasta deformarse el rostro. Cuando le pregunté cuánto debía en la farmacia, dijo una cifra aterradora. Pero no era cierta. Después supe que la cantidad real era tres veces superior.

—Me he encontrado con el señor Uehara. Es una persona muy agradable. ¿Qué te parece si alguna vez vamos a beber juntos? El sake es baratísimo. Si fuera el dinero para sake, siempre te lo puedo dar. No te preocupes por la deuda con la farmacia. Ya lo arreglaremos de alguna manera.

Mi hermano estuvo muy contento de que hubiera visitado al señor Uehara y me hubiera caído bien. Aquella noche, después de que le diera dinero, se fue a visitarle enseguida.

Me parece que la adicción es una enfermedad del espíritu. Elogié al señor Uehara y leí sus novelas que me prestó mi hermano. Cuando le dije que me gustaron, él se preguntó si las había entendido; pero, aun así, estaba muy satisfecho y me ofreció otras más. Empecé a tomarme en serio los escritos del señor Uehara, y Naoji y yo conversábamos sobre él. Cada noche mi hermano iba lleno de orgullo a beber a su casa y poco a poco, tal como había planeado el señor Uehara, Naoji se volvió un bebedor.

Cuando consulté a mamá sobre qué hacer con las deudas de la farmacia, ella se

cubrió el rostro con una mano y se quedó inmóvil durante unos momentos. Al levantar la mirada, sonrió tristemente y dijo que por más que pensáramos no había nada que hacer. No sabía cuántos años íbamos a tardar, pero, de todos modos, cada mes pagaríamos un poco. De eso hace unos seis años.

Dondiegos de noche. También debe de ser penoso para mi hermano. Su camino está cerrado y, sin duda, no sabe qué hacer. Lo único que hace es beber día tras día pensando en la muerte.

Me pregunto qué pasaría si por intención propia se entregase a la auténtica depravación. ¿No sería más llevadera la vida para él?

Naoji escribió en su cuaderno si habría alguien que no fuese depravado. Esto me hizo sentir que tanto yo misma como el tío Wada e incluso mamá, podríamos ser perversos. Al decir depravación, ¿no se estaría refiriendo a la ternura?

IV

Cartas



Dudé mucho entre escribir la carta o no. Sin embargo, esta mañana me vinieron a la cabeza las palabras de Jesús —mansos como palomas, sabios como serpientes— y me surgió una vitalidad extraña que me animó a escribir esta carta:

Soy la hermana mayor de Naoji. ¿Se ha olvidado de mí? Trate de recordarme, por favor. Debo pedirle disculpas por Naoji, que en estos últimos tiempos le ha causado tantas molestias (a pesar de que creo que los asuntos de Naoji son suyos y es una tontería pedir perdón en su nombre). Pero hoy no le escribo para hablar sobre Naoji sino para pedirle un favor.

Naoji me contó que, después de que su apartamento fuera destruido, se trasladó a su actual domicilio, que me parece muy alejado del centro de Tokio. Como recientemente mi madre no se encuentra bien de salud, no la puedo dejar sola. Por eso, decidí escribirle una carta, ya que me gustaría comentar un asunto con usted.

Lo que quiero consultarle quizá parezca poco apropiado para una mujer, produzca la impresión de gran astucia o tal vez de un vil delito, pero no puedo —mejor dicho, no podemos— continuar viviendo como hasta ahora. Por esto, quiero que usted, la persona que más respeta mi hermano, escuche mis sentimientos sinceros y me aconseje.

No puedo soportar más vivir como ahora. No se trata de que me guste o no, sino de que los tres —mi madre, Naoji y yo— no podemos seguir viviendo así.

Ayer me sentía mal y estaba con fiebre, me costaba respirar y no sabía qué hacer conmigo misma. Pasado el mediodía, llegó la muchacha de los campesinos de abajo en medio de la lluvia, cargando un saco de arroz a la espalda. Le entregué a cambio los kimonos prometidos. La moza, que estaba sentada frente a mí tomando una taza de té en el comedor, habló en un tono muy práctico.

—¿Cuánto tiempo más podrán vivir vendiendo sus pertenencias? —dijo.

—Seis meses, quizá un año —respondí, y cubriendome medio rostro con la mano derecha añadí—: ¡Ah, qué sueño! Tengo un sueño insopportable.

—Está cansada. Este sueño viene de un agotamiento nervioso.

—Puede ser...

Estaba al borde de las lágrimas. Enseguida me vinieron a la mente las palabras «realismo» y «romanticismo». Yo no tenía nada de realista. Al pensar que, por eso, precisamente, podía continuar viviendo de esta manera, sentí que se me helaba el cuerpo. Mamá está con la salud tan deteriorada que pasa la mayor parte del día acostada. Naoji, como bien sabe usted, está muy enfermo del espíritu. Cuando se encuentra por aquí no para de beber shotchu en la taberna local, y, cada tres días, toma el dinero que conseguimos vendiendo nuestros kimonos y se marcha a Tokio. Pero lo peor no es esto. Me embargan horribles presentimientos de que mi propia vida, como una gran hoja de musácea que se pudre sin caer, también se pudre poco a poco cada día. No lo puedo soportar. Por eso, estoy dispuesta a olvidarme de las reglas de comportamiento para huir de esta existencia. Y necesito su consejo.

Quiero hacer una declaración a mi madre y mi hermano. Decirles con toda claridad que, desde hace un tiempo, estoy enamorada de un hombre y que, de ahora en adelante, voy a vivir como su amante. Usted sabe de quien se trata. Sus iniciales son M. C. Desde ya hace tiempo, cada vez que ocurre algo penoso deseo volar a casa de M. C. con una intensidad de muerte.

Al igual que usted, M. C. tiene esposa e hijos. Y tiene amigas más jóvenes y hermosas que yo. Pero en mi caso, lo único que me daría fuerzas para seguir viviendo sería estar con M. C. No conozco a su esposa, pero me han contado que es muy amable y bondadosa. Cuando pienso en esta esposa, me siento una mujer malvada. Pero creo que mi vida actual es mucho más espantosa y necesito depender de la protección de M. C. Mansa como una paloma, sabia como una serpiente, deseo conseguir su amor. Pero estoy segura de que nadie me dará su aprobación; ni mi madre, ni mi hermano, ni la sociedad. ¿Cuál es su punto de vista? Cuando pienso en que no tengo más remedio que pensar y actuar sola, se me llenan los ojos de lágrimas. Es la primera vez que estoy enamorada. ¿No habrá alguna forma de conseguir los parabienes de los que están a mi alrededor? Me he devanado los sesos como para resolver un complicado problema matemático y, al final, he llegado a un punto donde todo parece resolverse como por encanto, lo que me ha devuelto el optimismo.

Pero ¿qué siente mi valioso M. C. por mí? Cuando lo pienso, me desanimo. Soy una... ¿cómo lo diría? Una esposa que se presenta sin ser invitada. No, eso no. ¿O mejor decir una amante que se presenta sin ser invitada? Por este motivo, si M. C. no me acepta, se acabó todo. Quiero pedirle un favor, ¿por qué no se lo pregunta usted? Cierto día, seis años atrás surgió en mi corazón un arco iris muy pálido. No era amor, pero con el paso del tiempo ese arco iris se hizo más intenso y brillante. Nunca lo perdí de vista. El arco iris que abarca el cielo después de un aguacero pronto desaparece, pero esto no le ocurre al que surge en el corazón de una persona. Por favor, pregúntele qué siente por mí. Si me ha considerado como un arco iris que sale en el cielo después de la lluvia y si este arco iris se ha desvanecido.

Le ruego encarecidamente una respuesta.

Al señor Jiro Uehara (mi Chejov, M. C.)

P. D. En los últimos tiempos he engordado. Mas que en el sentido animal en el de volverme una mujer normal. Este verano leí una novela de Lawrence. Una sola.

Como no me ha respondido, me permito escribirle de nuevo. Mi carta anterior estaba llena de astucia, de intriga propia de una serpiente; supongo que se habrá dado cuenta de lo que le digo, punto por punto. En cada renglón traté de introducir tantas artimañas como pude. Imaginaría que intentaba conseguir dinero para vivir, ¿no? No lo niego, pero si fuera para conseguir un amo, no tenía por qué haberme dirigido a usted, precisamente. Varios señores de edad adinerados que conozco podrían estar dispuestos a cuidar de mí. De hecho, he tenido una propuesta de matrimonio hace poco. Quizá le conozca; es un caballero de sesenta años pasados, soltero, miembro de la Academia de Arte. Incluso un gran artista como él vino a nuestra casa en el campo para pedir mi mano. Era vecino nuestro cuando vivíamos en el barrio de Nishikata y nos habíamos encontrado algunas veces. Certo atardecer de otoño, cuando mamá y yo pasábamos en nuestro auto delante de su puerta, recuerdo haberle visto de pie, solo y absorto, junto al portal. Desde la ventana del coche, mamá le hizo una leve inclinación, y el rostro oscuro del artista se ruborizó violentamente.

«Estará enamorado», dije juguetonamente. «Seguro que le gustas, mamá». Pero ella respondió con la mayor tranquilidad, como hablando consigo misma: «Nada de eso. Es un hombre excelente».

A través de cierto príncipe, uno de los compañeros de canto de teatro Noh del tío Wada, envió la proposición a mamá. Ella me dijo: «Kazuko, ¿por qué no envías directamente al maestro una respuesta con la decisión que consideres más conveniente?». Sin pararme a pensar demasiado, le escribí una respuesta con la mayor soltura diciendo que no tenía intención de casarme. «¿No te importa que rechace la propuesta?», pregunté a mamá. «Claro que no. Ya me parecía que no era un enlace oportuno», repuso.

Como el caballero se encontraba en su casa de campo de Karuizawa, le envié allí la respuesta negativa. Dos días más tarde se presentó en casa sin saber nada, ya que se había marchado antes de que llegara la carta. Desde un balneario de aguas termales en Izu, donde se encontraba por trabajo, envió recado diciendo que pasaría a hacernos una visita. Los artistas, independientemente de su edad, parecen tener la costumbre de dejarse llevar por estos caprichos, igual que si fueran niños.

Como mamá se encontraba mal, lo recibí sola en la sala china. «Imagino que la carta de rechazo debe haber llegado ya a Karuizawa. Lo pensé bien, pero...» dije mientras le servía el té. «¿Ah, sí?», dijo algo azorado, secándose el sudor. «Quisiera pedirle que lo pensara una vez más. Quizá no pueda ofrecerle lo que se llama felicidad espiritual, pero le aseguro que puedo hacerla muy feliz en el aspecto

material. Espero que no le importe que le hable tan claro», añadió.

Siento no comprender a qué clase de felicidad se refiere. Le podrá parecer descarado, pero mi respuesta es «no, gracias». Chejov escribió una carta a su esposa diciéndole «quiero que me des un hijo, quiero que me des un hijo». En un ensayo, Nietzsche menciona a una mujer que quiere tener un hijo. Yo también quiero tener un hijo. La felicidad es algo que no importa. Quiero dinero, pero solo el necesario para educar a mi hijo. «Ni un céntimo más», fue mi respuesta.

El maestro se rio de una forma extraña. «Es una mujer muy poco habitual. Del tipo que dice las cosas claras. Es posible que con una mujer como usted recibiera inspiración nueva para mi trabajo». Sus palabras afectadas no eran propias de un hombre de su edad. Pensé que, si fuera cierto eso de que yo pudiera ser fuente de inspiración para tal excelente artista, esto sería una buena razón para vivir, sin duda. Pero no podía ni imaginarme en brazos del artista.

«¿No le importa que no le quiera?», pregunté con una leve sonrisa. Él se puso serio y dijo: «En una mujer no importa. Las mujeres viven abstraídas, por eso no importa».

«Pero las mujeres como yo no se pueden casar sin amor. Soy una mujer hecha y derecha: el próximo año cumpliré treinta» dije y, de pronto, me quise cubrir la boca.

Treinta. A los veintinueve, la mujer todavía conserva el aroma de doncella. Pero en el cuerpo de una de treinta ya no queda nada. Al recordar estas palabras que alguna vez leí en una novela francesa, me invadió una melancolía espantosa. Miré hacia fuera. El mar, iluminado de lleno por el sol de mediodía brillaba como pedazos de cristal roto. Cuando leí esa novela, pensé que así sería, sin darle la menor importancia. Recordé con nostalgia los tiempos en que no me preocupaba en lo más mínimo que la vida de una mujer se terminara a los treinta. A medida que las pulseras, collares, vestidos y fajas de kimono se alejaban de mi cuerpo, sentía que el aroma de doncella se iba haciendo más tenue. Ser una mujer pobre y madura, ¡qué horror! Pero la vida de una mujer de mediana edad contiene la vida de una mujer. Hace poco que lo comprendí. Recuerdo que, al volver a su país, una profesora de inglés me dijo cuando yo tenía diecinueve años: «No te enamores. Si lo haces, serás infeliz. Si tienes que enamorarte, hazlo cuando seas más mayor. A partir de los treinta años».

Sus palabras me sorprendieron mucho. Ni podía imaginarme la vida después de los treinta. De repente, el maestro con tono despectivo me comentó que había escuchado sobre la posible venta de nuestra casa. Yo me reí. «Disculpe, me acordé de El huerto de cerezos: ¿La quiere comprar?». El hombre hizo una mueca de indignación y no respondió.

Es verdad que cierto príncipe habló de comprar la casa para su residencia por cincuenta mil nuevos yenes, pero no se habló más del asunto. Parecía sorprendente que hasta el artista se hubiera enterado. Pero, al parecer, se le hizo insopportable que nosotros lo tuviéramos por el Lopakjin de El huerto de cerezos. Se había puesto de

mal humor y, después de unos momentos de conversación intrascendente, se despidió.

No le pido que se convierta en un Lopakjin. Se lo aseguro. Solo le pido que acepte la presencia no invitada de esta mujer madura.

Hace unos seis años que nos conocimos. Entonces yo no sabía nada de usted. Solo que era el maestro de mi hermano menor, y un maestro algo maligno. Después tomamos sake en vasos y usted fue un poco atrevido. Pero no me importó. Me hizo sentir extrañamente ligera. Ni me gustaba ni me disgustaba, no me interesaba en particular. No era muy aficionada a la lectura, pero durante seis años —no recuerdo bien desde que momento—, he vivido impregnada de su existencia como de una niebla. Y lo que hicimos aquella noche en las escaleras del sótano se me hace de repente vivido y fresco—, no puedo menos que pensar que fue un hecho de gran importancia en mi destino. Siento un gran afecto por usted, incluso puede ser amor, pero, al pensarlo, me entra una tristeza tan grande que me pongo a llorar como una niña. Usted es muy diferente de los demás hombres. No soy como la Nina de La gaviota que se enamora del escritor. A mí no me interesan particularmente los novelistas. Si me tomara por una mujer de letras o algo parecido, me dejaría muy confundida. Lo que quiero es un hijo suyo.

Si nos hubiésemos conocido mucho tiempo atrás, cuando usted estaba aún soltero y yo todavía no estaba con el señor Yamaki, quizás nos hubiésemos casado y no me hubiera tocado pasar por este sufrimiento, pero ya me he resignado a que nunca podré casarme con usted. No podría, de ninguna manera, cometer la brutalidad de intentar apartarle de su esposa, por lo que no me importa convertirme en su concubina (no quería usar esta odiosa palabra, pero, cuando iba a escribir «amante» me di cuenta de que lo que significaba en realidad era «concubina», de modo que preferí decirlo claramente). Por lo que he oído, la vida de una concubina no es fácil. La gente dice que el hombre la abandona cuando ya no la necesita. Y al acercarse a los sesenta, todos los hombres vuelven con su legítima esposa. «Nunca hay que convertirse en una concubina», escuché en una conversación entre un anciano y mi nodriza cuando vivía en Nishikata. Pero, sin duda, se refería a las concubinas habituales, lo que no sería el caso entre nosotros.

Pienso que lo más importante para usted es su trabajo. Si yo le gustara, podríamos tener una buena relación que resultara beneficiosa para su trabajo, ¿no? Y así su esposa estaría de acuerdo con lo nuestro. Parece un razonamiento un poco forzado, pero, desde mi punto de vista, no es erróneo.

El único problema es su respuesta. Si le gusto, le disgusto o le soy indiferente. Me da miedo oír esta respuesta, pero no tengo más remedio que preguntarle. En mi carta anterior escribí «una amante que se presenta sin ser invitada» y en esta «una mujer madura que se presenta sin ser invitada». Pero, pensándolo bien, en ninguno de los casos, puedo ser lo que pretendo, a menos que reciba alguna noticia suya. Sin sus palabras, nada es posible para mí.

Me acaba de venir a la cabeza que en sus novelas aparecen muchas aventuras sentimentales y la gente rumorea que es usted un bribón, pero ¿no será que está lleno de sentido común? De hecho, no sé que es el sentido común. Pienso que si alguien puede hacer lo que le gusta, su vida es buena. Quiero tener un hijo de usted. No lo quiero de otra persona, pase lo que pase. Por eso, debo hacerle esa pregunta. Si la conoce, hágame saber su respuesta. Le agradecería que me dijera con claridad lo que siente por mí.

Ha parado de llover y sopla el viento. Son las tres de la tarde. Dentro de diez minutos bajaré al pueblo a buscar nuestra ración —seis go^[14]— de sake de primera. Llevaré dos botellas vacías de ron en una bolsa y esta carta en el bolsillo, el que está a la altura del pecho. Este sake no se lo voy a dar de beber a mi hermano. Se lo va a tomar Kazuko. Me tomo un vaso cada noche. El sake debería tomarse siempre en vaso, ¿no?

¿Por qué no me viene a visitar?

Al señor M. C.

También hoy llovió. Una lluvia tan fina como niebla, que no se ve. Paso los días sin salir, esperando su respuesta, pero hasta hoy no la he recibido. ¿Qué está pensando? ¿Le pareció mal que mencionara lo ocurrido con el artista? ¿No habrá pensado que comenté la proposición para despertar su espíritu competitivo? Pero ese asunto se terminó allí. Mamá y yo nos reímos al hablar de ello. Hace poco, mamá se quejó de dolor en la punta de la lengua, aunque, gracias al «tratamiento estético» que le recomendó Naoji, ha mejorado bastante y ha recuperado un poco la vitalidad.

Hace un momento, estaba de pie en la galería y, mientras contemplaba los remolinos de lluvia, pensé en cuáles serían sus sentimientos. Entonces mamá me llamó desde el comedor. «Ya está caliente la leche. Ven. Como hace frío la he calentado mucho».

Mientras tomábamos la leche humeante, hablamos sobre el artista del otro día. «Aquel caballero y yo no estamos hechos el uno para el otro, ¿verdad?», pregunté a mamá, quien me respondió tranquilamente: «En absoluto». Pero añadí: «Considerando que soy tan a mi manera y, además, no me desagradan los artistas, junto con que parecía tener unos buenos ingresos, hubiera podido ser una buena boda, ¿no? Sin embargo, no ha sido posible». Mamá sonrió y dijo: «Kazuko, eres de lo más traviesa. Si te parecía tan imposible, ¿por qué te quedaste charlando con él tanto rato, como si te lo estuvieras pasando estupendamente? No te entiendo». «Era divertido. Me hubiese gustado hablar sobre muchas cosas más. Ya sabes que no soy muy prudente...». Mamá estaba de buen humor. «Si cuando empiezas a charlar, Kazuko, hay que ver cómo te entusiasmas con la conversación».

Entonces se dio cuenta de que me había recogido el cabello hacia arriba. Lo llevaba así desde el día anterior. «Un peinado así es para personas con poco cabello. Con el tuyo parece un poco exagerado, solo te falta una diadema.

Desafortunadamente, no te queda bien». «¡Vaya decepción! Pero mamá, ¿no me habías dicho que tenía el cuello blanco y bonito, y que no debía esconderlo?». Ella recordó haberlo dicho. «Cuando me elogias, no lo olvido nunca más. Me hace feliz acordarme». Y ella me preguntó si el artista me había elogiado. «Desde luego. Por esto se prolongó tanto la conversación. Dijo que si estuviera conmigo le serviría de inspiración... ¡Bah, dejémoslo! No es que me desagraden los artistas, pero una persona que se da tantos aires me fastidia horrores».

«¿Cómo es ese maestro de Naoji?», preguntó. Me dio un escalofrío. «No lo sé muy bien. Al fin y al cabo es el maestro de Naoji. Parece llevar colgada una etiqueta calificándole como un depravado». «¿Una etiqueta?», preguntó mamá con los ojos brillantes y una expresión alegre. «¡Qué manera más interesante de describirlo! Si lleva una etiqueta, esto le convierte en un personaje inofensivo. Tan gracioso como un gatito con un cascabel en el collar. Los depravados que son peligrosos son los que no llevan etiqueta». «Anda a saber...».

Estaba contenta. Tan contenta que me dio la sensación de que mi cuerpo se hubiera convertido en humo y se elevara hacia el cielo. ¿Entiende porqué? ¿Por qué estaba tan contenta? Si no lo entiende, merecería... que le abofeteara.

De verdad, ¿por qué no viene a visitarme una vez? Podría pedirle a Naoji que le trajera cuando volviese a casa, pero parece poco natural y algo raro. Lo mejor sería que se presentara de improviso, como por capricho. No es que tenga nada en contra de que Naoji le acompañe, pero lo ideal sería que llegara solo, cuando mi hermano esté en Tokio. Si viene cuando está, él le acaparará y sin duda terminarán los dos tomando shotchu en la posada de la señora Osaki y nada más.

A mi familia le han gustado los artistas durante muchas generaciones. Un pintor llamado Korin pasó mucho tiempo en nuestra casa de Kioto y nos dejó pinturas muy hermosas en las puertas corredizas. Por esto, seguro que mamá estará muy contenta con su visita. Quizá le acomodemos en la habitación occidental de la primera planta. Pero no deberá olvidarse de apagar la luz. Yo subiré las escaleras con una pequeña vela en la mano. ¿No le parece bien? Quizás sea demasiado rápido...

Me gusta la gente depravada. En particular, la que lleva la correspondiente etiqueta. Quiero ser una de ellas. No me queda otra forma de vivir. Usted es el mayor depravado de Japón con etiqueta, ¿no? Naoji me ha contado que las personas le tachan de sucio e inmundo, e incluso le han atacado recientemente, lo que hace que me guste todavía más. Siendo como es, imagino que tendrá muchas amiguitas; pero ahora me va a querer a mí sola. No puedo evitar estar segura de esto. Cuando viva conmigo, seguro que su trabajo diario será de lo más placentero. De pequeña me habían dicho muchas veces: «Cuando estoy contigo, me olvido de los problemas». Hasta ahora no he tenido la experiencia de desagradar a nadie. Todos decían que era una buena muchacha. Por esto, no imagino que yo le pueda desagradar a usted.

Sería bueno que nos encontrásemos. Ya no necesito su respuesta. Lo que deseo es verle. Pienso que lo más sencillo sería que yo fuera a visitarle a su casa en Tokio.

Pero mamá no se siente bien; y como soy su enfermera y su sirvienta, me es imposible ausentarme. Se lo pido por favor. Haga lo posible por venir. Quiero verle aunque sea una sola vez. Y así entenderá todo. Le ruego que vea las arrugas que se han formado a ambos lados de mi boca. Fíjese en las arrugas de tristeza de esta época. Más que las palabras, mi rostro le contará con claridad todo lo que guarda mi corazón.

En mi primera carta, le escribí sobre el arco iris que existe dentro de mi pecho, pero este arco iris no tiene la refinada belleza de las luciérnagas o las estrellas. Si fuera un sentimiento tan brillante y lejano, no sufriría de este modo, podría haberle olvidado poco a poco. El arco iris que hay en mi pecho es como un puente de llamas. Siento como si me quemara las entrañas. Es una sensación mucho peor que la del adicto que se ha quedado sin droga. No pienso que esté equivocada, ni que sea perversa; pero, a veces, me estremezco con el impulso de hacer una tontería terrible. A veces reflexiono sobre si me estaré volviendo loca. Pero también puedo hacer planes con la debida sangre fría. De verdad, venga una vez, por favor. Puede venir en cualquier momento. No voy a ir a ningún lado; le estaré esperando. Crea en mí.

Le ruego que nos veamos otra vez, y si no le gusto me lo dice con toda franqueza. Como usted ha encendido estas llamas en mi pecho, le suplico que las apague. Porque solo con mis fuerzas no puedo apagarlas. Si solo nos podemos ver, si nos vemos, estaré salvada. Si estuviéramos en tiempos del Manyoshu^[15] o de Genji Monogatari^[16], lo que le digo no le parecería nada extraordinario. Mi esperanza. Lo que deseo es ser su amante y la madre de su hijo.

Si alguien fuera capaz de burlarse de una carta así, seguro que no se toma en serio los esfuerzos de una mujer por continuar viviendo y se ríe de su vida. Me estoy asfixiando en el aire enrarecido de un puerto; quiero izar las velas, incluso si me espera la tormenta en mar abierto. La velas arriadas están sucias sin excepción. Los que se burlen de mí serán como velas arriadas. Sin nada que hacer.

¡Vaya problema de mujer! Pero, con todo este asunto, la que no se toma en serio soy yo misma. Sería absurdo que un observador, que no ha sufrido por esto, me criticara descansando ante la fealdad de sus velas flácidas. No tengo el menor deseo de que nadie opine a la ligera sobre mis pensamientos. No tengo pensamientos. Nunca, jamás, he actuado de acuerdo a pensamientos o filosofías.

Sé que todas las personas consideradas buenas, y que la sociedad respeta, son una pandilla de mentirosos y falsos. No creo en la sociedad. Mi único aliado es un depravado con etiqueta. No me importa morir cargando esta cruz. No cambiaré aunque me critique todo el mundo. ¡Vosotros, los depravados sin etiqueta, sois los más peligrosos! ¿Entendido?

No hay razón en el amor. Y se me ha ido la mano al ofrecer estos razonamientos, que no eran más que una imitación de lo que dice mi hermano. Solo estoy esperando que venga. Quiero verle de nuevo. Simplemente esto.

Esperar. En la vida de las personas hay alegría, enfado, tristeza, odio y otras

muchas emociones, pero no ocupan ni el uno por ciento de la existencia. El resto es esperar y esperar. Espero el sonido de la felicidad en el pasillo, con el pecho oprimido por un ¿llegará ahora? Pero no, no hay nada. ¡Que miserable la vida humana! Es cierto aquello de que sería mejor no haber nacido. Cada día espero, desde la mañana a la noche. Es demasiado triste. Me gustaría poder alegrarme de haber nacido, de tener vida, de que existan las personas y el mundo.

¿No podría librarse de esa moralidad que bloquea su camino?

A M. C. (Estas iniciales no son de «Mi Chejov». No estoy enamorada de un escritor). My child^[17].

V

La última aristócrata



Durante el verano envié tres cartas a ese hombre, pero no me respondió a ninguna. Por más que pensara, sentía que no había otra forma de vivir para mí, de modo que volqué mi corazón en las cartas. Las eché al correo con la sensación de quien se tira desde un acantilado a las temibles aguas marinas, aunque esperé en vano una respuesta.

Pregunté a mi hermano cómo se encontraba el hombre, y me dijo que igual que siempre: pasaba las noches bebiendo en diversos locales y escribía obras cada vez más depravadas, siendo objeto de burla y odio de la gente. Aconsejó a Naoji que se metiera en el negocio editorial, lo que él aceptó con gusto. Después de convertirse en el agente de dos o tres novelistas, se puso a buscar quien aportase el capital. Escuchando a Naoji, se me hizo evidente que en el ambiente del hombre que amaba no había penetrado ni una partícula de mi olor. Más que vergüenza, tuve la sensación de que este mundo era un lugar extraño, completamente distinto del mío propio. Me dio la impresión de que me había quedado sola en un erial durante un crepúsculo otoñal, y llamaba, llamaba sin que nadie me pudiera oír. Era una desolación que no había experimentado nunca. ¿Sería así un desengaño amoroso? Mientras estaba de pie, inmóvil, en el erial, se puso el sol; entumecida por el rocío nocturno, pensé en si no habría otra alternativa que morir. Un llanto amargo sin lágrimas me sacudió los hombros y el pecho con violencia, sin que pudiera dejar escapar ni un suspiro.

No me quedaba más que ir a Tokio y encontrarme con el señor Uehara. Había izado mis velas y estaba preparada para zarpar, no me podía quedar más sin moverme; debía ir hasta donde pudiera. Cuando ya me había preparado en secreto para viajar a Tokio, la salud de mamá empeoró. Cierta noche tuvo una tos terrible. Al tomarle la temperatura, estaba a treinta y nueve de fiebre.

—Habré cogido frío hoy. Seguro que mañana estaré mejor —dijo mamá en voz baja, reprimiendo la tos. Pensé que no se trataba de una simple tos y decidí bajar al día siguiente al pueblo para llamar al médico.

A la mañana siguiente, la fiebre había bajado a treinta y ocho grados, y ya no tenía tanta tos. Sin embargo, fui a ver al médico del pueblo. Le dije que mamá se había debilitado con rapidez y desde la víspera tenía fiebre y una tos que no parecía tan solo de un resfriado, que, por favor, fuera a visitarla.

El médico repuso que pasaría más tarde y, diciendo que se trataba de un obsequio que le habían mandado, sacó tres peras de una vitrina en la sala de consultas y me las ofreció. Pasado el mediodía, llegó para examinar a mamá ataviado con un *hakama* claro y un *haori* de verano. Como era habitual, pasó un largo tiempo auscultando y percusionando, hasta que, al final, se volvió hacia mí.

—No hay que preocuparse. Con los medicamentos que le voy a recetar se pondrá bien —dijo.

Me entraron ganas de reír, pero me reprimí y le pregunté si serían necesarias inyecciones.

—Supongo que no. Como se trata de un resfriado, si descansa pronto se recuperará —añadió.

Pasó una semana y la fiebre no bajaba. La tos había mejorado; pero por la mañana tenía unos treinta y siete grados y por la noche llegaba a los treinta y nueve. El día siguiente a la visita, el médico tuvo que descansar por algún problema en el estómago, y cuando fui a buscar los medicamentos le expliqué el desafortunado estado de mamá a la enfermera para que le informara. Dijo que no debía preocuparme porque era un simple resfriado, y me dio un jarabe y unos polvos.

Como era habitual, Naoji estaba en Tokio y no sabía nada de él desde hacía diez días. Me sentía tan sola y desamparada que escribí al tío Wada informándole del cambio en el estado de salud de mamá.

Al décimo día de que empezara su fiebre, el médico se acercó para una visita diciendo que había mejorado del estómago. Con suma atención, percusionó el pecho de mamá.

—¡Ya veo, ya veo! —exclamó por fin, volviéndose hacia mí—. Ahora entiendo el por qué de la fiebre. Tiene una filtración en el pulmón izquierdo. Pero no hay que preocuparse. La fiebre continuará durante unos días, pero si descansa bastante no habrá cuidado.

«¿Será cierto?», pensé. Pero, como quien se está ahogando se aferra a una paja, me quedé un poco más tranquila con el diagnóstico del médico del pueblo.

—¡Qué suerte, mamá! —dije cuando se hubo marchado el médico—. Tan solo una pequeña filtración. A muchas personas les acontece. Si te animas, seguro que vas a estar mejor muy pronto. El tiempo ha sido tan malo este verano; seguro que te perjudicó. No me gusta el verano. Ni tampoco las flores veraniegas.

Mamá sonrió con los ojos cerrados, diciendo:

—Dicen que a las personas a quienes les gustan las flores veraniegas mueren en verano, ¿no? Pensaba que moriría este verano; pero, como vino Naoji, he vivido hasta el otoño.

Me hirió el pensar que Naoji, incluso siendo de aquel modo, era la mayor razón de vivir para mamá.

—Bueno, como terminó el verano ya ha pasado el peligro para ti, mamá. Mira, en el jardín ya florecieron los asientos de pastor. Y también las valerianas, las pimpinelas, las campánulas, las *karukaya*^[18] y los carrizos. El jardín está vestido completamente de otoño. Seguro que al entrar en octubre te bajará la fiebre.

Rezaba porque así fuera. Y que pasara el calor húmedo de septiembre. Cuando florecieran los crisantemos y llegaran los días luminosos de otoño, sin duda bajaría la fiebre de mamá y se restablecería. Entonces podría verle a él y mis planes florecerían con tanto esplendor como un enorme crisantemo. ¡Cómo esperaba que llegase octubre y bajara la fiebre de mamá!

Una semana después de que le escribiera, el tío Wada arregló para que viniera a visitar a mamá el doctor Miyake, que había sido médico de la familia imperial, quien llegó de Tokio acompañado por una enfermera.

Mamá estuvo muy contenta con la visita del anciano médico, que había sido amigo de papá. No había perdido los modales y la forma de hablar bruscos de antaño, y eso le caía bien a mamá. Mientras ambos conversaban sobre asuntos sociales, fui a la cocina a preparar un budín; al regresar al salón, el médico ya la había examinado y estaba arrellanado en un sillón de mimbre, con el estetoscopio al cuello como si fuera un collar.

—La gente como yo come *udon*^[19] de pie en un puesto callejero... —estaba contando—. Lo cierto es que no están ni muy buenos ni muy malos.

Mamá le escuchaba relajada mirando al techo. Me quedé más tranquila al imaginar que la enfermedad no era nada grave.

—¿Cómo está mamá? El médico del pueblo dice que tiene una filtración en el pulmón izquierdo... —pregunté al anciano médico, haciendo acopio de valor.

—¿Qué es eso? Está perfectamente —dijo como si nada.

—¡Anda, qué suerte! ¿Verdad, mamá? —dije con la más genuina de las sonrisas—. ¿Oíste, mamá? Estás bien.

En ese momento, como si tuviera algo que decirme, el doctor Miyake se dirigió a la sala china y yo le seguí.

—Se oye un sonido preocupante —dijo.

—¿No se trata de una filtración?

—No.

—¿Quizá bronquitis? —pregunté, conteniendo las lágrimas.

—Tampoco.

¡Tuberculosis! No quería creer que fuera esto. Tratándose de tuberculosis, no había remedio. Sentí que se desmoronaba todo a mi alrededor.

—Por el sonido... ¿Parecía grave? —pregunté ya sollozando de abandono.

—Ambos pulmones.

—Pero si mamá tiene todavía vitalidad. Si encuentra las comidas deliciosas...

—No hay nada que hacer.

—¡No puede ser! ¿Verdad que no? Si toma mucha mantequilla, huevos y leche, ¿podrá mejorar? Si aumentaran las defensas de su cuerpo, le bajaría la fiebre, ¿no?

—Tiene que comer mucho de todo lo que le apetezca.

—¡Claro! Cada día come unos cinco tomates.

—Los tomates son muy buenos para la salud.

—Entonces, no hay que preocuparse, ¿no? ¿Verdad que se recuperará?

—Puede que esta enfermedad sea mortal. Mejor que se haga a la idea.

Por primera vez en la vida, me di cuenta de que hay muchas cosas en el mundo contra las que no sirve de nada la fuerza humana y sentí la existencia de un muro de desesperación.

—¿Dos, tres años? —susurré con voz temblorosa.

—No lo sé. De todos modos, no hay nada que se pueda hacer.

Se marchó con la enfermera, diciéndole algo sobre una reserva para esa noche en el balneario de aguas termales de Nagaoka, en Izu. Les acompañé hasta la puerta del jardín y, sin saber qué hacía, volví al salón. Me senté junto a la cabecera de mamá y sonréí como si no pasara nada.

—¿Qué te ha dicho el doctor? —preguntó.

—Que mejorarás en cuanto te baje la fiebre.

—¿Y respecto al pecho?

—Dice que no es nada grave. Sin duda como alguna otra vez que te pusiste enferma. Cuando esté más fresco, seguro que te recuperarás.

Estaba dispuesta a creerme mis propias mentiras y a olvidarme de las horribles palabras de «enfermedad mortal». Tenía la sensación de que si mamá muriera mi propia carne desaparecería con ella. Pensando en esto, me propuse preparar toda clase de comidas deliciosas para mamá, olvidándome de todo lo demás. Pescado, sopa, conservas, hígado, caldo de carne, tomates, huevos, leche, ensaladas... Sería bueno que le trajera *tofu*^[20]. Sopa de *miso*^[21] con *tofu*. Arroz blanco, tortas de arroz. Vendería todas mis cosas para comprar los mejores alimentos y ofrecérselos a mamá.

Me levanté y me dirigí a la sala china. Acerqué el sillón de mimbre a la galería y me senté donde pudiera ver el rostro de mamá. Al verla descansando, no daba la menor impresión de una persona enferma. Sus ojos hermosos eran claros y su complexión fresca. Cada mañana, se levantaba regularmente, se lavaba el rostro y luego, en la habitación de tres tatami se arreglaba el cabello y aseaba el cuerpo con esmero. Después se sentaba en la cama a tomar el desayuno y se pasaba la mañana leyendo el periódico o algún libro. Solo le daba fiebre por las tardes.

«Mamá está bien. Se va a recuperar, seguro», me decía. Había borrado de mi corazón el diagnóstico del doctor Miyake. Mientras pensaba: «Cuando llegue octubre y florezcan los crisantemos...» me quedé dormida. Estaba de pie en la orilla de un lago, en un bosque; nunca había visto ese paisaje en la realidad, aunque se me aparecía en sueños de vez en cuando. A mi lado caminaba, sin sonido de pasos, un

muchacho vestido con ropa occidental. Parecía que todo estaba envuelto en una tenue niebla verde. En el fondo del lago se había hundido un puente, blanco y delicado.

«Ah, se ha hundido el puente. Hoy no podemos ir a ninguna parte. Vamos a hospedarnos en ese hotel. Seguro que habrá alguna habitación libre».

A la orilla del lago había un hotel de piedra. Las losas de la fachada estaban empapadas de la niebla verdosa. En el portal, también de piedra, estaba grabado el nombre Hotel Switzerland en finas letras doradas. Cuando leía las letras «Swi», de repente me acordé de mamá. ¿Cómo estaría? Imaginé que podía estar alojada en ese mismo hotel. Acompañada del muchacho, crucé el portal y entré en el jardín delantero. Florecían como encendidas unas enormes flores rojas, parecidas a hortensias. Cuando era pequeña, los edredones tenían un estampado de hortensias rojas que me producía una extraña tristeza. Al parecer, las hortensias rojas existían de verdad.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Tengo las orejas frías y mojadas por la niebla —dijo, riéndome—. ¿Qué estará haciendo mamá?

—Está en una tumba —dijo el muchacho con una sonrisa muy triste llena de afecto.

Se me escapó un pequeño grito. Eso era. Mamá ya no estaba con nosotros. ¿No habíamos celebrado su funeral? Al darme cuenta de que mamá había fallecido, mi cuerpo tembló con una pena indescriptible y me desperté.

Ya había llegado el crepúsculo a la terraza. Llovía. La tristeza teñida de verde del sueño lo cubría todo también en la realidad.

—Mamá... —llamé.

—¿Qué estás haciendo? —repuso.

Me levanté de un salto por la alegría de oír su voz y fui al salón.

—Me había quedado dormida.

—Me preguntaba qué hacías. ¡Qué siesta más larga! —dijo, riéndose divertida.

Estaba tan contenta con el encanto de mamá, con que estuviera viva, que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Respecto al menú de la cena, ¿qué se le ofrece a la señora? —dije en un tono juguetón.

—No te preocupes, no necesito nada. Hoy la temperatura me subió a treinta y nueve.

Mi moral se desinfló en el acto. Eché una mirada absorta a la habitación en la penumbra; me entraron ganas de morir.

—¿Por qué te habrá subido a treinta y nueve?

—No tiene importancia. Lo más desagradable es justo antes de que me suba la temperatura. Me duele un poco la cabeza, me dan escalofríos y entonces empieza la fiebre.

Fuera ya estaba oscuro. Parecía que había parado la lluvia y había comenzado a

soplar el viento. Encendí la luz y me disponía a ir al comedor cuando mamá me dijo:

—No enciendas la luz, que me molesta.

—¿No te desagrada estar acostada en una habitación oscura? —pregunté sin moverme de donde estaba.

—Como estoy con los ojos cerrados, da lo mismo. No me produce la menor tristeza. Al contrario, es peor la luz porque me deslumbra. A partir de ahora, no enciendas más la luz del salón, por favor —dijo.

Sus palabras me parecieron de mal augurio. Sin decir palabra fui a la habitación contigua, encendí una lámpara de pie y, poseída por una tristeza insopportable, me apresuré hacia el comedor. Mientras comía una lata de salmón sobre arroz frío, no paraban de caérseme las lágrimas.

Al hacerse de noche, el viento se hizo cada vez más fuerte y, a eso de las nueve, comenzó la lluvia y pronto se convirtió en un verdadero temporal. Las persianas de bambú de la galería, que había enrollado dos o tres días atrás, golpeaban con fuerza mientras que en la habitación contigua de mamá estaba enfrascada en la *Introducción a la economía*, de Rosa Luxemburg, con una extraña excitación. Hace poco, la había tomado prestada de la habitación de Naoji, junto con las obras completas de Lenin y *La revolución social* de Kautsky. Las había dejado sobre mi escritorio de esta habitación. Pero una mañana, cuando mamá volvía de lavarse el rostro, se fijó en los tres volúmenes, los tomó uno a uno, les echó una ojeada, y emitiendo un leve suspiro, los volvió a dejar y me miró con tristeza. Pese a la profunda melancolía, su mirada no mostraba ni un ápice de desagrado o crítica. A mamá le gustaba leer a Víctor Hugo, Dumas —padre e hijo—, Musset, Daudet y autores por el estilo. Incluso siendo historias románticas, tenían un cierto aire revolucionario.

Personas como mamá, que tienen el don celestial de la educación —aunque la expresión parezca rara—, quizá puedan aceptar una revolución de la forma más natural. Encontré algunos puntos de desacuerdo al leer el libro de Rosa Luxemburg, pero incluso así me pareció interesante en extremo. Escribe sobre economía, no obstante si se lee como un texto de economía es aburrido a más no poder. Por lo menos, esto lo tengo claro. Quizá yo no pueda entender nada de economía, pero tampoco me interesa. Una ciencia que dice que el ser humano es avaro y va a continuar así para siempre, no va a ninguna parte ni despierta el menor interés a alguien que no es así y que no se preocupa por los problemas de distribución y otros asuntos de esta índole.

Pero, al leer este libro, he sentido una particular excitación por algún otro motivo. La autora, sin ninguna vacilación, tuvo el coraje de desgarrar viejas ideas. Por mucho que me oponga a la moral, no puedo evitar que me venga a la cabeza la imagen de la esposa del hombre a quien amo volviendo a casa con prisa, tan fresca. Mis pensamientos se vuelven destructivos. La destrucción es triste pero hermosa. Sueño en destruir, para después reconstruir completamente. Pese a que, después de la destrucción el día de la reconstrucción puede que nunca vuelva, tengo que destruir

por amor. Tengo que llevar adelante la revolución. Rosa Luxemburg entregó trágicamente su amor absoluto al marxismo.

Aconteció un invierno, doce años atrás.

—Tú eres la muchacha del *Diario de Sarashina*^[22], ¿no? Siempre tan callada como una tumba —dijo mi amiga, alejándose de mí. Le había devuelto un libro de Lenin, que no había conseguido leer.

—¿Lo leíste?

—Lo siento, no lo leí.

Estaba en un puente desde el que se veía la catedral de San Nicolás, de la iglesia ortodoxa rusa, en Tokio.

—¿Eh? ¿Por qué?

Esta amiga media unos tres centímetros más que yo y tenía talento para los idiomas. Llevaba una boina roja que le favorecía mucho; era guapa, con un rostro que parecía el de la Gioconda.

—No me gustaba el color de la portada.

—¡Mira que eres rara! ¿O no? No me tendrás miedo, ¿verdad?

—No te tengo miedo. El color de la portada me resultaba insopportable.

—Vaya... —dijo con tristeza. Sería entonces cuando me dijo que era como la muchacha del *Diario de Sarashina* y llegó a la conclusión de que no servía de nada hablar conmigo.

Nos quedamos unos momentos en silencio, contemplando el río invernal.

—Cuídate. «Si esto es un adiós para siempre, cuídate». Byron —dijo, citando los versos del poeta rápidamente, y me dio un ligero abrazo.

—Perdona, ¿eh? —susurré avergonzada.

Caminé hasta la estación de Ochanomizu y, al volverme, vi a mi amiga todavía en el puente, sin moverse, que me miraba. No la he visto más. Íbamos a la misma clase de idioma extranjero, aunque nuestras escuelas eran distintas.

Desde entonces han pasado doce años, pero está claro que no he avanzado un paso desde el *Diario de Sarashina*. ¿Qué he hecho en todo este tiempo? No me he ilusionado con la revolución y ni siquiera conozco el amor. Los adultos nos han pintado la revolución y el amor como las mayores tonterías de este mundo. Antes y durante la guerra, nos lo habíamos creído. Pero, desde la derrota, ya no confiamos más en ellos y nos oponemos a cualquier cosa que digan, al parecemos que es el único camino. La revolución y el amor son lo mejor de este mundo; tan buenos que los adultos, sin duda, quieren engañarnos con la mentira de las uvas verdes. Quiero creer que el ser humano ha nacido para el amor y la revolución.

Mamá abrió la puerta corrediza y asomó el rostro sonriente.

—¿Todavía estás despierta? ¿No tienes sueño? —preguntó.

El reloj sobre el escritorio marcaba medianoche.

—En absoluto. He leído un libro sobre socialismo que me ha dejado excitada.

—Ya veo. ¿No tenemos sake? Cuando acontece esto, lo mejor es tomar un poco y

acostarse. Se duerme muy bien —dijo como en broma. Sin embargo, en su tono se adivinaba un aire casi decadente.

Por fin llegó octubre, pero el tiempo no cambió a los cielos despejados otoñales; siguieron los días calurosos y húmedos propios de la estación de las lluvias. Y la fiebre de mamá subía todas las tardes hasta treinta y ocho o treinta y nueve grados.

Cierta mañana, me di cuenta de algo espantoso. Mamá tenía una mano hinchada. Ella, que disfrutaba el desayuno más que cualquier otra comida, esos días no tomaba más que un cuenco de sopa ligera de arroz, sentada en la cama. Le molestaba el aroma penetrante de los platos de acompañamiento del arroz. Ese día parecía que hasta le desagradara el olor de la sopa con setas *matsutake* que le había preparado porque se acercó el cuenco a los labios y lo devolvió a la bandeja sin probar la sopa. Fue entonces cuando vi con sorpresa que su mano derecha estaba muy hinchada.

—¡Mamá! ¿Qué te pasó en la mano?

Fijándome mejor vi que estaba pálida y tenía el rostro un poco hinchado.

—No es nada. Solo un poquito de hinchazón, no tiene ninguna importancia.

—¿Desde cuándo la tienes así?

Mamá se quedó en silencio. Parecía que le molestara a luz. Me entraron ganas de llorar a mares. Esa mano no era la de mamá, era la de otra señora. La de mi madre era más fina y pequeña. Era una mano que conocía muy bien. Bondadosa, bonita. Me pregunté si esa mano habría desaparecido para siempre. La izquierda apenas estaba hinchada, pero se me hizo muy penoso continuar mirando a mamá y, apartando la vista de ella, la mantuve fija en el arreglo floral del *tokonoma*^[23].

Ya no podía contener las lágrimas, por lo que me levanté y me marché al comedor; y allí estaba Naoji solo, comiéndose un huevo pasado por agua. Las pocas veces que se encontraba en nuestra casa de Izu, al llegar la noche iba sin falta a la taberna de la señora Osaki a tomar *shotchu*. A la mañana siguiente, lo solía encontrar en la cocina con expresión malhumorada, donde tomaba solo cuatro o cinco huevos pasados por agua, y después se encerraba en su habitación, durmiendo y levantándose alternativamente.

—Mamá tiene la mano hinchada —comencé a decir con la cabeza gacha. Pero no pude continuar y me quedé sin levantar la cabeza, sacudida por el llanto. Naoji permaneció callado.

—Ya no hay nada que hacer —dije, levantando la cara y aferrada al borde de la mesa—. ¿No te habías dado cuenta? Cuando se produce una inflamación así, ya no hay esperanza.

—No va a durar mucho —dijo con la expresión sombría—. Es estúpido lo que va a suceder.

—Quiero que se recupere. Haría lo que fuese para que mejorara su salud —dije, retorciéndome las manos. De repente, Naoji rompió a sollozar como un niño.

—Está todo perdido. No podemos hacer nada, ¿no te das cuenta? —dijo, frotándose furiosamente los ojos con los puños.

Al día siguiente, Naoji fue a Tokio para informar al tío Wada de la situación de mamá y pedirle instrucciones sobre qué hacer a partir de entonces. Por mi parte, me pasé casi todo el día llorando, desde la mañana hasta la noche, cuando no estaba en la misma habitación que mamá. Cuando fui a buscar la leche entre la niebla matinal, cuando me peinaba frente al espejo, también cuando me pintaba los labios; no paraba de llorar. Mientras lloraba me venía a la memoria una y otra imagen de los días felices que pasamos mamá y yo. Al atardecer, me senté en la galería de la sala china y me pasé todo el tiempo sollozando. Las estrellas brillaban en el cielo otoñal y a mis pies tenía un gato ajeno hecho un ovillo, muy quieto.

Al día siguiente, tal como era de temer, había empeorado la inflamación de la mano de mamá. No pudo probar bocado. Le llevé jugo de naranja y dijo que no lo podía tomar porque tenía la boca áspera y le escocía.

—Mamá, ¿qué tal si te pusieras de nuevo la mascarilla que te aconsejó Naoji? — intenté decirle en broma, pero mientras hablaba me entró una pena horrible y terminé la frase en un lamento.

—Con tanto trabajo cada día, debes estar muy cansada, ¿no? Mejor que contrates a una enfermera —dijo con calma. Al ver que se preocupaba más de mí que de su propia salud, todavía me hizo sentir peor; me levanté, salí corriendo y me encerré en el cuarto de baño, donde me deshice en lágrimas.

Poco después de mediodía, llegó Naoji con el doctor Miyake y una enfermera. No traía el buen humor de siempre y se dirigió directamente hacia la habitación de mamá como poseído por una especie de furia y empezó a examinarla en el acto.

—Está muy debilitada —dijo sin dirigirse a nadie en particular y le administró una inyección de alcanfor.

—Doctor, ¿ya tiene un lugar donde pasar la noche? —preguntó mamá como en un delirio.

—Voy a pasar la noche de nuevo en Nagaoka. Tengo ya reserva, de modo que no se preocupe. En su estado de salud, en lugar de preocuparse por los demás debe cuidarse a sí misma. Sobre todo, tiene que alimentarse bien; si lo hace, mejorará. Volveré a verla mañana. Le dejo a la enfermera para cualquier cosa que pueda ayudar —dijo en voz bien alta, mirando al lecho de la enferma e hizo una señal con los ojos a Naoji, que se levantó.

Naoji salió de la habitación acompañado por la enfermera para despedir al médico en el recibidor. Cuando mi hermano volvió, su rostro indicaba que estaba reprimiendo las ganas de llorar. Salimos ambos de la habitación y nos dirigimos al comedor.

—¿No tiene remedio? Eso te ha dicho, ¿verdad?

—¡Qué mierda! —dijo con una mueca que intentaba ser una sonrisa, rompiendo enseguida a llorar—. Se ha debilitado muy rápidamente. No sabe si logrará pasar la noche o será mañana.

—Quizá sea mejor empezar a enviar telegramas —dije con una inesperada calma.

—Consulté con el tío Wada, pero dijo que ahora no estaban los tiempos como

para organizar reuniones grandes. Si fueran tan amables de venir, recibirlos en una casa tan pequeña sería una descortesía, y en este vecindario no hay hoteles apropiados. Tampoco en Nagaoka podemos reservar habitaciones para dos o tres personas. En suma, que somos pobres y no nos podemos permitir el llamar a todos esos parientes distinguidos. El tío ha dicho que vendrá enseguida, pero siendo como es de mezquino, no podemos esperar demasiado de él. Para que veas, la noche pasada pareció olvidarse por completo de la enfermedad de mamá para darme un sermón considerable. No creo que haya habido nunca nadie en la historia a quien se le hayan abierto los ojos por el sermón de un mezquino. Tanto tú como yo, y para qué decir mamá, somos tan diferentes a él como el cielo y la tierra. ¡Qué tipo!

—Pero nosotros vamos a depender de él de ahora en adelante...

—¡Ni hablar! Prefiero pedir limosna. Tú sí que vas a depender de su buena voluntad.

—Resultó que yo... —me empezaron a caer las lágrimas— tengo a donde ir.

—¿Un compromiso de matrimonio? ¿Ya está decidido?

—No es eso.

—¿Vas a vivir de tus propios recursos? No me digas que te pondrás a trabajar. Pues yo voy a ser revolucionario.

—No voy a vivir de mi trabajo. Voy a ser revolucionaria.

—¿Cómo! —exclamó Naoji con una expresión extraña.

Entonces me llamó la enfermera que había traído el doctor Miyake.

—Parece que la señora tiene algo que decirle.

Me apresuré hacia la habitación de la enferma y me senté junto a su cama.

—¿Qué quieras, mamá? —pregunté, acercando mi rostro al suyo.

Parecía que quisiera decir algo, pero permaneció en silencio.

—¿Quieres un poco de agua?

Sacudió ligeramente cabeza. Al parecer, no quería agua.

Al cabo de unos momentos, dijo en un susurro:

—He tenido un sueño.

—¿Un sueño? ¿Qué clase de sueño?

—Sobre una serpiente.

Me dio un sobresalto.

—Que en la piedra de descalzarse en la galería se encuentra una serpiente con rayas rojizas. Anda a ver si está.

Sentí un frío repentino. Me levanté enseguida y salí a la galería. Cuando eché una ojeada a través de la cristalera, sobre la piedra de descalzarse una serpiente estaba tomando el sol otoñal. Me dio un mareo.

«Te conozco. Eres un poco más grande y más vieja, pero eres la serpiente cuyos huevos quemé mucho tiempo atrás. Ya he sentido tu venganza, de modo que puedes marcharte. ¡Márchate enseguida!». Mientras pensaba esto, no apartaba los ojos de la serpiente, pero ella no parecía tener la menor intención de moverse. No sé por qué,

pero no quería que la enfermera viese al animal.

—No hay ninguna serpiente, mamá —dije después de dar un fuerte golpe con el pie en el suelo, elevando la voz a propósito—. No hay que hacer mucho caso de los sueños.

Al mirar de nuevo, vi a la serpiente que, por fin, se comenzaba a mover y bajaba de la piedra con parsimonia.

Ya no había nada que hacer. Esta resignación surgió en mi corazón solo después de ver la serpiente. Cuando papá murió, una pequeña serpiente negra apareció junto a su cabecera y yo misma pude ver que todos los árboles del jardín tenían serpientes enroscadas.

Mamá ya no tenía fuerzas para sentarse en la cama y se pasaba el tiempo dormitando. Encargué a la enfermera que cuidase de ella; apenas si podía probar bocado. Desde que vi a la serpiente, me llegó la paz de espíritu del que ha alcanzado el fondo del sufrimiento, si pudiera decirse de esta manera, y solo deseaba estar todo el tiempo posible junto a mamá.

El día siguiente lo pasé entero junto a su cabecera, haciendo punto. Suelo tejer más rápido que la mayoría de la gente, aunque no soy muy hábil. Mamá solía indicarme los lugares mal hechos. Ese día no tenía ganas de tejer, pero para que no pareciese extraño que pasara las horas pegada a mamá había llevado la canasta de lanas y me había puesto a tejer como para distraerme.

—Estás tejiéndote unos calcetines, ¿no? —dijo sin apartar la vista de las agujas—. Si no aumentas ocho puntos van a ser demasiado apretados.

Cuando era niña, por mucho que mamá me enseñara, no me salía bien el punto. Ahora, igual que en esos tiempos, estaba confusa y avergonzada; pero, al mismo tiempo, me entró una nostalgia terrible al pensar que sena la última vez que mamá me corrigiese. Al final, las lágrimas no me dejaron ver los puntos.

Mamá no parecía sufrir pasando las horas acostada. Desde la mañana, no había comido nada. De cuando en cuando, le acercaba a los labios una gasa empapada en té. Sin embargo, tenía la mente clara y me hablaba a veces con voz tranquila.

—¿No había salido una foto del emperador en el periódico? Me gustaría verla de nuevo.

Le mostré esa página del periódico.

—Ha envejecido...

—No creas, el problema es que la foto no es buena. Hace poco vi otra en la que parecía joven y lleno de vitalidad. Aunque parece mentira, quizá esta época sea la más feliz para él.

—¿Por qué?

—Porque también ha sido liberado.

Mamá sonrió tristemente.

—Aunque tenga ganas de llorar, no me salen las lágrimas.

Me pregunté de repente si, en realidad, ella no sería feliz. La felicidad quizá fuera

como polvo de oro entre la arena del fondo de un río. Una vez cruzado el límite de la tristeza, quizá llegue un tenue brillo de felicidad. Tanto el emperador como mamá e incluso yo misma éramos felices de esta manera. Una tarde tranquila de otoño. Un jardín bañado en sol suave. Dejé el punto y miré el mar, que brillaba a lo lejos.

—Mamá, hasta ahora no sabía casi nada del mundo.

Quería decir algo más pero me abochornaba que me escuchase la enfermera, que estaba preparando una inyección intravenosa en una esquina de la habitación.

—¿Hasta ahora...? —repitió mamá con una sonrisa—. ¿Y a partir de ahora?

Sin saber por qué, me ruboricé violentamente.

—No comprendo nada de este mundo —susurró mamá, volviendo la cabeza, como si hablara consigo misma.

—Yo tampoco. ¿Habrá alguien que entienda? Pasan los años, pero todos continúan como niños. Sin entender nada de nada.

Sin embargo, debo continuar viviendo. Puede parecer infantil, pero no puedo conformarme solo con dejarme mimar. A partir de ahora, voy a tener que salir a luchar al mundo. Me pregunto si no existirán más personas como mamá que puedan terminar la vida de un modo hermoso y triste, sin enfrentamientos, sin odiar ni traicionar. La belleza de los que están a punto de morir. El vivir. No puedo evitar sentir desagrado ante la fealdad de los sobrevivientes, su olor a sangre. Me enrosqué en el suelo, imitando sobre el tatami la figura que recordaba a una serpiente cavando un agujero para poner sus huevos. Hay algo a lo que no logro resignarme. No me importa si parece deplorable, pero yo, como sobreviviente, tengo que luchar para conseguir lo que quiero en el mundo. Ahora que estaba claro que mamá pronto dejaría este mundo, mi romanticismo y sentimentalismo estaban desapareciendo, y me daba la impresión de estar transformándome en un ser astuto.

Pasado el mediodía, cuando me encontraba junto a mamá humedeciéndole los labios, un automóvil se detuvo ante nuestra puerta. Eran el tío Wada y su esposa, que habían venido desde Tokio. El tío entró enseguida a la habitación de la enferma y se sentó a su cabecera en silencio. Entonces mamá se cubrió la mitad inferior del rostro con un pañuelo y sin apartar los ojos del tío se puso a llorar. Sin embargo, era un llanto sin lágrimas. Parecía una muñeca.

—¿Y Naoji? ¿Dónde está? —dijo al cabo de unos momentos, mirándome.

Subí a la habitación de la primera planta, donde se encontraba mi hermano tumbado en un sofá leyendo una revista.

—Mamá te llama.

—¡Oh, no! Otra escena trágica. Bueno, paciencia y a cumplir, tú que tienes los nervios fuertes y los sentimientos débiles. Los que tanto sufrimos, con el corazón dispuesto y la carne débil, no tenemos ánimos de acompañar a mamá.

Mientras decía cosas por el estilo, se puso una chaqueta y bajó conmigo.

Nos sentamos junto a la cabecera. De repente, mamá sacó las manos de bajo el edredón, apuntó a Naoji y a mí en silencio y después volvió el rostro hacia el tío y

juntó las manos.

—Entendido, entendido —dijo el tío.

Mamá cerró los ojos, como si estuviera aliviada, y volvió a ponerlas bajo el edredón.

Yo estaba llorando y Naoji sollozaba con la cabeza gacha.

Entonces el anciano doctor Miyake llegó de Nagaoka y le puso una inyección. Después de ver al tío, a mamá ya no le quedaba nada pendiente de resolver.

—Doctor, termine pronto con mi sufrimiento, por favor —dijo.

El médico y el tío se miraron en silencio; en sus ojos brillaban las lágrimas.

Me levanté, fui a preparar unos fideos *udon* con sopa que le gustaban al tío y llevé cuatro cuencos a la sala china para el médico, los tíos y Naoji. Entonces llevé a mamá unos emparedados que había traído el tío de Tokio.

—Cuánto trabajo tienes —dijo mamá con un hilo de voz.

Conversamos un rato todos en la sala china. Al parecer, los tíos tenían un compromiso que exigía su regreso a Tokio esa misma noche. El tío me entregó un sobre con algo de dinero, y ambos se marcharon con el doctor Miyake, que dejó instrucciones a la enfermera para el tratamiento. Como mamá tenía la mente lúcida y el corazón no estaba muy debilitado, podría vivir otros cuatro o cinco días con ayuda de las inyecciones. Y así, el médico y los tíos regresaron juntos a Tokio en el automóvil.

Después de acompañarlo a la puerta, regresé a la habitación de mamá, quien me sonrió de la forma afectuosa que me tenía reservada a mí.

—Qué ocupada has estado, ¿verdad? —dijo en un susurro. Su rostro estaba tan animado que parecía relucir. Pensé que estaría contenta de haber podido ver al tío.

Estas fueron sus últimas palabras. Mamá falleció apenas tres horas después. En ese hermoso crepúsculo otoñal, mientras la enfermera le tomaba el pulso, Naoji y yo, sus dos hijos, contemplábamos a la que fue la última dama noble de Japón.

La muerte casi no cambió su rostro. Cuando falleció papá, su color varió bruscamente, pero no aconteció lo mismo con mamá. Estaba igual, solo que no respiraba. No me había dado cuenta del momento en que dejó de hacerlo. La hinchazón del rostro había desaparecido la víspera, y ahora tenía las mejillas tan tersas como si fueran de cera. Sus labios pálidos estaban ligeramente curvados, como si sonriera; era todavía más atractiva que en vida. Me recordó a la Virgen María de *La Pietà*.

VI

Comienza la batalla



Comienzo de los enfrentamientos. No podía permanecer para siempre hundida en la tristeza. Hay algo por lo que debo luchar sin falta. Una nueva ética. No, el decirlo así es una hipocresía. Es por el amor. Solo por eso. Así, como Rosa Luxemburg tuvo que depender de su nueva economía para sobrevivir, yo no puedo vivir sin aferrarme a mi único amor. Las enseñanzas de Jesús a sus doce discípulos cuando los iba a enviar para desenmascarar la hipocresía de los escribas y los filisteos, y hacerles conocer el verdadero amor divino sin la menor vacilación no son completamente ajenas a mi situación.

No toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas; ni alforja para el camino ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento.

En la ciudad o pueblo en que entréis, informaos de quien hay en ella digno y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en la casa, saludadla. Si la casa es digna, que llegue a ella vuestra paz; mas si no es digna, vuestra paz se vuelva a vosotros.

Y si no se os recibe ni se escuchan vuestras palabras, salid de la casa o de la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies. Yo os aseguro: el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella.

Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas. Y por míos llevarán ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino que el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros.

Entregarán a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre, pero el que perseverare hasta el fin, este se salvará.

Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si también en esta os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel

antes de que venga el Hijo del Hombre.

No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo, como su amo. Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos!

No les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, nada oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los tejados.

Y no temáis a los que pueden matar el cuerpo pero no el espíritu, sino temed a los que pueden destruir el cuerpo y el espíritu en el infierno. No penséis que he venido a traer la paz, sino que, al contrario, traje una espada. Porque he venido a poner al hijo contra el padre, a la hija contra la madre y a la nuera contra la suegra.

Y vuestros enemigos serán los de vuestra propia casa. El que ame más a su padre o a su madre que a mí, no es digno de seguirme. El que ame más a su hijo o a su hija que a mí, no es digno de mí. El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.

El que tenga vida, deberá perderla por mí, y quien la pierda por mí la encontrará.

Comienzo de los enfrentamientos. Si jurase obedecer a rajatabla las enseñanzas de Jesús, por amor, me preguntó si me lo reprocharía. ¿Por qué el «amor humano» tiene que ser malo y el «amor divino» bueno? No lo comprendo. No puedo evitar considerarlos iguales. Quisiera jactarme de poder destruir mi cuerpo y mi espíritu en el infierno por un amor divino o un amor humano, o por el sufrimiento que causan.

Los tíos dispusieron lo necesario para la celebración de un funeral privado en Izu y uno público en Tokio. A partir de entonces, Naoji y yo volvimos a nuestra casa de Izu, pero nuestra relación estaba tan deteriorada que no nos dirigíamos la palabra. Naoji se había llevado todas las joyas de mamá para venderlas y usar el dinero como capital en su aventura editorial. Cuando ya estaba exhausto de beber en Tokio, volvía tambaleándose y tan pálido como un enfermo a nuestra casa de Izu y se echaba a dormir. Cierta día se presentó con una muchacha joven, que tenía el aspecto de una bailarina, lo que empeoró todavía la situación.

—¿No te importaría que fuera hoy a Tokio? —dije—. Quiero visitar a una amiga que no veo desde hace mucho tiempo. Como pienso pasar dos o tres noches allá, tú podrías cuidar de la casa en mi ausencia. Puedes pedir a tu acompañante que cocine para ti.

Aprovechando la debilidad de Naoji con la sabiduría de una serpiente, puse unos cosméticos, pan y otros alimentos en una bolsa y, como lo más natural del mundo, me marché a Tokio para encontrarme con aquel hombre.

Naoji me había contado que vivía en un suburbio de Tokio, a veinte minutos a pie de la salida norte de la estación de tren de Ogikubo, en una casa construida después de la guerra.

Aquel día soplaba un fuerte viento de invierno. Cuando me apeé en la estación de

Ogikubo, ya estaba oscureciendo. Pregunté a alguien que pasaba por allí sobre el edificio de apartamentos; pero, incluso con sus explicaciones, me pasé una hora dando vueltas por las callejuelas oscuras hasta que encontré el lugar. Me sentía tan desamparada que se me empezaron a caer las lágrimas. Para colmo, tropecé en un camino de gravilla y se me rompió la correa de la sandalia de madera. Me quedé parada sin saber qué hacer cuando a la derecha vi un par de edificios de apartamentos, bajos y alargados. La placa de nombres de uno de ellos destacaba borrosa en medio de la noche. Me dio la impresión de que había escrito «Uehara». Con un pie cubierto solo con el *tabi*, me apresuré hacia la entrada. Al mirar bien la placa del nombre, sin duda ponía «Jiro Uehara»; pero el interior de la vivienda estaba oscuro.

Me quedé de nuevo un momento sin saber qué hacer, y me dejé caer hacia la puerta, acariciando con las manos la celosía de madera.

—¡Con permiso! —llamé, y bajando mucho la voz—: Señor Uehara...

Alguien respondió. Pero era una voz femenina.

Se abrió la puerta y apareció una mujer, de rostro delgado y oliendo a perfume antiguo, que tendría tres o cuatro años más que yo.

—¿Con quién tengo el gusto...? —dijo, asomando sonriente en el oscuro recibidor, sin asomo de hostilidad.

—Perdón, es que...

Había perdido la ocasión de presentarme. Quizá considerara mi amor extrañamente inquietante.

—¿No está en casa el señor Uehara? —pregunté con timidez, casi con servilismo.

—No —repuso, mirándome con un poco de lástima—. Pero imagino que puede estar...

—¿Lejos?

—No, no —riendo divertida y cubriéndose la boca con una mano—. Aquí, en Ogikubo. En un puesto de *oden*^[24] llamado Shiraishi, frente a la estación, suelen saber por donde anda, ¿por qué no pregunta allá?

—¿Ah, sí?

Me dieron ganas de saltar de alegría.

—¡Oh! Su sandalia...

Me hizo pasar al recibidor, sentarme, y me dio una correa de piel para que cambiara la rota. Mientras me afanaba en arreglar la sandalia, la señora de la casa fue a buscar una vela para iluminarme.

—Lo siento, pero se han fundido las dos bombillas. Últimamente, las bombillas están exageradamente caras y se funden como si nada. Si estuviera mi esposo, le pediría que fuera a comprar otra; pero, hace dos noches que no regresa a casa, y estos días nos hemos ido a acostar pronto porque no tenemos ni un céntimo en el bolsillo —contó con una sonrisa espontánea. Detrás de ella se encontraba una niña de doce o trece años, de ojos grandes y una expresión que indicaba su poca inclinación a

encariñarse con otra gente.

Yo no las consideraba mis enemigas, pero no tenía la menor duda de que algún día ellas sí lo harían y me odiarían. Al pensar esto, sentí de repente que mi amor se enfriaba. Terminé de reparar la sandalia, me levanté y, al sacudirme el polvo de las manos, sentí una tristeza violenta recorrerme el cuerpo. Me dieron ganas de correr hacia la sala de estar, tomar las manos de la esposa y llorar con ella. Pero me horroricé al darme cuenta de la verdad descarada de la situación y la figura patética que iba a mostrar.

Di las gracias con toda cortesía, hice una reverencia y me marché. Sentí el viento invernal. Comienzo de los enfrentamientos. Estoy enamorada, me gusta. Enamorada de verdad, me gusta de verdad. Lo amo sin remedio, me gusta sin remedio. Su esposa es, sin duda, excepcionalmente buena persona. Su hija es encantadora. Pero, poniéndome ante la justicia divina, no siento ni un ápice de culpa ya que el ser humano ha nacido para el amor y la revolución. No creo que Dios me castigue, no soy mala. Me gusta tanto ese hombre que, si es preciso, pasaré dos o tres noches al raso hasta verle. Desde luego que lo haré.

Fue fácil encontrar el puesto de *oden* Shiraishi frente a la estación. Pero él no estaba allí.

—Seguro que está en Asagaya. Desde la salida norte de la estación de Asagaya... A ver, a unos cuatrocientos cincuenta metros hay una ferretería. Entonces dobla a la derecha y unos ciento cincuenta metros más adelante hay una taberna llamada Yanagi. Como últimamente está loco por una camarera, se pasa el tiempo allá. ¡Qué le vamos a hacer!

Fui a la estación, compré un billete y tomé un tren en dirección a Tokio. Bajé en la estación de Asagaya y desde la salida norte caminé hasta la ferretería, doblé a la derecha, anduve los ciento cincuenta metros y entré al Yanagi. No había un alma.

—Acaba de marcharse con un montón de gente. Dijo que se iban al Chidori, en Nishiogi^[25], para beber hasta la madrugada.

La camarera era más joven que yo, tenía aplomo, elegancia y parecía amable. Me pregunté si se trataba de la mujer por quien estaba loco.

—¿El Chidori? ¿En qué lugar de Nishiogi está? —pregunté con desamparo, luchando por contener las lágrimas. Me pregunté si no había perdido la razón.

—No lo sé muy bien, pero creo que está junto a la salida sur de la estación, a mano izquierda. Mejor que pregunte en el puesto de policía, seguro que se lo podrán indicar. De todas formas, son gente que no se contenta con un solo local e igual se han entretenido en el camino.

—Bueno, intentaré ver en el Chidori. Hasta luego.

Esta vez tomé el tren en dirección opuesta, hacia Tachikawa. Pasé por Ogikubo, bajé en Nishiogikubo y salí por la puerta sur. Deambulé a merced del viento invernal hasta encontrar el puesto de policía. Pregunté dónde estaba el Chidori y me puse a caminar en la dirección que me indicaron. Cuando llegué a la linterna azul de papel

con el nombre del local, abrí la puerta sin vacilar.

Tenía una zona de tierra batida y enseguida una salita de unos seis tatami de superficie, donde pude distinguir entre el espeso humo de tabaco una mesa baja y alargada a la que estaban sentadas unas diez personas que bebían en medio de una tremenda algarabía. Tres mujeres más jóvenes que yo también estaban bebiendo y fumando.

Me quedé de pie en la zona de tierra batida, eché una mirada a la gente y lo encontré. Me dio la sensación de estar soñando. ¡Qué diferente estaba! Habían pasado seis años y parecía una persona distinta.

¿Podía ser él mi arco iris, mi M. C., mi razón para vivir? Seis años. Como antes, tenía el pelo alborotado, aunque había perdido espesura y color; su rostro estaba amarillento y abotargado, y el contorno de los ojos inflamado y rojizo, le faltaban algunos dientes delanteros y no paraba de mascullar entre dientes. Me dio la impresión de un viejo mono agazapado en una esquina de la habitación.

Una de las mozas me vio e hizo una señal al señor Uehara para indicarle que me encontraba allí. Sin levantarse, estiró su cuello flaco, me miró y, sin decir una palabra, me hizo una señal con la barbilla para que me acercase. Los demás, sin hacerme ni caso, continuaron con su jolgorio; aunque me hicieron espacio para que me sentara a la derecha de él.

Me senté en silencio. El señor Uehara llenó mi vaso hasta el borde con sake y después se sirvió.

—¡Salud! —dijo con voz ronca. Nuestros vasos se tocaron levemente, produciendo un triste tintín.

«¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu!», comenzó a recitar alguien y otro repitió la estrofa. Entrechocaron sus vasos ruidosamente y bebieron su sake. De todos lados se pusieron a entonar esta letra absurda: «¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu! ¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu!» mientras brindaban con ímpetu. Con este ritmo burlesco parecían darse ánimos para hacer pasar el sake garganta abajo a la fuerza.

Apenas se había disculpado uno del grupo y se había marchado tambaleándose, alguien nuevo tomaba su lugar con solo una leve inclinación de cabeza al señor Uehara.

—Eh, Uehara. Eh, eh, Uehara. Por aquí hay un lugar llamado «Aaa». ¿Cómo quedaría mejor pronunciarlo? ¿Como «A-a-a» o «Aa-a»? —se inclinó para preguntar un hombre. Era un actor de teatro moderno llamado Fujita, cuyo rostro recordaba del escenario.

—Como «Aa-a». Mejor hacer una observación como «¡Aa, a! El sake del Chidori no es nada barato» —salió al paso el señor Uehara.

—¡No piensan más que en dinero! —intervino una de las muchachas.

—¿Es caro o barato «dos gorriones por un sen»? —preguntó un joven distinguido.

—La Biblia dice que habrá que devolver hasta el último *rin*^[26]; a uno cinco talentos, a otro dos talentos, al de más allá uno. ¡Qué parábola tan terriblemente enredada! La contabilidad de Cristo era de lo más minuciosa —dijo otro caballero de edad similar.

—A ese tipo le gustaba beber. La Biblia está llena de parábolas donde sale la bebida y critica a quien le gusta el trago. Pero os habréis dado cuenta de que critica a quien le gusta, no a quien bebe alcohol. Por eso, seguro que Cristo era un bebedor considerable. No me extrañaría que se pudiese tomar un *sho*^[27] tranquilamente —añadió otro.

—¡Ya está bien, ya está bien! Los que tienen miedo a la virtud usan a Jesús como excusa. ¡Vamos a beber, Jesusito! ¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu! —dijo el señor Uehara, chocando su vaso fuertemente con el de la muchacha más joven y linda. Se limpió con un manotazo violento el sake que se le había escurrido por la comisura de los labios y mojado la barbilla. Lanzó cinco o seis estornudos atronadores en serie.

Me levanté discretamente y entré en la salita contigua. Pregunté dónde estaba el lavabo a la patrona, una mujer pálida y delgada con aspecto de enferma. Cuando volvía la habitación, Chie, que era la más joven y bonita, parecía que me estuviera esperando.

—¿No tiene apetito? —me preguntó con una sonrisa amistosa.

—No. Además, había traído un poco de pan.

—No tenemos gran cosa —dijo la patrona, inclinándose sobre un brasero alargado—. ¿Por qué no come alguna cosa aquí? Con todo este grupo de bebedores seguro que no va a probar bocado en toda la noche. Venga a sentarse. Tú también, Chie.

—¡Eh, Kinu! ¡Se ha terminado el sake! —gritó uno de los hombres desde la otra habitación.

—¡Ya voy, ya voy! —respondió una sirvienta de unos trece años, ataviada con un kimono con diseño de rayas de buen gusto, y salió llevando una bandeja con diez jarras de sake.

—¡Espera un poco! —la detuvo la patrona, y dijo sonriendo—: Déjanos dos aquí. Después anda rápido al restaurante Suzuya de ahí atrás y trae un par de cuencos de *udon*.

Me senté al lado de Chie junto al brasero y me puse a calentarme las manos.

—Cúbrase con el edredón, que ha enfriado. ¿Quiere tomar un poco de sake?

La patrona se sirvió en su taza de té y después nos sirvió. Las tres tomamos en silencio.

—Aguantan bien el sake, ¿eh? —dijo en tono afectuoso, refiriéndose a sus clientes.

Se oyó abrirse la puerta de la entrada.

—Maestro, lo he traído —dijo una voz joven—. El jefe estaba de lo más avaro.

Le pedí veinte mil yenes y no conseguí más que diez.

—¿En un cheque? —preguntó el señor Uehara con su voz ronca.

—No, en efectivo. Lo siento.

—Bueno, voy a escribir un recibo.

Durante la conversación, el grupo no había interrumpido su letanía de brindis: «¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu!».

—¿Sabes algo de Naoji? —preguntó la patrona a Chie con la expresión seria. Me dio un sobresalto.

—No tengo ni idea. No soy su guardiana —repuso Chie algo turbada con un lindo rubor—. ¿Habrá ocurrido algo entre él y el señor Uehara? Como solían estar siempre juntos... —continuó la patrona con calma.

—¿No se había aficionado al baile? Supongo que saldrá con alguna bailarina.

—Naoji además de la bebida se dedica a las mujeres. Va a terminar mal...

—Eso es obra del señor Uehara.

—Pero Naoji tiene mal carácter. Aquel niño bien en decadencia...

—Eeeh... —comencé, pero cerré la boca con una sonrisa. Aunque si me callaba resultaría una descortesía peor—. ¿Saben? Soy la hermana mayor de Naoji.

La patrona se asombró tanto que me quedó mirando sin decir palabra, pero Chie parecía tan tranquila.

—Se parecen mucho. Cuando se quedó de pie en la oscuridad de la entrada, me sorprendió. Creía que se trataba de Naoji.

—¿Así que usted es su hermana? —preguntó la patrona en un tono mucho más formal—. ¿Cómo se le ha ocurrido venir a este lugar mugriento? En fin... ¿Hace tiempo que conoce al señor Uehara?

—Nos encontramos seis años atrás...

No pude continuar y, dejando caer la cabeza, estuve a punto de ponerme a llorar.

—Perdonen el retraso —dijo la sirvienta, entrando con dos cuencos de fideos con sopa.

—Sírvase antes de que se enfrié —me ofreció la patrona.

—Gracias.

Con el rostro envuelto en el vapor de la sopa, sorbiendo con rapidez los fideos, sentí con la máxima intensidad el patetismo de estar viva.

El señor Uehara entró en la habitación tarareando «Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu», se dejó caer sentado con las piernas cruzadas a mi lado y, en silencio, entregó un grueso sobre a la patrona.

—¿Solo esto? No se le vaya a olvidar pagar el resto, ¿eh? —dijo sonriendo, tras guardar el sobre en un cajón del brasero sin siquiera abrirlo.

—Si espera, llegará el pago. El próximo año.

—No me diga...

Diez mil yenes. La cantidad de bombillas que se podrían comprar con este dinero, incluso yo podría vivir casi un año con esta suma.

Estas personas están equivocadas. Pero ellos, al igual que yo con mi amor, quizá no pudieran vivir si no fuera de este modo. Por haber venido a este mundo, tenemos que vivir; y no debemos odiar el aspecto de personas que luchan por la supervivencia. Estar vivo. Estar vivo. Un emprendimiento inmenso ante el que uno pierde el aliento.

—De todos modos —dijo un hombre en la habitación contigua— si para vivir en Tokio no podemos pasar saludándonos de un modo informal, digamos con un «Hola, ¿qué tal?», no vale la pena quedarnos aquí. Si a nosotros nos exigen virtudes como respeto y sinceridad es como tirar de la pierna a un ahorcado. ¿Respeto? ¿Sinceridad? ¡Puaj! ¿Para eso hay que vivir? Si no podemos despacharnos con un saludo sin complicaciones como ese, no quedan más que tres caminos: volver al campo, suicidamos o vivir de las mujeres.

—El pobre infeliz que no tiene ninguna de estas alternativas siempre tiene una solución extrema —añadió otro—: Pedir a Jiro Uehara para coger una borrachera de muerte.

«¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu! ¡Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu!».

—No tiene donde pasar la noche, ¿verdad? —dijo el señor Uehara en voz baja, como si hablara solo.

—¿Yo?

Me sentí como una serpiente levantando la cabeza. Mi cuerpo se endureció con una emoción similar a la hostilidad.

—Puede dormir con nosotros. ¡Con el frío que hace! —murmuró, insensible a mi indignación.

—No creo que sea apropiado. ¡Pobrecilla! —intervino la patrona.

—Entonces, ¿para qué vino aquí? —replicó, chasqueando la lengua.

Yo no decía nada. Seguro que él había leído mis cartas y me quería mucho más que nadie, algo me lo hizo notar enseguida en su actitud.

—¡Qué le vamos a hacer! Voy a preguntarle a Fukui si tiene un lugar para dormir. Oye, Chie, ¿puedes acompañarla? ¡Ah, no! Puede ser peligroso para dos mujeres solas. ¡Vaya fastidio! Patrona, ¿puede traerme el abrigo de esta señora con discreción por la puerta de la cocina? Voy a acompañarla.

Afuera era noche cerrada. El viento había parado y en el cielo brillaban muchas estrellas.

—No me hubiese importado dormir en una habitación con todos —dije mientras caminábamos hombro a hombro.

—Ya —dijo el señor Uehara con voz soñolienta.

—Quería que estuviésemos a solas, ¿verdad? —aventuré con una sonrisa.

—Eso es, precisamente, lo que no quería —dijo, sonriendo amargamente con una mueca. Supe cuánto me quería.

—Toma mucho sake, ¿no? ¿Todas las noches?

—Eso. Y todos los días, desde la mañana.

—¿Disfruta bebiendo?

—En absoluto.

Al oírle me dio un escalofrío.

—¿Cómo va su trabajo?

—Mal. Todo lo que escribo es estúpido y patético sin remedio. El crepúsculo de la vida. El crepúsculo del arte, de la humanidad. Vaya pedantería todo eso.

—Utrillo... —se me escapó.

—Eso, Utrillo. Parece qué todavía está vivo. Una víctima del alcohol. Un cadáver. Sus pinturas de los diez últimos años son vulgares, no valen nada.

—Pero no es solo Utrillo, ¿verdad? Todos los demás maestros...

—Así es. Han perdido la vitalidad. Pero los que acaban de surgir también la han perdido. Como los brotes con una helada. Es como si todo el mundo hubiera sufrido una helada a destiempo.

El señor Uehara me rodeó los hombros con su brazo. Me sentí como si mi cuerpo estuviera envuelto en su manto de invierno. En lugar de apartarme, me acerqué más a él mientras caminábamos despacio.

Las ramas de los árboles al borde del camino, sin una sola hoja, apuntaban finas y afiladas hacia el cielo.

—Qué hermosas son las ramas, ¿no? —dijo sin darme cuenta.

—Sí, la armonía entre las ramas oscuras y las flores —dijo, dando la impresión de estar un poco confuso.

—No, no. Me refiero a las ramas sin flores, ni hojas, ni brotes. A las ramas desnudas. Me gustan. Están perfectamente vivas, no me parecen muertas en absoluto.

—Lo único que no se debilita es la naturaleza —dijo, para lanzarse de nuevo a una serie de estornudos atronadores.

—¿Está resfriado?

—Qué va. Es una costumbre extraña que tengo. Cuando mi embriaguez alcanza el punto de saturación, empiezan en el acto los estornudos. Parece el barómetro de mi embriaguez.

—¿Y el amor?

—¿Cómo?

—¿Hay alguien que se acerque al punto de saturación?

—¿Está de broma? Todas las mujeres son iguales. ¡Tan complicadas! Guillotina, guillotina, shuru-shuru-shu. De hecho, hay una persona. No, media.

—¿Leyó mis cartas?

—Las leí.

—¿Y la respuesta?

—No me gustan los aristócratas. No se pueden librar de su arrogancia. Su hermano Naoji está muy bien considerando su origen; sin embargo, de repente, se pone de un impertinente que no se puede aguantar. Yo soy hijo de campesinos; al pasar junto a este riachuelo no puedo evitar la turbación de recordar cuando, de niño,

pescaba tencas y atrapaba *medaka*^[28] en el arroyo.

Caminábamos junto a la corriente, cuyo tenue sonido se escuchaba al fondo de la oscuridad.

—Pero ustedes, los aristócratas, no solo son incapaces de comprender nuestros sentimientos sino que los desprecian.

—¿Y qué me dice de Turgenev?

—Era aristócrata, por eso me desagrada.

—Pero *El diario de un cazador*...

—Hum... Ese libro no está mal.

—Muestra los sentimientos de la vida de los campesinos...

—El tipo era un aristócrata rural, ¿estamos de acuerdo?

—Yo soy ahora una campesina. Trabajo la tierra. Soy una campesina pobre.

—¿Todavía me ama? —preguntó con brusquedad—. ¿Todavía quiere un hijo mío?

No respondí. Acercó su rostro con la furia de una roca que cae montaña abajo y me besó con fuerza ciega. Un beso impregnado del olor del deseo. Lo recibí con lágrimas. Eran lágrimas de humillación y despecho, y no paraban de brotar.

—¡Maldición! Me he enamorado de usted —dijo riéndose.

Pero yo permanecí seria. Arrugué el entrecejo y frunci los labios. «Es inevitable», hubiera dicho si hubiese expresado mis sentimientos con palabras. Me di cuenta de que estaba arrastrando las sandalias.

—¡Vaya fallo! —repitió, para añadir—. ¿Seguimos hasta donde sea posible?

—¡Qué pedantería!

—¡Al diablo! —dijo dándome un ligero golpe con el puño en el hombro. Enseguida estornudó de nuevo de esa forma.

En casa del señor Fukui parecía que ya estaban durmiendo.

—¡Telegrama, telegrama! ¡Señor Fukui, un telegrama! —gritó el señor Uehara, golpeando la puerta de entrada.

—¿Eres Uehara? —dijo una voz masculina desde el interior.

—El mismo. El príncipe y la princesa han venido a pedir un lugar para pasar la noche. Con este frío no puedo parar de estornudar y este viaje de amor, por fin logrado, va a convertirse en una comedia.

Se abrió la puerta de entrada y apareció un hombre muy por encima de los cincuenta, calvo y de pequeña estatura, ataviado con un vistoso pijama; nos recibió con una sonrisa tímida.

—Por favor —se limitó a decir el señor Uehara y, sin quitarse el abrigo, entró a la casa—. En el taller hace un frío insopportable. Vamos a la habitación del primer piso. ¡Venga!

Me tomó de la mano, conduciéndome por un pasillo que terminaba en unas escaleras. Las subimos y entramos a una habitación oscura. El señor Uehara encendió la luz.

—Parece la habitación privada de un restaurante, ¿no cree?

—Eso. Al gusto de nuevo rico. Parece un poco demasiado para un pintor de mala muerte. Cuando se tiene la suerte del diablo, ni los desastres le afectan a uno. Hay que utilizar a este tipo de gente. Bueno, ¡a dormir, a dormir!

El señor Uehara sacó los colchones y los edredones del armario empotrado con la misma confianza que si estuviera en su propia casa.

—Métase en la cama. Yo me marcho. La vendré a buscar por la mañana. El cuarto de baño está bajando las escaleras a la derecha.

Bajó apresuradamente la escalera y luego todo quedó en silencio. Apagué la luz y me quité el abrigo, confeccionado con una pieza de terciopelo que papá me había traído de regalo de un viaje por el extranjero. Me acosté sin desvestirme, solo aflojándome un poco la faja del kimono. Me sentía lánguida, quizás por el cansancio más el sake, y pronto me quedé dormida.

En algún momento, él se había acostado junto a mí. Durante casi una hora resistí desesperadamente en silencio. Pero, de repente, me dio pena y cedí.

—Solo con esto puede uno sentirse en paz, ¿no es así?

—Bien podría decirse...

—Pero ¿esta vida no le *perjudica* la salud? Seguro que ya ha escupido sangre.

—¿Cómo lo sabe? Hace poco lo pasé fatal, pero no se lo conté a nadie.

—Poco antes de morir, mamá olía del mismo modo.

—Bebo para matarme, porque la vida me resulta triste a más no poder. La melancolía, la soledad, la ausencia de paz de espíritu... No son cosas intranscendentales; todo es doloroso para mí. ¿Cómo concebir la felicidad individual cuando se oyen lamentos por las cuatro paredes? Cuando uno comprende que la felicidad y la gloria no se pueden obtener en vida, ¿cómo me voy a sentir? El trabajo duro solo sirve para alimentar a nuestra bestia. Somos demasiados los miserables. ¿Qué, eso también le parece una pedantería?

—No.

—Solo amor, tal como decía en sus cartas.

—Eso es.

Mi amor se había apagado. Era de madrugada. En la habitación ya entraba una luz muy tenue. Observé con atención el rostro del hombre que dormía junto a mí. Un rostro exhausto, el rostro de un hombre que pronto iba a morir.

El rostro de una víctima, de una víctima preciosa. Mi hombre. Mi arco iris. Un hombre odioso. Un hombre taimado. Me pareció el rostro más hermoso del mundo. Mi corazón palpitó con el amor resucitado. Le besé acariciándole el cabello. La triste, triste consumación del amor.

Sin abrir los ojos y abrazándome, el señor Uehara me dijo:

—Estaba equivocado. Al fin y al cabo, no soy más que un hijo de campesinos.

Nunca podría separarme de él.

—Soy muy feliz ahora. Aunque escuche los gemidos de las cuatro paredes, ahora

soy feliz hasta el punto de saturación. Tan feliz que podría estornudar —dije.

—Pero es muy tarde. Ya es el ocaso.

—¡No, es el alba!

Esa mañana, mi hermano Naoji se suicidó.

VII

El testamento



El testamento de Naoji.

A mi hermana Kazuko.

No puedo seguir adelante. No sé por qué debería seguir viviendo. Solo debe vivir quien lo deseé. Así como las personas tienen el derecho de vivir, tienen el derecho de morir. Esta idea mía no es nada nuevo, solo que la gente tiene un miedo ridículo a decir abiertamente algo tan natural y primitivo.

Quien quiera seguir viviendo debe hacer cualquier cosa para lograrlo. Esto es lo que se suele llamar la espléndida gloria de la humanidad; pero no me parece que morir sea un pecado. Para mí, para una planta como yo, es difícil vivir en el aire y el sol de este mundo. Pese a estar vivo, algo es imperfecto, algo falta. Me costó el mayor esfuerzo continuar existiendo hasta ahora.

Cuando comencé la escuela secundaria, me relacioné con amigos, especies de plantas fuertes y vigorosas, procedentes de una clase social muy diferente de la mía. Para no dejarme vencer, recurrió las drogas mientras trataba, medio enloquecido, de resistirme a ellas. Después, en el ejército, me aferré al opio como el último recurso para mantenerme con vida. Imagino, Kazuko, que no podrás entender lo que sentía.

Quería volverme vulgar. Quería volverme fuerte; no, brutal. Pensaba que era la única forma de hacerme amigo de la gente del pueblo. La bebida no era suficiente. Siempre me sentía mareado. Por eso, no me quedó más remedio que tomar drogas. Tuve que olvidarme de mi familia, oponerme a la sangre de mi padre, rechazar la bondad de mi madre y tratar con frialdad a mi hermana. Porque creía que solo así conseguiría entrar a la habitación donde se encontraba la gente del pueblo.

Me volví ordinario. Y me acostumbré a usar ese lenguaje. Pero la mitad, no, el sesenta por ciento, era una farsa, un artificio torpe. En cuanto al pueblo, yo no era nada más que un tipo pedante que asumía un aire que los irritaba. Nunca se abrieron conmigo. Sin embargo, tampoco ahora podría volver a los salones que abandoné. Pese a que el sesenta por ciento de mi vulgaridad sea una treta, el restante cuarenta

es verdadero. Me produce náuseas la finura arrogante que impera en los salones de la clase alta y no la soportaría ni un momento. Y todos esos caballeros distinguidos, los llamados ciudadanos eminentes, no tardarían nada en hartarse de mis malos modales y enseguida me expulsarían. No puedo volver al mundo que dejé atrás, y todo lo que me da el pueblo, con una cortesía malintencionada, es un asiento en la tribuna.

Supongo que en cualquier mundo las personas con poca vitalidad, las plantas defectuosas como yo están condenadas a la extinción. Las circunstancias hacen muy difícil para mi vivir.

Todos los hombres son iguales. ¿Será un tipo de pensamiento? No creo que el inventor de estas palabras fuera un religioso, un filósofo o un artista. Parecen palabras surgidas de una taberna popular. Nadie las habrá pronunciado en un momento determinado, pero surgieron como gusanos, se extendieron en silencio para cambiar el mundo y convertirlo en un lugar asqueroso.

Estas extrañas palabras no tienen la menor relación con la democracia o el marxismo. Seguro que se las lanzó un hombre feo a otro guapo en una taberna. Son solo una muestra de irritación. O quizás de envidia, sin ninguna ideología implícita.

Pero esta voz airada de envidia en una taberna adoptó una extraña apariencia de pensamiento entre el pueblo y, pese a la falta de relación con la democracia o el marxismo, se envolvió con estas doctrinas políticas y económicas y, curiosamente, resultó en consideraciones abyertas. Quizás Mefistófeles hubiera logrado convertir estas palabras en una doctrina tan contraria a su conciencia que él mismo hubiera vacilado.

Todos los hombres son iguales. ¡Qué palabras tan serviles! Al mismo tiempo que desprecian a los hombres se desprecian a sí mismas sin dignidad, buscando descorazonar cualquier esfuerzo. El marxismo proclama supremacía de los trabajadores, pero no dice que todos seamos iguales. La democracia proclama la dignidad del individuo, pero no dice que todos seamos iguales. Solo lo ha dicho un patán. «¡Jo, jo! Por más importancia que se dé no es más que un ser humano, como todos». ¿Por qué dice «igual»? ¿No puede decir «superior»? Es la venganza de su mentalidad de esclavo.

Estas palabras son obscenas e inquietantes. Los hombres atemorizándose unos a otros, la violación de todas las ideas, la burla de todos los esfuerzos, la negación de la felicidad, la corrupción de la belleza, el echar por los suelos el honor, o sea, la inquietud de nuestros tiempos, tiene su origen en estas extrañas palabras.

Mientras que me producían mala impresión, no podía evitar temblar de miedo ante estas palabras amenazadoras, avergonzarme de todo lo que hiciese, vivir en incesante ansiedad, no sabía qué hacer con mi cuerpo sobresaltado. Necesitaba más que nunca la paz momentánea que me procuraba el mareo del alcohol y la droga, y así empezó el caos.

¿Seré débil? Supongo que soy una planta con algún defecto importante en algún

lado. Quizá ese patán se ría burlonamente de mí. «¿Para qué tantas reflexiones? Si no haces más que divertirte, holgazanear; solo eres un chiquillo egoísta dedicado al placer». Hasta ahora, cuando me habían dicho algo por el estilo, me limitaba a reconocerlo vagamente; pero, ahora que voy a morir, quiero decir algo de protesta.

Créeme, hermana. Aunque saliera a divertirme, no me lo pasaba bien. Puede ser que se debiera a mi impotencia de sentir placer. Para huir de la sombra de ser un aristócrata, me lancé a la diversión alocada. ¿Será que tengo culpa? ¿Es nuestra culpa haber nacido aristócratas? Solo por el hecho de haber nacido en una familia así, ¿estaremos condenados para siempre, como judíos, a sentir gratitud y pedir perdón?

Tendría que haber muerto mucho antes. Pero tan solo el afecto de mamá... Solo de pensar en eso, no podía morir. Mientras que las personas tienen el derecho de vivir con libertad, tienen también el derecho de morir en el momento que lo deseen; pero, cuando la madre está viva, hay que renunciar a este derecho porque, al ejercerlo, al mismo tiempo que quitarse la propia vida se llevarían la de la madre.

Aunque ahora muera, nadie se pondrá enfermo de pena. Conozco, hermana, hasta dónde te entristecerá perderme. Aparte del sentimentalismo ornamental, sé que llorarás con los demás cuando te enteres de mi muerte, pero te pido que penséis en mi alegría al librarme del sufrimiento de vivir y de esta odiosa vida, y estoy seguro de que vuestra tristeza desaparecerá poco a poco.

Si alguien criticase mi suicidio, diciendo que debería haber continuado viviendo, expresando su opinión sin haberse molestado en echarme una mano, sin duda es una eminencia que podría recomendar tranquilamente al emperador que abriese un puesto de frutas.

Hermana, es mejor que haya muerto. No tengo la capacidad de vivir. No tengo fuerza para luchar con la gente por dinero. Ni soy capaz de pedir ayuda. Siempre que salía divertirme con el señor Uehara, pagué mi parte de la cuenta. A él le fastidiaba mucho y decía que esto era el orgullo mezquino de la aristocracia; pero yo no pagaba por orgullo sino porque me horrorizaba que gastase el dinero ganado con su trabajo en pagar mi bebida o los abrazos de una mujer. Me excusaba diciendo que era por respeto a su trabajo; pero no era cierto, aunque yo mismo no sepa por qué. Simplemente, no me gusta que nadie pague por mí. En particular, me parecía insopportable que gastara en miel dinero ganado con el sudor de su frente.

Cuando me apropié de dinero u objetos de casa, causándoles sufrimiento a ti y a mamá, no obtuve con ellos el menor placer. El proyecto editorial solo fue un modo de esconder mi vergüenza, no era en serio. Podía darme cuenta, por idiota que fuese, de que un hombre que no es capaz ni de divertirse a costa de otro ni remotamente podría ser capaz de ganarse la vida.

Hermana, nos hemos convertido en pobres. Me hubiese gustado poder invitar a otra gente durante mi vida; pero lo cierto es que he terminado comiendo a expensas ajenas.

Hermana, ¿por qué tengo que seguir viviendo? Ya no puedo. Voy a morir. Tengo una medicina para morir sin sufrimiento. La conseguí cuando estaba en el ejército.

Hermana, eres hermosa (siempre estuve orgulloso de la belleza de mi madre y mi hermana) y también inteligente, por lo que no me preocupo por ti. Tampoco es que esté en situación de preocuparme. Solo puedo ruborizarme como un ladrón preocupado por su víctima. Pienso que sería bueno que te casaras, tuvieras hijos y sobrevivieras a tu esposo.

Hermana, tengo un secreto. Lo he ocultado durante mucho tiempo. Incluso cuando estaba en la guerra me acordaba de ella. Al soñar en ella, no sé cuántas veces desperté llorando. Pase lo que pase, no puedo decir su nombre a nadie. Ahora que estoy apunto de morir, podría por lo menos decírselo a mi hermana; así lo pensé, pero ni en estas circunstancias me atrevo a mencionarlo.

Aunque, si muero con este secreto encerrado en el pecho, sin contárselo a nadie en este mundo, por más que me incineren, mis entrañas quedarán oliendo sin haberse quemado bien. Esto se me hace insoportable, por eso te lo voy a contar con circunloquios, vagamente, como si fuera ficción. Incluso así, creo que pronto sabrás de quien se trata. Más que ficción, es un engaño basado en usar nombres falsos.

¿Sabes de quién se trata? Supongo que has oído hablar de ella, pero, sin duda, no la conocerás en persona. Ella es un poco mayor que tú. Tiene los ojos de párpado simple y rabillo alzado, nunca se ha hecho permanente en el cabello, que lleva firmemente recogido al estilo tradicional del modo más sencillo. Sus ropas están raídas pero limpias y llevadas con la mayor pulcritud. Es la esposa de cierto pintor que cobró repentina fama después de la guerra por un toque nuevo en su pintura. Este pintor de estilo occidental vive de un modo temerario y degenerado; sin embargo, ella nunca pierde la compostura y mantiene siempre una sonrisa amable.

«Tengo que marcharme», dije levantándome. «¿Por qué?», preguntó ella de la forma más natural, doblando un poco el cuello con genuino incredulidad y se me quedó mirando a los ojos. En su mirada no había ni malicia ni ostentación. Cuando mis ojos se cruzaban con los de una mujer, solía apartar la vista confundido. Solo en esa ocasión no sentí la menor timidez. Nuestros ojos estaban a unos treinta centímetros; durante unos sesenta segundos me sentí muy bien mirando sus pupilas.

«Pero...», dije con una leve sonrisa. «Enseguida volverá a casa», dijo seriamente. Me pareció que su expresión podría definirse como la de la honradez. Me pregunto si originalmente la palabra significaba algo bonito como esa expresión, en lugar de la severa virtud que destilaban los libros de moral. «Ya volveré», dije. «¿Ah, sí?».

Desde el principio hasta el final no hablamos más que de asuntos corrientes. Cierta tarde de verano visité el apartamento del pintor. Estaba ausente, pero pronto volvería. «¿Qué le parece pasar y esperar un rato?» me ofreció la esposa. Pasé una media hora leyendo revistas, pero como no volvía me levanté y me marché. No pasó nada más, pero ese día, en ese momento, me sentí dolorosamente enamorado de los

ojos de aquella mujer.

Quizá se la pudiera definir como «noble». Pero entre los aristócratas que nos rodeaban, exceptuando a mamá, nunca vi una expresión de no estar a la defensiva, de tal honradez.

Un atardecer de invierno me impresionó su perfil. El pintor de estilo occidental me había invitado; ambos habíamos estado desde la mañana bebiendo sake sentados a la baja mesa camilla, y nos habíamos reído mucho echando pestes sobre los llamados «hombres de cultura». El pintor se quedó dormido y comenzó a roncar ruidosamente. Yo me había acostado sobre el tatami cuando sentí que alguien me cubría con una manta. Cuando abrí un poco los ojos, la vi sentada junto a la ventana, por la que se veía el cielo invernal de Tokio, con su hija en brazos. Su rostro regular, con el azul pálido como fondo, parecía un perfil renacentista rodeado de un halo brillante. Su amabilidad al cubrirme con una manta no se debía a coquetería o deseo. Ah, en un momento así se podría desempolvar y usar la palabra «humanismo». Ella me cubrió con la manta como un acto natural de compasión por otra persona, de una forma casi inconsciente; y ahora, con el aspecto apacible de una pintura, estaba mirando a lo lejos. Cerré los ojos arrastrado por un sentimiento de afecto y nostalgia. Entre los párpados cerrados comenzaron a caerme las lágrimas; me tapé la cabeza con la manta.

Hermana, al principio visité la casa del pintor por el estilo singular de sus obras y la pasión fanática que ocultaban; pero, a medida que lo fui conociendo mejor, me decepcionaron su falta de cultura, los disparates que hacía y su suciedad, y, por contraste, me atrajo más el corazón puro de su esposa. No, amaba el afecto sincero de esta persona. Para ver a la esposa, aunque fuera una simple ojeada, continué visitando la casa del pintor.

Si las obras mostraban un ápice de nobleza artística, todavía pienso que era el reflejo del corazón bondadoso de la mujer. En cuanto al pintor —ahora diré claramente lo que siento por él—, solo es un gran bebedor, un juerguista y un avisado comerciante. Cuando quiere dinero para divertirse, pinta cualquier barbaridad en el lienzo y, como está de moda, lo vende a un precio ridículo. Las únicas cualidades que le adornan son la desfachatez del palurdo, una estúpida confianza en sí mismo y la astucia para hacer negocios. Lo más probable es que no comprenda en absoluto la obra de otros pintores, japoneses o extranjeros, y quizás ni la suya propia. Solo desea dinero para divertirse, por eso garabatea con sus pinceles sin ton ni son en el lienzo.

Y lo que es más increíble, no tiene la menor duda, vergüenza o temor de hacer estas barbaridades. Al contrario, se siente la mar de satisfecho. Y tratándose de un individuo que no entiende ni lo que pinta, no es posible que comprenda el trabajo ajeno. Todavía peor, no hace más que hablar mal de los demás.

Pese a que no para de contar acerca del sufrimiento de su vida decadente, lo cierto es que se trata de un estúpido palurdo que pudo hacer realidad sus sueños

emigrando a la ciudad, consiguiendo un éxito que jamás hubiera imaginado, y quedó tan embelesado que vive para el placer.

En cierta ocasión le comenté: «Me produce tanta vergüenza y miedo pensar que todos mis amigos están por ahí divirtiéndose y yo tengo que estudiar, que no consigo hacer nada. Por esto, pese a que no tengo ganas de juerga, acabo uniéndome a ellos». Y ese pintor de mediana edad me contestó: «¿Qué dices? Eso debe ser el carácter aristocrático. ¡Vaya asco! En mi caso, cuando veo a la gente divirtiéndose, me entran unas ganas enormes de hacer lo mismo y no pierdo tiempo en lanzarme de cabeza a la juerga».

Su respuesta fue tan corriente que desprecié al pintor con toda mi alma. Tras su libertinaje no había sufrimiento. Al contrario, se enorgullecía de su estúpida diversión. Un verdadero idiota del placer.

Podría contarte todo tipo de cosas desfavorables del pintor, pero no tiene nada que ver contigo, hermana, y yo estoy apunto de morir, lo que me hace recordar la larga relación con él con nostalgia, y hasta me dan ganas de que ambos nos divirtamos una vez más. No lo odio; seguro que lo hizo porque se sentía solo. Además, tenía muchas buenas cualidades, por lo que no hablaré más de él.

Solo quiero que sepas, hermana, cómo me sentía cuando me pasaba el tiempo dando vueltas, deseando en vano a su esposa. Ahora que ya lo sabes, no se lo digas a nadie, ni se te ocurra andar contando sobre el desafortunado amor de tu hermano menor en vida o alguna pedantería por el estilo. Guárdate esto para ti misma y confórmate con decirte en silencio: «Ah, esto es lo que aconteció». Y si me fuera permitido tener un deseo, me alegraría de que esta vergonzosa confesión ayudase a comprender hasta el fondo, por lo menos a mi hermana, hasta que punto tuve que sufrir en esta vida.

Una vez soñé que tenía las manos de la esposa entre las mías. Entonces supe que ella me amaba desde hacía tiempo, incluso cuando desperté del sueño, quedaba en las palmas de mis manos la huella cálida de sus dedos; supe que tenía que sentirme satisfecho con esto y no desear nada más. No es que tuviera miedo a la moral, pero ese pintor medio loco, mejor dicho demente, me inspiraba auténtico terror. Dispuesto a resignarme, dirigí el fuego de mi corazón en otras direcciones y me entregué con tal frenesí a jugar con la primera mujer que se pusiera a tiro que hasta alguien como el pintor me echó cierta noche una mirada de reproche. Quería alejarme del hechizo de su esposa, olvidarlo, hacer que todo terminara. Pero no fue posible. Lo digo con toda claridad: aparte de ella, ni me gustó ni sentí ternura por ninguna otra mujer.

Hermana, antes de morir, déjame que escriba su nombre una sola vez. Suga. Este es su nombre.

Ayer traje a casa una bailarina que no me gustaba en lo más mínimo (lo cierto es que era bastante tonta por naturaleza). Pero no imaginaba que iba a morir. Desde luego que pensaba hacerlo algún día cercano, pero ayer traje a esa mujer porque insistía en que la llevara de viaje a alguna parte y se me ocurrió que no estaría tan

mal hacer que esa tonta descansara unos dos o tres días en nuestra casa. Supuse que no te iba a hacer mucha gracia; pero, de todos modos, vine con ella. Cuando tú dijiste que ibas a visitar a una amiga en Tokio, me dije que si iba a morir ese era el momento.

Mucho tiempo atrás, pensaba que quería morir en la sala de nuestra casa en Nishikata. No quería hacerlo en la calle o en algún descampado y que la chusma se ocupara de mi cadáver. Pero, como habíamos vendido la casa de Nishikata, no me quedaba más remedio que morir en nuestra casa de Izu. Cuando pensé que tú serías la primera en descubrir mi suicidio, y en el tremendo susto y el miedo que pasarías, supe que no podría matarme nunca estando ambos solos en casa una noche.

Entonces se me presentó esta oportunidad. Tú no estabas aquí y le tocaría encontrarme a esa bailarina obtusa. La noche pasada tomamos sake. Ella durmió en la habitación occidental del primer piso y yo me preparé la cama en la sala donde falleció mamá. Entonces me puse a escribir esta penosa nota.

Hermana, no me queda esperanza. Adiós. La mía puede llamarse una muerte natural. Las personas no mueren solo por sus principios.

Quisiera pedirte algo que me da una vergüenza terrible. ¿Te acuerdas del kimono de lino que dejó mamá y que tú arreglaste para que lo usara en verano? Por favor, colócalo en mi ataúd. Me hubiera gustado ponérmelo.

Ya amaneció. Perdona lo que te hice sufrir durante tanto tiempo. Adiós.

Ya se me pasó por completo el efecto del sake de anoche. Voy a morir sobrio. Kazuko, adiós de nuevo. Al fin y al cabo, soy un aristócrata.

VIII

Víctimas

犠
牲
者

Los sueños... Me estoy alejando de todos.

Me ocupé de todo después de la muerte de Naoji y pasé el mes siguiente sola en aquella casa de campo en pleno invierno.

Escribí lo que quizá fuera mi última carta al señor Uehara con un sentimiento transparente como el agua.

Me parece que usted también me ha abandonado. No, me ha ido olvidando poco a poco...

Pero estoy contenta. Tal como quería, voy a tener un hijo. Tengo la sensación de haberlo perdido todo, pero la pequeña vida que crece en mi interior es fuente de leves sonrisas en mi soledad.

No puedo pensar de ningún modo en un error infame. Hace poco, he empezado a tener conciencia de por qué en este mundo existe la guerra, la paz, el comercio, los sindicatos, la política. No lo sabe, ¿verdad? Por eso, nunca conocerá la felicidad. Se lo voy a decir: para que las mujeres den a luz niños fuertes y sanos.

Desde el principio, no tenía intención de preocuparme de su carácter o su sentido de responsabilidad. Para mí, la cuestión era tener éxito en la aventura del amor a la que me había consagrado. Y tras haberlo conseguido, mi corazón está tan en paz como un pantano en medio de un bosque.

Creo que he ganado. María dio a luz un niño que no era de su esposo; y resplandecía de orgullo, por eso eran la madre y el hijo sagrados.

Yo hago caso omiso a la vieja moralidad, porque estoy satisfecha con haber conseguido un niño fuerte y sano.

Imagino que seguirá bebiendo con aquellas señoras y caballeros al ritmo de «Guillotina, guillotina», continuando con esa vida decadente. No le voy a decir que cambie porque esta debe ser su última lucha. Yo no quiero decir hipocresías como «deje de beber, cuídese la salud para vivir muchos años y haga un magnífico

trabajo». Más que «hacer un magnífico trabajo», las personas de este mundo le agradecerán más que siga el camino del vicio con su actitud de tirar la vida.

Víctimas, víctimas de este periodo de moral de transición. Esto es lo que somos usted y yo. ¿Dónde estará aconteciendo la revolución? Por lo que respecta a nosotros, estamos rodeados de la vieja moral que entorpece nuestro camino. Pese a que las olas rujan en la superficie del mar, a las aguas del fondo no solo no les llega la revolución sino que simulan estar dormidas.

Pero, en este primer enfrentamiento, creo haber logrado empujar hacia atrás la vieja moral. Y cuando nazca el niño, voy a luchar en el segundo y el tercero. Dar a luz y educar al hijo del hombre que quiero es mi victoria en la revolución moral. Aunque usted me olvide, aunque pierda la vida por el sake, voy a vivir rebosante de salud para vencer en mi revolución moral.

Hace poco, alguien me informó con detalle acerca de su despreciable carácter. Pero usted me dio la fuerza, hizo surgir en mi pecho el arco iris de la revolución. Usted me dio la razón de vivir.

Estoy orgullosa de usted, y haré que esté orgulloso del hijo que nacerá. Un hijo ilegítimo y su madre lucharán hasta el fin contra la vieja moral y vivirán como el sol. Usted también debe continuar con su lucha.

La revolución todavía no ha empezado. Todavía precisa muchas más víctimas despedachadas y preciosas. En este mundo, lo más hermoso es una víctima. Hubo una pequeña víctima más.

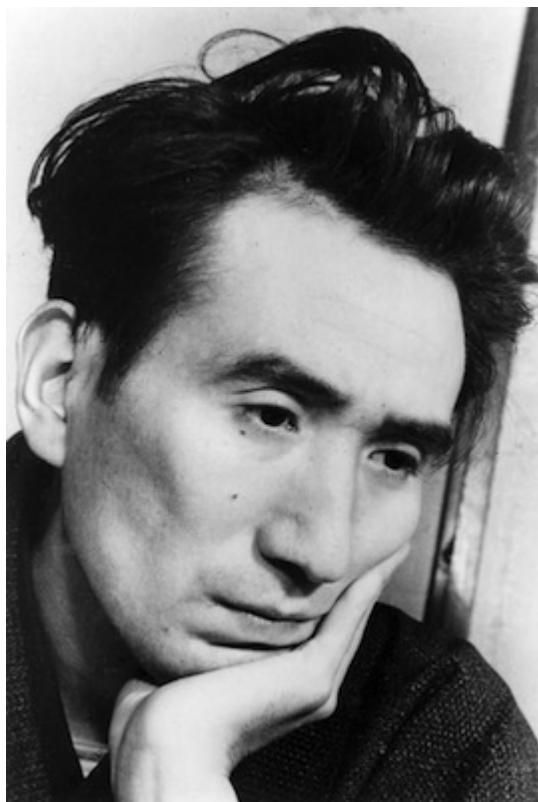
Señor Uehara, no quisiera pedirle nada, pero, por esa pequeña víctima, debo pedirle un favor. Me gustaría que su esposa tomara a mi hijo en brazos, aunque fuera una sola vez, y que me dejase decirle: «Naoji tuvo este hijo con cierta mujer».

¿Por qué quiero algo así? No se lo puedo decir a nadie. Lo cierto es que yo misma no sé muy bien porqué. Pero quiero, por encima de todas las cosas, que acceda a mi ruego. Que lo haga por esa pequeña víctima que fue Naoji.

¿Le incomoda mi petición? Aunque sea así, tenga paciencia. Es solo una pequeña molestia causada por una mujer abandonada y olvidada. Le ruego que cumpla este deseo.

A M. C. Mi comediante.

7 de febrero de 1947



OSAMU DAZAI (1909-1948), seudónimo de Tsushima Shuji, nació en Kanagi en el seno de una familia numerosa y acomodada.

Estudió Literatura francesa en la Universidad de Tokio, donde entró en contacto con el marxismo y comenzó a escribir dejando patente en sus obras, marcadas por la sobriedad y la elegancia, cierta asimilación de formas intelectuales y estéticas europeas.

En 1935 y 1936 fue candidato al premio Akutagawa, el más prestigioso en Japón para escritores de ficción.

Considerado héroe literario de la posguerra y apreciado por su rebeldía, puso fin junto con su amante a una autodestructiva existencia y sugestiva obra, convirtiéndose así en un autor de enorme fascinación sobre las jóvenes generaciones de escritores japoneses. Ha publicado *Los años de decadencia*, *La mujer de Villón* y *Ya no humano*.

Notas

[1] Vino de arroz. <<

[2] Barrio donde se encuentra la prestigiosa Universidad de Tokio. <<

[3] Bolas de arroz, envueltas en una hoja de algas, con rellenos varios. <<

[4] La superficie de las habitaciones japonesas se calcula por el número de tatami, o esteras recubiertas de paja. Cada una equivale a 3,3 metros cuadrados. <<

[5] Falda pantalón para kimono. <<

[6] Calcetines japoneses de algodón, con el dedo gordo separado. <<

[7] Puertas corredizas, de enrejado de madera y papel blanco, utilizadas como cortinas en lapón. <<

[8] Archipiélago al sur de las islas principales de Japón, que en la Segunda Guerra mundial fue el único lugar donde se enfrentó el ejército nipón con el aliado, causando enorme destrucción y muertes entre la población civil. <<

[9] Especie de pasta china rellena de carne. <<

[10] Aguardiente de batata o trigo. <<

[11] Antigua medida de longitud equivalente a unos treinta centímetros. <<

[12] Prenda amplia y corta, como una especie de chaqueta, que se viste sobre el kimono. <<

[13] Unidad monetaria equivalente a la centésima parte de un yen. <<

[¹⁴] Medida de capacidad equivalente a ciento ochenta mililitros. <<

[15] Colección de más de cuatro mil poemas recopilada en el siglo VIII. <<

[16] Literalmente, *Historia de Genji*. Novela escrita a principios del siglo XI por una cortesana llamada Murasaki Shikibu. <<

[17] En inglés en el original. <<

[18] *Phleum pratense*, hierba con hojas largas y estrechas y espigas de llores barbadus.

<<

[19] Fideos gruesos de harina de trigo, que suelen tomarse con sopa. <<

[20] Cuajada de soja. <<

[21] Pasta de soja fermentada. <<

[22] Obra maestra de la literatura de la Era Heian (794-1185). [<<](#)

[23] Espacio sagrado en el salón de una casa japonesa, que se suele adornar con un arreglo floral y una pintura. <<

[24] Verduras cortadas en pedazos, tortas de pasta de pescado y otros bocados cocidos en sopa con salsa de soja y demás condimentos, que suelen consumirse de pie en puestos callejeros. <<

[25] Abreviatura que se suele usar para el barrio tokiota de Nishiogikubo. <<

[26] Unidad monetaria equivalente a la milésima parte del yen. <<

[27] Unidad de volumen equivalente a 1,8 litros. <<

[28] *Oryzias latipes*, pez de unos tres centímetros de largo y color pardo. <<